

Francisco Umbral

La belleza convulsa

Una narración sorprendente y poética,
escrita en una prosa que hace posibles
todos los milagros e invenciones.



El hombre con una piedra en el corazón y una llaga abierta en la cabeza. El hombre demediado que se reúne con otros hombres solitarios, en cocinas oscuras y minuciosas, el hombre al que sólo le llega una mitad del mundo y se le clausura la otra media, el hombre que se enamora de una cabra y fornicación con ella —¿fornica?— como con una infanta egipcia, el hombre que pasea todas las tardes con la mujer alegórica y monumental que le pondrán en su propio monumento, cuando muera, porque es famoso. El hombre que se consume con la luz del crepúsculo, «deteriorada de luchar contra el tiempo y el espacio» (Einstein). El hombre que viaja por todo lo azul de la época azul de Picasso y por todo lo rosa de su época rosa. El hombre con un falo de oro y un lago de sangre en el pecho. Éste es el protagonista de esta narración poética, incógnita, bellísima, sorprendente, imaginativa, alucinatoria, fantástica, intimista y sombría, escrita en una prosa que hace posibles todos los milagros e invenciones de un narrador lírico, actual y eficazísimo.



Francisco Umbral

La belleza convulsa

ePub r1.0
Titivillus 12.02.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *La belleza convulsa*
Francisco Umbral, 1985
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

La belleza moderna será convulsa o no será.
ANDRÉBRETON

El corazón. Por fin, una piedra en el corazón. No es que el corazón se vuelva de piedra con el tiempo (quizá el tiempo le hace más corazón). Es que va uno sintiendo el corazón como un lago púrpura y breve en el que, de pronto, cae una piedra de silencio y peso. Es el momento de comenzar a escribir un libro que puede quedar inacabado (acabarlo sería ya haber manufacturado otro producto mercantil, haber proseguido, hasta la muerte, en la manufacturería y el cartonaje literario). Vagas bandas de niños, quizá mi propia banda, o aquellas entre las que yo anduve, hace siglos, arrojan piedras sin velocidad a mi corazón, lago de luna roja.

¿Cae una piedra cada día, cae una piedra cada año? No, tampoco es eso. La piedra cae de vez en cuando, de tarde en tarde, y yo me digo: esos cabrones ya han arrojado otra piedra, me van a lapidar. Pero, mientras tanto, escribo con las dos manos, bebo con la derecha, o con la izquierda, me abro mucho las camisas, en verano, para que se me vea el corazón dorado y cano, el viejo corazón barroco de hondo hierro. Mientras tanto, sí, voy y vengo, me inclino a besar manos cuajadas de asteroides, como si el peso del corazón no desviase un poco mi conducta, o me quedo erguido e impasible, en sociedad, como si un lago de sangre no me estuviese llegando ya a la boca.

Hasta que se me ahogue el lago del corazón y ellos, los chicos, los hijos de puta, huyan gritando a mi infancia.

ENERO, 1, MARTES

Francisco Umbral, un Umbral delgado, que casi parece inteligente, sobre fondo negro, con motivo en blanco de silla alabeada, me mira desde un póster. Es obra de una fotografía de E. y del arte cartelístico de Santamaría, aquel muchacho de pelo hacia arriba y ojos locos, que nos llenaba de alegría y urgencia de triunfo las mañanas de los sesenta. En la cara vagamente irónica, Umbral tiene unas rachas amarillas y verdes. Casi, casi el que uno hubiera querido ser. Santamaría era un cartelista que llenó de tintas planas nuestro optimismo juvenil, y que hoy trabaja en un estudio de Martín de los Heros, o por ahí, cerca de la plaza de España, con un perro y muchos lapiceros de colores. Santamaría, por más ingenuo, declaraba en seguida su voluntad de triunfo —que me han dado tal premio en tal concurso, que me han quitado tal premio en tal concurso, son unos cabrones—, y los demás, más maliciados y reservones, no decíamos nada, pero teníamos tantas ganas como él de llegar a algo. Ahora, el póster de Santamaría/E. me mira irónico desde su sonrisa de quince años menos, mientras me como un poco de chorizo que me ha traído el motorista, con un poco de whisky. El motorista del periódico es así: que lo hacemos nosotros con nuestras manos, señor Umbral, allí en Béjar, ahora están un poco tiernos, pero son de la tripa cular y ya verá usted cuando sequen.

No espero a que sequen. Empiezo castrándole el falo fálico, cular y cerdal al chorizo, con un cuchillo de cocina, y me tomo un trozo, a mordiscos, con el whisky, ya digo, porque los tiempos han cambiado y ahora los pobres nos felicitan las pascuas a nosotros. Esto debe de ser el socialismo.

Hay un Umbral caricaturesco y lascivo, con bufanda y lujuria, que me mira comer chorizo y quizá se apiada de mí, tan carrozona. No es que no tengamos un alma, sino que tenemos muchas (esto quizá es otra forma de ateísmo) y aprovechan cualquier vidrio o rotulador para volar un poco fuera de nosotros y mirarnos a distancia. Uno se mira hacia adentro y nunca se encuentra el alma ni nada que lo valga, pero uno descubre almas suyas pegadas por las paredes, posadas en los rincones, como mariposas. Hay que cazar almas propias, sí, como Nabokov cazaba mariposas. Hay que ser el entomólogo de todas esas almas menores y cursis que llevamos dentro, y que en seguida se vuelan, y serlo no por nada, sino porque resulta distraído y hasta sirve, quizá, para hacer un libro. Hay un Umbral que surge de una máquina de escribir, con el pelo al viento y unos guantes al lado (prenda que no he usado jamás, porque nunca tengo frío ni calor en las manos, salvo en mis falsas memorias, no más falsas que este diario que hoy inicio). El motorista, Pepe, ha llenado la casa con su olor de cazadora y enero, y ahora coge el casco y se va, y me deja solo con tres chorizos culares que espero no comerme jamás, porque engordan. Pero una ráfaga de moto ha pasado por mi casa, y uno, ya, más o menos, vive de ráfagas.

Voy a por un poco de chorizo a la cocina antes de seguir escribiendo. Hay un Umbral en fotografía pequeña y redonda, con el pelo corto y aspecto de joven intelectual francés (uno nació para joven intelectual francés, pero en Madrid/Valladolid y en una posguerra). Hay un Umbral de un fotógrafo famoso, tapándose la cara con las manos, y con las gafas encima. Parece un Magritte. Pero me consta que el fotógrafo, el hombre, no trataba de hacer un Magritte fotográfico (eso hubiera sido muy hermoso), sino una especie de alegoría al magnesio (o lo que usen ahora) del hombre que se oculta. Cuando los estetas se ponen metafísicos, suelen quedarse en alegóricos, y eso jode. A mí la foto me vale como un Magritte, y basta. Hay un Umbral, del mismo fotógrafo, juvenil y enverdecido de un cardenillo de laboratorio, que le ennoblece. Tiene la camisa abierta y se ve bien su mandíbula muy dibujada, que parece que siempre ha gustado a las mujeres o, cuando menos, les ha provocado una cierta asiduidad. Hay, finalmente, un Umbral de periódico extranjero, de entrevista, foto mala y prodigiosa, de perfil, con el cuello del abrigo subido contra las nieblas de Europa y de la tipografía. Lo tengo en

la pared sujeto con un alfiler. Bueno, hay también un Umbral que es la portada de un libro, y donde el individuo aparece peinado hacia un lado, con la camisa abierta, la misma mandíbula firme y dibujada, sobre un vago tapiz de Goya, en colores todo ello. En total, ocho Umbrales, la asamblea de los Umbrales, ocho hombres injustos, ocho mariposas/almas entomologizadas por el alfiler del tiempo. Ocho columnas en que sustentar la propia biografía. Pero el motorista, aparte del chorizo, traía el contrato renovado/renovable del periódico, y un contrato de trabajo afirma más en la vida que todas las instantáneas de la fama de un instante.

Siguiendo con el mal rollo, digo/decía que estos ocho Umbrales, esta asamblea solemne, variada y como un poco funeraria, asisten cada día a mi trabajo sacrificial, a mi escritura prepucial, y yo no lo había advertido hasta ahora. Los dioses del hombre jamás han tenido otra cara que la del hombre mismo: bueno, pues eso se reproduce en mi pequeño cuarto de trabajo, todas las mañanas, sin que yo lo hubiese notado. El cuarto, unos quince metros cuadrados (acabo de levantarme a medirlo en pasos). Cinco metros de largo por tres de ancho. La vieja celda estudiantil que ya me diagnosticó cierta vez una periodista/psicoanalista. El viejo y estrecho monacato de pensión de Argüelles, que vengo reproduciendo/conservando en todas mis casas, cada vez más amplias y solemnes, en la medida en que van aproximándose al modelo (de uso muy inmediato, sospecho) de mi pirámide funeraria.

Vuelvo a la cocina a por otro poco de chorizo tierno. El chorizo suaviza el whisky, que tiene un sabor insoportable a caramelo, como me dijo una vez una novia adolescente, pero reciente. El Umbral que más me gusta de todos, hoy, naturalmente (hay otros por el resto de la casa, y por mis otras casas) es el Umbral/Magritte, desechado el infecto alegorismo del fotógrafo. Es el Umbral que, con los ojos tapados por las manos, y las innecesarias gafas encima (Magritte fue el surrealista que se aplicó a la magia de lo cotidiano, quizá porque Bélgica, su país, no es sino una península interior y cotidiana de Francia), es el Umbral/Magritte, digo, que se me hace más testigo, una vez desprovisto de su cualidad testimonial y periodística, y el que me ve leer, firmar y devolver complacido —¿autosuficiente?— el contrato del periódico al motorista del chorizo. Lo más sólido de los contratos comerciales es el papel, claro, un papel que no llega a barba, pero que tampoco es un folio de trabajo. Con este tipo de papel (me parece que tiene un poco de trama), las empresas nos impresionan a los obreros, nos hacen confiar subliminalmente en la validez/solidez de lo que allí se dice, con párrafos impresos y párrafos mecanografiados, que es como alternar la severidad de la ley con la gracia ocasional de las dispensas (o como pasar, yendo en fiacre, del empedrado al asfalto, o a la inversa, según anota Proust en su último tomo, añadiendo que es como pasar de la luz a la sombra, también a la inversa, si hace falta). Lo cierto es que la alternancia letra de molde/letra mecanográfica le da al contrato una amenidad, una variedad irresistible, aunque sea un pobre contrato.

La letra de molde pone aquí la severidad de los códigos y la letra mecanográfica pone la alegre improvisación urgente de la vida. La mezcla es fascinante y uno firma. A estas alturas del medio siglo, después de medio del medio escribiendo profesionalmente, uno no tiene nada fijo en la vida, y el hombre se aferra a un papel timbrado como a su propia identidad. Desde los egipcios (ahora reificados/momificados en la última novela de Norman Mailer) y desde antes, hasta nosotros, al hombre sólo le justifica Dios o un papel.

Suelen ser la misma cosa. Chorizo tierno, de la tripa cular, hecho a mano en Béjar por Pepe el motorista, y whisky con agua de lo que mandan por Navidades las Embajadas y las casas de discos. Dios se aparece en el papel que nos dan el cura o el juez. El papel se deifica y remite siempre, antes o después, a una autoridad no más incontestable que la tortuga sobre elefante y el elefante sobre tortuga que se inventaron los antiguos para explicar la estabilidad de la Tierra.

No digo que sea patético el estar, a las puertas cansadas de la vejez, dependiendo de un contrato profesional y fugaz, aunque tampoco renuncio, por eso, a explotar la autocompasión, que es una cosa que vende, por más que digan los cursis inversos a quienes nadie compadece. Ido el motorista con su casco, ya se dijo, y en su estela de enero y velocidad, me quedo en pie entre mí mismo, con un chorizo sin curar en una mano y un papel/contrato en la otra. Me suben un nueve por ciento y me garantizan la publicación de algunos libros. O sea que todavía existo (nadie existe sin un papel que le avale) y todavía intereso. Contratan mi prosa, no sé si por profesionalidad o por beneficencia.

El gato y la gata se me rozan contra las piernas, a las husmas del chorizo. Son dos ángeles purísimos, en figura de gatos, que sólo pueden demostrarme su amor mediante el hambre, puesto que están bien alimentados. He empezado este libro con el sí, dócil a unas inercias que ya se sabe de dónde vienen, aunque no se sabe nada. El Magritte se ha tapado los ojos con las manos, bajo las gafas, por no verme tan demediado y último. Pero ya estoy yo haciendo alegorismo, como el fotógrafo, con lo que no es sino un milagro póstumo y fotográfico de Magritte, cuya pintura tiene toda la técnica de un fotografismo de lo imposible, como un tren saliendo por una chimenea doméstica, o un busto clásico y femenino, de yeso, con una flor de sangre en la sien.

Aún tengo que escribir algunos artículos, trabajar en algunos libros de encargo y ver si este diario testamentario marcha o no marcha. El chorizo y el whisky me han subido el tono. Los ocho Umbrales me esperan, severos, en el monacato de la escritura, de vuelta de la cocina y los whiskies y chorizos regalados. Son ya un consejo de ancianos. Una tribu donde todos tienen mi cara, como pasa siempre en las tribus (la máscara no se inventa para diferenciar, sino para homogeneizar). Los dioses del hombre jamás han tenido otra cara que la del hombre mismo. Mi escritura cada vez se parece más a mi escritura, que, a su vez, cada día se parece más a mí. ¿Es eso un estilo? Sería, más bien, el momento de dejar de escribir. Y, sin embargo, comienzo un nuevo libro.

2, MIÉRCOLES

Días de llaga en la cabeza. Nada aquí, tampoco, de la herida de Artaud en el cráneo, que él se hurgaba con un puñalito, para conseguir placer. Nada de literatura, ya está dicho, quizá porque la literatura sea la única argamasa de este libro.

Días de llaga en la cabeza, días de sentirme el cráneo abierto, o todavía, a estas alturas, ya de viejo, no bien cerrado, como dicen que tarda en cerrárseles por arriba a los niños pequeños. Me peino el pelo de manera que se me cubra la llaga, pero yo la siento, la sé, y, cuando salgo a la calle, el aire pasa por ella como un cuchillo (quizá, ay, como la sutilísima daga de Artaud, qué le vamos a hacer).

Como uno es alto, digamos, no todo el mundo alcanza a verme la llaga. De modo que me paso el día paseando o de pie, con grave incorrección que no dejan de apreciar las cultas damas a quienes visito en sus salones, a la caída de la tarde. Se ha escrito mucho sobre la costumbre actual de dialogar de pie, horas y horas, con un whisky en la mano, o una ginebra preparada, y a eso se le llama cóctel, y el cóctel sirve para presentar un libro, para presentar un extranjero impresentable o para que nos presentemos unos a otros. Ahora que la llaga me obliga a estar de pie, algunos días, o me hace preferir la posición vertical, compruebo la mentira de los tópicos y las sociologías de urgencia:

—Pero siéntese usted, por favor...

Grandes de España y españoles que buscan alguna forma de grandeza andan derrumbados por los divanes, los sillones y los tresillos de palacios y Embajadas. Ésta es una raza sedente y camastrona. La costumbre de sentarse está más arraigada en la humanidad de lo que uno había observado nunca. En la humanidad y en la etimología. “Disidente” no es sino el que se sienta aparte. Aunque ya dice Borges que no hay que esperar demasiado de las etimologías, porque las palabras no son sino símbolos azarosos de las cosas, y lo mismo podrían ser otras, como de hecho lo son en otro idioma. Pero he aquí que san Isidoro de Sevilla, con sus *Etimologías*, funda toda la ciencia humanística española, y desde san Isidoro no hemos hecho otra cosa que, bien retrepados, buscarle a cada palabra su etimología, como si buscásemos su verdad, cuando lo cierto es que la etimología suele andar por un lado y la verdad por otro. Es como una mujer que se quita la ropa en un rincón y se mira, desnuda, en el espejo, en otro rincón. Ninguna de las dos es la mujer verdadera. Sólo la suma del desnudo y su ropa nos da la mujer real, total.

Esto son cosas que no pienso con el cerebro literario (que es el cerebro de no pensar, sino de inventar). Esto son cosas que pienso con la llaga. La llaga está ahí, doliendo y quemando, pero no demasiado, como un pentecostés de sangre, como una llamita de apóstol sobre mi cabeza, y el primer día de llaga decido no salir a la calle y aprovecho para coger mucho el teléfono, porque el teléfono, como el gato, lo que quiere es ser cogido. Pero al día siguiente ya no aguanto más y me echo a la calle con mi llaga. Me la disimulo un poco con el pelo, ya digo, y lo más sensato sería, en estos casos, usar sombrero. Pero el sombrero sólo les va bien a los guapos y, por otra parte, tendría que quitármelo en cuanto llegase a una redacción o un restaurante, que es precisamente donde la gente se va a fijar más en mí.

O sea que fuera el sombrero. Que disfruten de la llaga y, si alguno tiene valor, que me pregunte por la llaga.

—Pero lleva usted la cabeza abierta, caballero...

—Es para conservar las ideas más aireadas que las suyas.

Las mujeres, en la intimidad, cuando le acarician a uno el pelo, de pronto se llenan una mano de sangre. Y aquí viene cualquier versión heroico/cotidiana sobre mis descalabros. La mujer es sangrienta y se erotiza con la sangre (también con la sangre), de modo que, con ellas, esto de la llaga intermitente no va mal del todo.

—¿Es usted un estigmatizado? —me preguntan algunos periodistas.

—Todos lo somos, joven. La fealdad de usted no puede ser sino un estigma.

Lo que más apetezco, claro, en días de llaga, es un poco de lluvia ligera que me resfresque la llama de sangre, y entonces se me ve caminar por calles traseras, entre almacenes cerrados y hornos de chimeneas que ya no echan humo, pisando los últimos adoquines de la ciudad, lleno de un silencioso júbilo. A mí me llueve más que a los demás, incluso más que a Verlaine, porque a Verlaine le llovía en el corazón o algo así, pero eso no era más que literatura, influencia de don Manuel Machado, que Verlaine siempre se juntó con muy malas compañías, y en cambio lo mío es de verdad. Cuando pienso, por el contrario, que es una llaga imaginaria, de loco, viene una marquesa a mirarme la llaga con sus impertinentes:

—Se ha debido caer usted del caballo. ¿Se encuentra mal?

—El que se encuentra mal es el caballo, marquesa.

Y cuando mi llaga tiene más clínica realidad, y hago que alguna amiga de confianza me la examine despacio, suelen decirme que es una, otra de mis poses, y que no tengo ninguna llaga:

—Lo único, que se te está cayendo un poco el pelo.

Llaga o no llaga, creo que acabaré comprándome un estilete de antigüedad para hurgármela a escondidas, como Artaud, aunque ya comprendo que este paralelismo literario anula toda la verdad patética y cotidiana de mis días de llaga, que aquí confieso. Pero son días torturantes, no porque yo considere en absoluto la posible gravedad de mi llaga, sino porque una llaga en la cabeza es algo socialmente impresentable. Sólo que quedaría peor un clavel andaluz en el pelo. Clavel/lengua de fuego, mi mal me preocupa socialmente, como a todo el que hace mucha vida social. (Un tuberculoso mundano sufre más por el mundo que por su tuberculosis.) Si el enfermo tiene genio, como Baudelaire, da salida inversa a su drama social, y cuenta a gritos en los restaurantes que padece sífilis peligrosísimas. Luego, cuando una mañana, peinándome distraídamente, el peine comprueba que ya no hay llaga, si es que alguna vez la ha habido, me queda como una “nostalgia del lodo”, una cicatriz psicológica, ni siquiera cutánea, y comprendo que la llaga me daba una entidad que hace tiempo he perdido. Yo era ya mi llaga.

Pero la llaga —ay— tarda meses, o años, en volver a abrirse.

3, JUEVES

La tonta, amores con la tonta. Esto debiera ser la más vertiginosa aproximación al bestialismo, pero todavía me reservo la cabra. La tonta cuenta con dos fascinaciones: impunidad y bestialidad.

Lo de la impunidad es relativo, claro, y quizá sea todo lo contrario. Aparte culpabilidades sociales, digamos, la única mujer que hoy puede crearnos culpabilidad sexual es la tonta. En cuanto al bestialismo, es tentación que le coge a uno un poco cansado para tan singular viaje por la Historia Natural.

¿Por qué, entonces, el comercio sexual con la tonta?

Seguramente, por las razones que he apuntado al principio —impunidad, bestialidad—, aunque luego me haya ocupado de refutarlas. A la tonta, naturalmente, habría que respetarla. Es sagrada por tonta. Al margen de las religiones, es verdad que hay unos como santos inocentes entremetidos en la humanidad. A la tonta sólo se condesciende por caridad. Pero esto, nada más escribirlo, me suena a hipocresía casi cómica. Santa María Egipciaca dicen que se acostaba por caridad con los menesterosos. Yo no me acostaría con la tonta si no fuese joven y hermosa. La impunidad interior, naturalmente, me preocupa mucho más que la impunidad exterior. La tonta es una aproximación al bestialismo. O eso parece en principio. Luego resulta que la tonta habla, y habla mucho, tiene vislumbres de inteligencia, y esto la torna trágica. Por asco de la tragedia se arrepiente uno de haber yacido con la tonta.

Pero la tonta no es sólo puerta al bestialismo, cuerpo opaco y codiciadero, sin luz interior de pensamiento claro, sino que la tonta, como todos los tontos, carente de controles mentales o sociales, gusta siempre de la penetración rectal y otras formas de placer que en una señorita puta serían impudicia, pero en la tonta se revelan espantosas, pues que ni siquiera tiene noción del bien y del mal.

Uno creía haber abolido de sí las nociones de bien y mal hasta que empezó a fornicar con la tonta. La tontería resulta que es otra forma de inteligencia (es lo que empiezo a sospechar con terror, cuando estoy con ella en la cama). La tontería frecuentada es algo muy parecido a la genialidad frecuentada. Por eso ha habido muchos tontos en mi vida, y algunas tontas. Por eso y porque los genios abundan menos, naturalmente. A falta de una amante genial, una amante subnormal. Ambas experiencias son muy parecidas. Y con los amigos puede ocurrir, ya a estas alturas de la vida, cosa no muy diferente. La belleza convulsa de la tonta es lo único que puede remediar la ausencia de la belleza serena de la mujer excepcional. Un genio sólo se remedia con un tonto.

A pesar de lo que acabo de escribir en contrario, lo cierto es que la tonta garantiza no sé qué impunidad tan vertiginosa como la impunidad criminal. Y la impunidad es un acicate. La impunidad aureola a la víctima. En cuanto al bestialismo, resulta, ya digo, que no es sólo la consecuencia de estar profanando un cuerpo apenas inteligente, sino que la sexualidad de los tontos es bestialismo, en puridad, es una sexualidad bestial. Dijo Max Frisch que “los cuerpos son honrados”. Y la honradez del propio cuerpo, que más exactamente debiéramos llamar salud, pone un final cansado al viaje trágico y divertido por la animalidad de la tonta, que sólo a medias es cabra, llama, mujer.

Parece que los antiguos fornicaban con las diosas y con las bestias. A nosotros, tan urbanos, no nos queda mayor aventura mitológica, mayor *transgresión*, que las tontas. La tonta, mi tonta, es una tonta a quien la actualidad ha vestido de buen gusto, la soledad ha dado un perro y la clase social —qué profundo es eso de la clase social— ha enseñado a recibir. Lo hace todo normal, pero es tonta. Los tontos/locos, impracticables, no nos inquietan porque suelen estar internados. Lo inquietante es esto, la tontería, la conducta *normal* de una mujer que lo hace todo como las demás, pero en tonto. La tontería es tan sutil como la inteligencia. No podríamos decir en qué momento es tonta la tonta ni en qué momento es fascinante el talento. La genialidad es tan difícil de aislar como la tontería.

Es un efluvio.

Una sensación general de luz o torpor. La tonta es inocente y diabólica. Se masturba mientras la penetro rectalmente. “Todas las subnormales tenemos las tetas muy grandes”, me dice. “Yo me las he operado, y así y todo, mira.” Hermosos pechos opacos, porque a los pechos también los ilumina la inteligencia, cuando la hay. Lo suyo ni siquiera es impudor, ni tampoco malicia (la malicia lo redimiría todo), sino zoología. Y la zoología, claro, me cansa en seguida. El arrepentimiento de haberse acostado con la tonta no es un arrepentimiento moral, naturalmente, sino el arrepentimiento mediocre de haber perdido el tiempo proporcionándose uno un orgasmo contra un alabeado de torpidez. Lo que se penetra siempre es una inteligencia, una sensibilidad, lo que se inerva/anula es una imaginación, una fantasía contraria que nos responde. Penetrar una masa zoológica de pesantez, sin la alacridad que sólo la ideación da al cuerpo, es mucho más zafio que haber violado una cabra. La cabra es perfecta en su universo de cabras: inteligente. La tonta es un muñón frustrado de humanidad. Me he follado un muñón.

4, VIERNES

Pero yo escribo hoy, en este libro informe, entre el lenguaje de fuego de la chimenea, lenguaje siempre leído y jamás descifrado por el hombre, desde el Magdalenense, y el sol blanco de enero, que ha helado el cielo y mi piscina. Los gatos están en Madrid y ahora mismo tendría que llorar por ellos, de tanto como les amo, así que sigo escribiendo, que me parece que queda más hombre. Aunque últimamente ando como un poco enamorado de las cabras (aquí en el campo veo muchas), como explicaré más adelante. Pienso que la majestad bizantina de la cabra y el macho cabrío, con su cornamenta en espiral de oro verde, le viene, quizá, a la inversa, de que egipcios y bizantinos, y los antiguos en general, no sólo adoraban a ciertos animales (y de esto se ha escrito mucho), sino que tomaban de ellos la estética para revestir su ética, siempre feble. (Y de esto último me parece que se ha escrito menos.) Los reyes siempre han afirmado venir de los dioses, pero seguramente vienen de las bestias, en una paródica imitación estética que el Sumo Sacerdote convertía en ética. Un rey se parece siempre más a un macho cabrío que a un dios, que no sabemos cómo es, salvo que se parece sospechosamente a nosotros. Hemos hecho a los dioses a nuestra imagen y semejanza (los escrituristas se limitaron a dar la vuelta a la idea), y hemos hecho nuestros emperadores a imagen y semejanza de las cabras. Mirando el reino animal se comprenden mejor los reinos de la tierra y de la Historia. Hay una Cleopatra eterna en cada cabra.

Me lo dijo Álvaro Delgado, cuando pintó al Negus:

—Sólo he podido verle como el Emperador de las Cabras.

Todas las noches me levanto, hacia las cuatro o las cinco de la mañana, a orinar, lleno de palpitations y malos sueños. Mientras estoy de pie, vertiendo mi líquido perfumado y sagrado, procuro convocar imágenes gratas, pueriles, cosas tranquilizadoras que me aduerman el corazón, para volver a la cama, leve y niño, como a una maternidad de lana y lino, como a una tumba fresca y gozadera.

A veces lo consigo (la práctica cuenta), y me duermo de nuevo, como el que se ahoga en un dulce pantano amargo, sin dormodor o con dormodor, sin ansiocor o con ansiocor, y pienso que lo peor de las pesadillas es el despertar, que lo peor de la noche es la mañana, que lo peor de la muerte es la vida.

O a la inversa, claro. No, a la inversa no sirve. No hagas juegos de palabras, cabrón, porque no siempre salen. Todas las noches, o casi todas, me levanto, hacia las cuatro o las cinco de la madrugada, me cambio de pijama, inicio una noche nueva (con otro pijama se sueñan otras cosas), pero hay esos momentos de lucidez y espanto, de verdad y espuma amarilla, en que comprendo mi vida como una sinopsis mediocre y veracísima de mi vida.

5, SÁBADO

Todavía hay algunas casas bien donde se me invita a tomar el chocolate de las siete, tan imperial y tan nacional como el británico té de las cinco. El chocolate ha de ser de la Trapa, y esto permite hablar de los trapenses, de que lo siguen haciendo ellos mismos, a mano, de que por eso está tan bueno y, en consecuencia, no se han extinguido las vocaciones. ¿Qué vocaciones? ¿La de fraile, la de trapense, la de místico o la de chocolatero?

No lo pregunto, porque me gusta quedar bien en las casas bien, pero evidentemente estamos de acuerdo en que no se han extinguido las vocaciones. Eso es lo importante, la vocación. Sin vocación no se va a ninguna parte. “Ah cuando España tenía grandes vocaciones.” En las casas bien, hacia las siete de la tarde, si hay un invitado correcto, se puede levantar una España, un Imperio y hasta un Dios de tableta de chocolate. El chocolate, naturalmente, lo ha hecho la niña de la casa: quiero decir que lo ha cocinado. El chocolate no debe estar espeso ni ligero. Al chocolate espeso, en mi infancia, le llamábamos “embolado”. Recuerdo esto en voz alta y la señora de la casa en seguida se identifica conmigo en el recuerdo. Como yo soy descaradamente maduro, queda en evidencia involuntaria la madurez de la señora, nuestra madurez trapense de chocolate, nuestra madurez de chocolate trapense y embolado. Y se hace un silencio que no se hace. El primer silencio de la tarde. Ella sola se ha metido en la trampa, ah la trampa del tiempo —“La herida del tiempo”, ¿de quién coños era “La herida del tiempo”?—, y ahora su boca es una herida de chocolate y tiempo, de rouge marrón que se le ha quedado sobre el rouge rouge que repasó un momento antes de llegar yo.

Va siendo una tarde deliciosa. A la niña le ha salido un chocolate ni claro ni oscuro, ni embolado ni ligero (esto último revelaría una maritornes de clase bien que de ninguna manera convendría para el matrimonio, qué matrimonio, yo llevo treinta años casado, y aquí no se sabe si he venido por la madre o por la hija: delicioso equívoco para una comedia si uno tuviese la curiosidad de ganar dinero, por saber lo que es eso, y escribir una comedia). “De modo que tú y yo somos de la generación del embolado”, dice directamente la señora, cuando ya se ha limpiado la boca y se la ha vuelto a pintar de pintura y chocolate, dispuesta a arrastrarme con ella a un abismo generacional por un precipicio terroso de chocolate. El dato histórico y el tuteo no me dejan otra salida que aceptarlo todo. Esta bella señora tiene mi medio siglo, pero yo venía por la niña, que tiene veintiuno y todavía patina. “Después del chocolate —les digo para quedar como hombre de mundo, dado al vicio del chocolate—, un vaso de agua con un azucarillo.”

—¿Un azucarillo? —pregunta la niña, mi supuesto ligue de una noche de verano sin sueño, cuando mamá estaba en Zarauz, que es donde está desde que ganaron la guerra que siempre habían ganado, salvo cuando está aquí tomando chocolate.

—Claro, hija, pero no se hacen ya aquellos azucarillos que dice este señor. Ahora son más pequeños.

—Pues a mí me los da la de O'Reilly —digo por fastidiar un poco, haciéndoles la guerra en su terreno.

—Los comprará en La Mallorquina.

He dejado a la bella señora enchocolatada y humillada, por debajo de la de O'Reilly, pero me he unido epocalmente a ella, con pegamento de chocolate y arracadas de azucarillo. La chica y sus hermanas ya no saben si he venido por la hija o por la madre. Les debe de dar como un poco de asco que su madre viuda, maquillada escandalosamente de chocolate, coquettee con un recién llegado.

El tiempo es un chocolate en el que todos mojamos. Comprendo que me he pasado con lo de Aurora Lezcano, pero insisto: “Pues me da el vaso de agua con azucarillo grande y en bandeja de plata: el repujado del azucarillo es como el repujado de la bandeja.” Soy un suicida literario, como siempre. Me he perdido por una imagen. A la

gente bien le dan igual las imágenes y, en cambio, les molesta mucho haber fallado en un vaso de agua. En cualquier caso, me he cargado la merienda, la visita y el chocolate. La chica que me gusta tiene los ojos confidenciales y los muslos gloriosos, pero no me perdona que no le haya perdonado lo del vaso de agua con azucarillo en bandeja de plata. Se nota. Sus hermanas tienen mucho que estudiar, o me ignoran directamente. Todas sueñan con terminar la carrera y casarse con un trapense de paisano que les haga mucho chocolate sexual por las noches, porque estas señoritas suelen tener una idea del matrimonio que está entre el monacato y el molinillo de hacer niños. Todavía, ya digo, me invitan en algunas casas bien a tomar el chocolate de las siete, por la curiosidad de tener un rojo en casa, mayormente, pero ni yo soy exactamente eso que se llama un rojo ni me gusta hacer amistad con las madres de las hijas que etcétera, porque es una cosa campoamorina. La calle borra generaciones y ella y yo somos iguales, leemos la misma ciudad actualísima en tapias y anuncios. Dentro de la casa, las muchachas se embarran paulatinamente de chocolate (se ve que no lo toman en todo el año) y la madre es ya como la madame dignísima con rimmel y rouge de chocolate que monologa conmigo hasta llegar a una orgía de efebos trapenses y supongo que desnudos, pintados por el Greco/Zurbarán, “aquéllos sí que eran pintores”, en verde/chocolate. Miro a la muchacha de los muslos gloriosos, en sus ojos confidentes: un inexistente y gélido vaso de agua, en bandeja de plata indiferente, nos separa por siempre.

6, DOMINGO

La mujer, el encuentro con la mujer, esa lucha grecorromana que es el sexo, así, de golpe, el cuerpo a cuerpo de los cuerpos, la mujer, en mí, siempre ha ido vagamente asociada a la ciudad, la ciudad es ciudad y es fascinante, para mí, porque está llena de mujeres, y cada mujer es la puerta jónica de una vida que hubiéramos podido vivir (a veces la vivimos).

De vuelta en Madrid, el encuentro con la escultura violenta, con la Roma despiezada y femenina, con el mármol clásico y popular de una carne que me espera firme. Vicente Aleixandre, muerto aún no hace un mes, explicó todo esto como “la destrucción o el amor”. Platón había dicho, más o menos, lo mismo: “Amar es afán de engendrar en la belleza.” Y engendrar es destruir una vida para crear otra. (Cuando menos, destruir una perfección.) Hay una violencia como cartaginesa en la manera que tenemos de fornicamos. La ciudad me torna Priápo de fijeza y media tarde contra el que se desfloran muchachas sucesivas, cuerpos que son el mismo o que son otro, como una mujer deshojándose de sus desnudos en la helada tórrida de enero. La mujer habita el mundo y el hombre sólo es un fantasma mental que vaga dentro de sus propias imaginaciones. Cómo siento esto, con qué aguda punzada de frío, primera saeta del año, cuando la mujer se va o antes de que llegue. Son la patria del hombre, alguien lo dijo, y uno, más que expatriado, ha vivido de apátrida, desde que uno aprendió —ay— a ser yacente y priápico, a dejar que los cuerpos se ensarten en uno, correlativos y tan femeninos, en su hombredad improvisada del estar encima, que ya dijo el poeta que hay mujeres que tienen noches de capitán. Sin tocar costa de mujer, se pierde el barco puramente mental del marinero en tierra que todos somos. O meter el dedo anular en el recto de la muchacha, cuando ella copula sobre nosotros, penetrando esa limpia y cálida fontanería interior del cuerpo hembra, siempre impecable. Pienso que, allá en los primeros tiempos, la mujer fue quien enseñó al hombre a lavarse. Quizá son tan relimpias, sin saberlo, como respuesta a las sucesivas leyendas de impureza —“doce veces impura”— que las religiones y los cabrones han echado contra ellas.

Mientras este fragmento de un romanismo falso y caliente copula contra mí, una niña de trece años, en Addis Abeba, se ha quedado en diez kilos de peso, por el hambre, y como ella hay otras muchas y otros muchos. Es un joven esqueleto donde la muerte ensaya ya su alegoría. ¿Qué sentido tiene estar penetrando un cuerpo rosa y joven mientras otros cuerpos jóvenes se devoran a sí mismos, hasta el espanto? Y lo peor es que el rubor intelectual le veda a uno, ya, cualquier reflexión “humanitarista”. El absurdo de la especie, que todo lo justifica, tampoco puede sustituirse por una explicación hipócrita y sociológica. Todos conocemos las causas y los remedios de este lento y perpetuo crimen de la humanidad contra sí misma. Lo de Caín y Abel, como todas las fábulas religiosas, no es sino la sinopsis aplicada de una situación social que se daba ya en los primeros tiempos. La humanidad se ha alimentado de hambre durante millones de años. Y han sobrevivido mejor los hambrientos que los saciados. La prueba es que los hambrientos son muchos más y tienen mayor genealogía. La bella joven bárbara y yo estamos disfrutando de nuestros cuerpos saciados, restándoles un poco de saciedad ya intolerable, en el esfuerzo de la cópula, pero entre nosotros, o sirviéndonos de lecho, hay una niña negra de Addis Abeba que pesa diez kilos y tiene trece años, que lleva el pelo rapado (porque se lo han cortado o porque no le crece), que viste su desnudez de momia con una bata de lunarcitos que le ha allegado alguna mafia internacional de la caridad.

Trece años, una niña que ya tendría que ser mujer, un esqueleto en el que no ha germinado la flor cálida del sexo, una muerta viva entre nuestros cuerpos muertos y corruptos de felicidad, placer y saturaciones. Los judíos han echado una mano a los negros, pero sólo a los negros judíos, cuidado, y un amigo me cuenta que en Tánger hay negros que tienen por criados a otros negros. Sin duda, esa servidumbre les

blanquea, a ellos, los ricos. Basta con caer de los techos artesonados del orgasmo, basta con quedarse como estatuas dobles y yacentes, cuando las sábanas empiezan a marmolizarse, para comprender que estamos rodeados de niñas esqueletas (ahora que la niña negra se ha ido), que follamos en un mundo de cadáveres indignados que es más historia que mundo y más sueño que historia. Distanciados y saciados, la joven y nutrida ruina romana me coge, naturalmente, una mano.

7, LUNES

Con esta vocación de filo, con este ansia de penetraciones, me devuelvo a mí mismo a la marea humana de la calle y la protesta, o me arrastra la resaca de los pobres. Estoy bajo banderas, entre gemas históricas del siglo, con una multitud delante y otra detrás, camino una ciudad *otra*, altamar de la Historia, galernazo del pueblo, como en los viejos tiempos, y la noche se llena de estrellas como voces, y pancartas.

Escritura que pasa, escritura del hombre en un momento, como debiera ser toda escritura, eficacia directa de las letras con geometría de martillos. Hay una serranía humana que me precede. Hay otra serranía que me sigue. Caminamos despacio la ciudad, entre lírica y obrera y un frío quieto. Esperan mi palabra.

Subimos una calle en lenta cuesta. El yo se salva disuelto en multitudes, soluble en lo común. Ya no hay enfermedades ni entresueños. Sólo una enhiesta vara de escritura, la experiencia de ser/no ser entre los otros. La redención del yo vicioso en las entreatardecidas multitudes que cantan o gimen. Llegamos a una plaza con árboles y teatros. Me subo a una tarima y hablo, en la noche, al melonar pensante de los hombres, al olivar de neón de las cabezas. Mi voz, por el micrófono, suena más falsa y más sincera al mismo tiempo. Les estoy diciendo cosas suyas, pero me estoy salvando, mientras tanto, de mi cuarto de crímenes y prosa. Madrid.

Dormidas las banderas en el viento, finalizado el acto, me cogen de la mano obreras manos y me salvan de nada, hasta lo lejos, pero ya su contacto, su roce de taller, manos que son todo superficie, me redime de manos como guantes de insidia, o de la mano reptil de la mujer. La multitud orea como un gran viento. Entonces ¿he venido por ellos o por mí? Sólo sé que he venido y estoy lejos. Una alta mar de hombres colmó una plaza vieja de Madrid.

8, MARTES

He descendido anoche, como desciendo a veces, al cielo incendiado de los jóvenes, a su clima de música que quema y mujeres andróginas con la voz de acetato. He descendido y sigo.

No sabemos nunca si la juventud está por encima o por debajo de nosotros. Se lo preguntaron una vez a mi admirado André Gide:

—¿Por qué corre usted siempre detrás de su propia juventud?

—Y no sólo de la mía —respondió.

Lleva uno bastantes años corriendo delante o detrás de la juventud más joven, por la fascinación que tienen y no por otra cosa. Llamas cambiantes, música insistente, voz macho de hembra, canción hembra de macho. La juventud es la vida, que prosigue madrugada adentro, cuando nosotros nos vamos a la cama. La juventud es llama que se quema en sí misma. De nada vale integrarse en el gran cuerpo musical de lo joven. De pronto viene un fotógrafo y me lo dice:

—Perdone, señor Umbral, pero le voy a hacer una foto.

He llegado al “usted”. El “usted” es un triste privilegio en este tiempo de tuteo. Pero la muchacha, la cantatriz, arde y arde, como cordera atalajada, como Dafnis de barrio, como la diosa apócrifa, con brazaletes de pinchos, de un instante de fuego y ritmo que ni siquiera desea durar. Por cabello una llama que acude a todos los fuegos. Y la fugacidad de todo esto, que es lo que más les envidiamos a los jóvenes, y lo que les reprochan los imbéciles: que no van a durar nada, que toda juventud tiene su grito de luces, instantáneo, y se apaga en cotidianeidad, o muere. Entonces, cuando todos los incendios del mundo acudían a nuestra melena rubia, teníamos que haber muerto. Desde entonces seguimos obviamente vivos. Sólo obviamente. Y escribía yo esto cuando la juventud misma, mi juventud, me llamó al teléfono, que soy Carmen, Carmen Ynfante, de París y de Jerez, que tengo un cuadro para ti, estoy pintando una galería de chulos, una gran galería de grandes chulos como sansebastianes, desnudos y pálidos, que nos vemos. Y nos vemos.

Prepara, para después, en París, una gran exposición de trajes de novia que ha ido buscando y seleccionando por el mundo desde muy joven. Carmen, señorita de Jerez, musical de pelo rubio y largas piernas, aparecía por los cafés y los ateneos de Madrid, allá en los últimos sesenta, e hicimos un viaje muy adentro de la lluvia, y todo lo iluminaba la Andalucía que iba con ella y su voz infantil por los ceceos. Como una cabra heráldica, de las que vengo hablando, la aureolaban los males sagrados y las sabidurías inútiles. Una noche, hace pocos años, yendo yo con Aranguren, Máximo y otros amigos, en expedición más o menos literaria, la encontré en Sevilla, y me llevó a tabernas últimas donde había altarcitos de plata minuciosa que era papel de estaño de las cajetillas de tabaco, y los viejos flamencos apuntalados con una Giralda por dentro, nos cantaron la copla por una copa penúltima. Luego estuvimos en el estudio sevillano de Carmen, que se volvía en seguida a París, lleno de una pintura como de un naïf canalla.

La mujer siempre es un poco naïf, incluso en sus canalladas. Por eso nos interrumpe y desconcierta. A la mañana siguiente, cuando me iba de mi hotel, encontré un recado de Carmen y una caja de yemas de San Leandro. Había madrugado para despedirme sin verme. Y ahora está aquí de nuevo, signo esbelto del pasado, estatura de la Andalucía rubia, con sus chulos blancos y sus novias muertas de encaje. La voy a ver esta tarde, seguramente. Hay mujeres que dan para un libro entero y mujeres que son un relato corto. Esto, por supuesto, no tiene nada que ver con la intensidad de la relación. A los hombres, seguramente nos pasa lo mismo. Uno, viciado de literatura, acostumbra distinguir entre hombres/novela río y hombres/retrato corto. Claro que siempre es más grato y certero hacer la clasificación sobre mujeres. Carmen Ynfante ha sido y es como un cuento reiterado de mi vida, sin llegar nunca a libro, un relato breve que se va

perfeccionando solo, no le toques ya más, que así es la rosa.
He descendido anoche, como descendo a veces, al cielo incendiado de los jóvenes.
¿Los jóvenes están arriba o abajo? ¿Vienen después o antes que nosotros? Carmen Ynfante, sin saberlo, sabe que quiere descender conmigo a nuestra juventud viajera y compartida. Sólo existe un eterno retorno, que es la rueda de santa Catalina (santa y rueda que nunca existieron, me parece), erizada de cuchillos mortificantes. Carmen Ynfante y yo podemos hacernos mucho daño involuntario por el voluntarismo de reencontrarnos. El tiempo, al que la mujer da argumento, pierde sentido por la mujer. Ellas, seguramente, tienen otra idea del tiempo, o no tienen ninguna, o viven un presente feliz de chulos blancos (yo soy muy claro de cuerpo) y bodas mortuorias. La mujer, Alaska o Carmen Ynfante, siempre me lleva fuera del tiempo y del espacio, cogido de la mano. Incluso al Alighieri le pasó.

9, MIÉRCOLES

La niña entre la nieve. La pequeña mendiga portuguesa entre la nieve. Gigi y yo buscamos a la niña entre la nieve de enero. Gigi le quiere hacer fotos. ¿Gigi le quiere hacer fotos? Ni la niña aparece ni sabemos ya lo que queremos. Me lo dijo un día, Gigi, lleno de la tristeza de los gigantes, con su cuerpo enorme y su máquina diminuta: "Tendríamos que retratar a la pequeña mendiga entre la nieve." Comprende uno que el planteamiento, así formulado, queda como asquerosamente dickensiano, pero no es eso/no es eso. Y hemos salido, en la mañana de sol débil, llena de un color sin color, más tarde, por el barrio de bares encendidos como de la noche anterior, por este barrio de mercados que arden de whisky entre trópicos de fruta, de mercados que son como un frigorífico abierto, siempre con un mendigo sentado a la puerta del frigorífico, hemos salido, digo/decía, un gigante y un miope a la busca de una pequeña mendiga portuguesa, de unos seis o siete años, con el rostro bello y malvado, de un gitanismo cimarrón, con una cicatriz que se le monta sobre la nariz, de mejilla a mejilla, como un bello tatuaje. ¿Qué buscamos, Gigi, por entre tanta nieve? Una niña, la niña, la mendiga portuguesa. Ah, sí, la niña.

Hay un momento en que la nieve comienza a convertirse en silencio. Siempre hay un momento en que todas las cosas comienzan a convertirse en otras. Es el momento poético de las cosas. Uno tiene escrito, o quizá no, quizá sólo pensado, que metáfora no es equivalencia entre dos cosas: el momento metafórico es, exactamente, ese momento en que una cosa quiere ser otra y comienza a serlo. Ése es el instante delicado que pisamos, el gigante italiano y yo, cuando pisamos la nieve camino de la niña pobre, o en dirección inversa de la niña: nunca se sabe cómo reparte la nieve sus niños y sus muertos.

Catherinne Bassetti me ha llamado esta mañana para decirme que espera un hijo: está embarazada de seis meses. Catherinne Bassetti me contó una vez que allá en su Estado de Washington, cuando se entierra un muerto en un cementerio nevado, la nieve echa humo durante varios días. Aunque este barrio está empedrado de muertos, aquí no echan humo, quizá porque tienen el asfalto encima, o, sencillamente, porque no estamos en el Estado de Washington ni tenemos el poder que tenía (y tiene) Catherinne para ver con sus ojos verdes de gacela empañada lo que los demás no vemos.

Y la niña portuguesa sin aparecer. Pero qué le queremos hacer, una foto. Claro, Paco, tú podrías escribir algo muy hermoso sobre la pequeña mendiga portuguesa retratada en la nieve. Me suena por una parte a *El pequeño escribiente florentino*, de Edmundo d'Amicis, lectura colegial, pero lectura al fin, y por otra parte, ya está dicho, me suena a un Dickens de restaurante de medio precio, como era Dickens (sólo un gran Imperio naval puede lanzar al mundo un escritor tan mediocre). Como ni el gigante milanés ni yo tenemos detrás un gran Imperio naval, ni cosa que lo valga, nos hemos echado esta mañana a las calles por dar con la niña portuguesa. Pasan las horas blancas de la nieve, no hay niña ni quizá nunca la ha habido. A la niña la traen todas las mañanas en una furgoneta, desde Fuencarral u otro lejano barrio, la dejan pidiendo por aquí y luego la recogen por la tarde. Sus padres o sus explotadores, claro. O sus padres/explotadores. El socialismo portugués parece que se remedia con el socialismo español. Pero Dickens es el resultado de un Imperio y de una Revolución Industrial y también tiene que comerse el pollo contra un retablo chato y sucio de niños que dejan su nariz en el cristal del restaurante, con su respiración azul y cálida.

Por qué buscamos la niña, para qué, qué coños de niña buscamos. La nieve es una amnesia. ¿Existe esa niña mendiga o nos la hemos inventado? ¿La ha visto el gigante milanés, solamente, a través del objetivo de su máquina? Pero yo, que no tengo máquina, juraría que también la he visto, y puedo describir (ya lo he hecho) la cicatriz, como un tatuaje armonioso, que le adorna y malicia la cara. La nieve no se mide por

horas. No sé cuánto tiempo llevamos buscando a la niña portuguesa por mi barrio grande y complicado. No sé si hay niña portuguesa ni sé, ya, lo que buscamos. Sería demasiado fácil mirar por el objetivo de la máquina y que la niña estuviese ahí, mínima, como tallada en una pupila. Estoy seguro de que puede ocurrir y por eso no le pido a Gigi la máquina, para probar. Hay que seguir buscando.

10, JUEVES

Hoy he practicado un pulcro suicidio literario (no sé si vicario, ay, del suicidio general que proyecto). Hoy me he levantado, como todos los días, dopado de dormodor, con un buen sueño de yegua joven (pero de farmacia), he orinado, asimismo, con la fluidez y la abundancia de una yegua joven, llenando el mundo de cerveza alegre, y luego me he duchado muy despacio, como siempre, despegándome el cuerpo de mi cuerpo. Lo que hay que dejar que se lleve el agua no es la suciedad que uno no tiene, naturalmente, sino el cuerpo de la noche, en cuyo hueco nos situará el día un cuerpo nuevo.

Pienso que no otra cosa se propone todo hombre, toda mujer, todo ser vivo —hasta mis gatos— en el rito lustral de la mañana: que el agua se lleve el cuerpo sucio de sueños, fardo de días, para vivir todo un día, o siquiera unas horas, de ausencia de cuerpo, de hueco alegre y practicable. Hasta que, como digo, el día nos dote de otro cuerpo más joven, más puro, o sea el día mismo el que tome nuestra forma, se adapte a nuestro hueco, haciéndonos así plenamente reales y, lo que importa más, plenamente actuales.

Hoy he practicado, sí, un pulcro suicidio literario. Tras el desayuno lacónico, tras los periódicos que vienen en blanco, como todos los días, he concebido una brillante idea para un artículo, la he desarrollado un poco en la cabeza, he sacado mi máquina roja de la funda, como quien saca una espada, y, mediante la tecla correspondiente, he dejado la cinta en blanco, donde no marca nada. Así, peinado/despeinado, entre el sol y el rojo claro, ya caedizo, de la parra virgen, he escrito el mejor de mis artículos, o uno de los mejores, dejando el papel en blanco por la colocación de la cinta.

Era un artículo perfecto, cuadrado, cuadraturado, ligero y ágil, hábil (no diré que profundo, porque uno no cree en la profundidad: todas las verdades están en la superficie, como flores de agua, esas flores sin raíz que tanto fascinaban a Proust).

Y yo mismo, flor sin raíz, he terminado y firmado el artículo, a máquina, con la satisfacción de que no haya quedado nada escrito. He perdido un artículo —quizá el mejor de los míos—, pero he ganado dos folios en blanco, y no sé qué vale más.

No diré aquí, naturalmente, cuál era el tema del artículo, ni menos explicaré su desarrollo —lo inexplicable—, porque eso sería salvarlo por otros caminos. Quiero que se pierda ahora y para siempre. Nunca había practicado esta forma de suicidio literario menor ni mayor.

Ah si pudiera uno hacer lo mismo con su vida: escribirla en blanco y dejarla sin escribir. Siente uno como asco de todo lo que ha escrito sobre sí mismo. Pero tampoco quiero obtener de este acto puro consecuencias morales, sino vitales, por decirlo de una manera ruda e inmediata. Después del artículo escrito/no escrito, después de la mera gimnasia mecanográfica (gimnasia que temple y acostumbra toda mi vida), me encuentro puro, exento y descargado, porque he dicho todo lo que tenía que decir, pero lo he dicho en blanco, y esto, si bien me resta la gloria de un día, me aureola con la pureza de una mañana fresca, altísima de pinabetos, fructuosa de ciruelas extemporáneas, iluminada de parra virgen y viajera de cielos cambiantes.

Hoy he practicado, sí, un pulcro suicidio literario. He escrito sobre el agua o sobre la arena —como Cristo con el dedo, en arameo— una prosa que no se ha borrado porque ni siquiera se ha grabado. Dicen los teóricos que la música es un arte que se desarrolla en el tiempo y que el tiempo se la lleva. ¿Cómo saber del violín de Paganini y su palabra convulsa? La escritura sería mucho más virgen si también se la llevase el tiempo. Así quiso Sócrates la suya, pero Platón la fijó para siempre, traicionándole. La mayor fidelidad es la mayor traición. Ni socrático ni platónico (no te pongas trascendente, cabrón), me he limitado a escribir en el folio de la nada la ocurrencia de un día, quizá una de mis mejores ocurrencias.

Y ahora ando por el jardín, sábado natural del mundo, luminoso contra todos los

tópicos luctuosos, feliz, fresco, nuevo, alígero y un poco cabreado por las pesetas de ese artículo, que ya nunca cobraré.

11, VIERNES

La parra virgen enrojece todos los años. La parra virgen toma un color de vino suave, de borrachera dulce, y cuelga en colgaduras, como una ópera decaída y fresca, hasta el suelo, hasta el césped.

Sólo este fuego amortiguado y descendente, sólo eso me defiende de la vida, de la muerte, del mundo, sólo ese delicado muro de color —color tan sólo— me salva de los otros, me aísla. Nada como venir, huyendo de la ciudad y sus farallones humanos, hasta el rincón ameno, huerto de Melibea sin Melibea —qué coñazo, ahora, una Melibea—, donde lo malva canta el aria prefinal de mi vida, sin mí, su espectador y víctima. Donde la lluvia reparte su entusiasmo primaveral, de una primavera inversa, entre lo verde y lo rojo. Arrincona las hojas muertas de la piscina, poniéndola de un verde enfermo, lleno de cadáveres, y eleva el cielo, como un globo, ya sin su lastre de agua, a unas alturas mareantes, por sobre los sauces más altos, que hay que podar:

—Que vengan en seguida a podar los sauces, que es el día.

Y todo mi futuro, el futuro que ya no tengo, está en salvar estos sauces, que se mueren de sed, bebiendo en un cielo lejano y difícil. Si los sauces vuelven a crecer, con su crecimiento hacia abajo (que es ya puro barroquismo: lo que sube bajando), yo habré contribuido al movimiento universal de lo verde, y eso me importa más que cualquier otro movimiento. No quiero que se interrumpa la sinfonía del verde por el mundo. Escucho el verde, lo verde, en esta edad, como se escucha una música, una canción de moda, en la juventud, o un piano de Chopin. Que no me interrumpan la canción de lo verde por el planeta.

¿Y por qué esta penúltima adhesión a la vida en su forma primera y coloral? Puede ser una necesidad de salvarse tanto como una esperanza de morir. Sería demasiado fácil decir que mi biografía, como un sauce, ha subido bajando, ha crecido hacia abajo. No es eso. Es, sencillamente, que entre el heroísmo del sauce y el tenorismo de la parra virgen, una vida se envuelve en la vida general de los colores.

12, SÁBADO

La luz de Oriente, la luz naciente entra hasta el fondo del salón, cuando abro los candados, y da en la imagen de la pared, en la Virgen románica, enluciendo los colores y miniaturas de su ropa dibujada, como un aceite de sol, como esa linaza que es el día. La Virgen tiene la cara entre románica y japonesa, por donde vemos, como en todo el románico, el paso de Oriente a Occidente a través de Persia, quizá.

La Virgen tiene toda una crestería de sutiles encajes, hechos en madera y pintados sobre la madera, que ahora la luz blanca de la mañana llena de novedad. La Virgen, gestante, tiene la mano derecha, recia y campesina, puesta sobre el vientre de juvenil preñez, y la otra mano, la izquierda, no la tiene, pues que aparece donde ella un hueco carcomido de la lepra del tiempo, la tiña de los siglos y el fuego de los días, esos incendios que se suceden desde el incendio original.

La Virgen tiene la rodilla izquierda adelantada, dando como dulce realidad a su cuerpo, doblemente casto por ser divinidad y por ser madera. Del otro lado, los pliegues de la túnica le caen verticales, secos, gráciles a pesar de todo. Eso fue el románico: una gracia que se evitaba a sí misma. La edad ha abierto en el vientre de la Virgen —difícil curvatura de la madera— una grieta vertical, alabeada, que tiene ya algo del agrietamiento del parto. Ha reventado por sí mismo lo que el artista dejó en insinuación, en eclosión venidera.

Esta Virgen la encontré en el Rastro, claro. Ella se había venido sola, desde no sé qué remota y decaída ermita de pueblo, quizá sentada en el tren, como una aldeana, al zoco madrileño del Rastro, pasando su presencia de oro y santidad por entre la gallofa esmerilada y sucia de aquel mercado. Una mañana, cuando la vi en su tienda, en su peana, tuve el relámpago de la belleza misma, y pasé de largo, pues ya decía Rilke que la belleza es sólo el comienzo de algo, quizá lo terrible, que jamás soportaríamos. Anduve arriba y abajo.

Por fin, me decidí a entrar en la tienda, hablé con el chamarilero/anticuario, culto de sus culturas entredudosas, y fijamos el precio, de todos modos altísimo. Ahora, desde hace años, la imagen está aquí, en la pared, sobre una peana que no le va, frente a la luz matinal del jardín, que la renueva, frente a la sombra de la tarde, que dibuja su perfil (la fina cabeza, los finos hombros) entre un Chillida, un Torner y una pornografía de Roldán. Viene de aquellas carpinterías oscuras que aún vivían a la sombra militar de Roma.

Nació, sin duda, de un fervor gremial, colectivo, anónimo, y la gracia oval de su rostro no es sino el eco de una gracia general, epocal, repartida y repetida, múltiple. (Hoy hemos vuelto a eso, irónicamente, mediante la reproducción industrial del arte.) Es el sensualismo cristiano enfrentándose débilmente a la austeridad de Roma, corrompiendo a Roma. Y, flotando sobre todo ello, ese loto de luz, de un hinduismo vago, que hay en el rostro de la Virgen. Conflicto de culturas, conflicto de conflictos que en el rostro de niña preñada se serena.

Los siglos góticos dejan en clausura a estas vírgenes nada necias, como detrás de su enrejado, y eso es lo que les va dando más espesor de tiempo, más corporalidad de la que nunca tuvieron. El gótico baja del Norte y de Centroeuropa como una cenefa de Dios, y pone en clausura, sí, a las vírgenes románicas, porque una nueva mitología no es mucho más que eso: una nueva arquitectura.

El cristianismo, que sigue putrefaccionando saludablemente la Historia, con aquella novela confusa de pescadores y meretrices que nos dejó Cristo, inficciona el gótico como antes había inficcionado el románico, la austeridad cuadrangular de Roma. Frente al Derecho Romano, el romanticismo sentimental del Evangelio. Dijo un positivista inglés, en el XIX, que ser sentimental es asegurarse el éxito. En literatura y en todo. Cristo es un sentimental con vetas de dureza, y por eso lleva veinte siglos funcionando. El gran error de la teología, del tomismo y de santo Tomás es querer

“romanizar” a Cristo, latinizarlo, incluso platonizarlo. Claro que Cristo viene de Platón, pero Platón está contenido en Sócrates (y no a la inversa, como parece). Santo Tomás acabó menospreciando toda su obra. Quizá había comprendido, al fin, que Cristo es la guerrilla y el abismo. Santo Tomás viene a suprimir ambas cosas.

Ya san Pablo había suprimido el abismo, quedándose en la guerrilla. La fórmula guerrilla/abismo, es decir, la fórmula violencia/misterio, es la fórmula magistral de Cristo que luego, en el siglo xx que vengo “cronificando” a mi manera, han utilizado los fascismos.

De todo esto está preñada mi Virgen de anticuario del Rastro, más que de un Dios de cemento. Está preñada de Historia y por eso la amo, como amo la Historia, que es el parte clínico de la irracionalidad de los hombres.

Tras la rejería del gótico (el gótico es algo así como la teatralización del abismo, el gótico es mucho más Cristo que el románico: Cristo es una figura gótica o no es nada), viene el xviii. A Voltaire le interesa más comprobar si a los caracoles les vuelven a salir los cuernos que él les amputa que comprobar si María era virgen. Como ya no cree en la evolución de las especies divinas, se dedica, sencillamente, a la evolución de las especies, presagiando a Darwin y proyectando salir en los billetes franceses, cuando la moneda sea de papel. El xix, el romanticismo, vuelve a descubrir el gótico, el abismo, el cristianismo, de modo que mi Virgen sigue en clausura, como una lega de Dios, ya que lo que se lleva son las vírgenes del Greco, un nuevo gótico pasado por Bizancio y por Venecia.

Entre el románico y Cristo hay un profundo desajuste, porque el románico es Roma, que ajustició a Cristo, y porque Roma es la norma, el racionio, y Cristo es el voluntarismo sentimental. Este desajuste, esta fisura interior, secreta, se advierte en todo el románico religioso. El románico religioso es una estética militar al servicio de una ética de vencidos. Entre Cristo y el románico, el Vaticano encuentra la tercera vía del barroco de los jesuítas. Los jesuítas no han hecho otra cosa en la Historia que propiciar terceras vías entre la razón y el abismo.

Entre Tomás y Pascal.

Ya en este “siglo xx, cambalache”, el románico, como todo, vive esa falsa resurrección (no hay resurrecciones verdaderas, Lázaro no es más que un símbolo para los nuevos teólogos) del snobismo, que todo lo compra y curiosear. Y se vuelve a llevar el románico, y las once mil vírgenes/vergas de Apollinaire se reparten por los anticuarios del mundo, como encontrando cada una su capilla laica. Lo que nació como estética (el gremio no creía en nada, salvo en el gremialismo), para servir una finalidad ética, un rito religioso, vuelve a ser mera estética en cualquiera de las casas que Orson Welles tiene por el mundo. Ante la desamortización del snobismo, que es incruenta (todos llevamos dentro un Mendizábal de buen gusto, hoy), las vírgenes románicas abandonan el barco de pesca de la ermita pedánea, varado en la meseta, y se vienen a las capitales, quizá en el mismo tren que la guapa del pueblo, violada en el pajar municipal por el padre del alcalde, se viene a ejercer la prostitución. Ésta es la historia y la Historia que lleva/trae, en su dulcísimo y esbelto vientre, mi Virgen románica, y rezándola en la mañana, con el rezo del ateo, rindo culto a la novela insensata de los hombres y de los nombres. Picasso, naturalmente, fue el primero que leyó el románico, como cualquier otro estilo, con ojos del siglo xx. Los ojos del siglo xx son los ojos de Picasso. El románico de Picasso está en esas bañistas de túnicas, senos y pies monumentales, que corren por una playa nublada. Picasso hace aquí la ironía de Roma y el homenaje a Roma. Las mujeres de su vida fueron más góticas que románicas. Pero le gustaba, como a todos, beneficiarse una románica de vez en cuando. Con el rosa y el azul de Picasso se centra, más o menos, este libro, que no es sino la sinopsis de *mi* siglo xx, no del siglo xx. Entre el azul y el rosa de la mañana, mi Virgen románica, desenterrada por los fieles del snobismo (los otros, los creyentes, son los

snobs de Dios, como alguien dijera del diablo), preñada de cemento, envilecida de restauraciones y falsificaciones, enseña su carita oriental y románica, casi amarilla, en la que luce, vago loto asiático, la ingenuidad femenina del mundo.

He metido aquí estas prosas de un Diario estival como se mete una flor dentro de un libro, para que el lector se encuentre ya el libro con flor seca y sentimental incluida. Me parece que todavía le queda algún perfume.

(Anoche me he metido en el agua de julio. Era un gran cuerpo cálido, femenino y oscuro, mórbido de luna, en el que logré, al fin, desaparecer. Las estrellas chillaban en silencio, estranguladas por el inmenso azul/negro. La parra virgen levantaba su armónium verde hasta magnitudes de auto sacramental salvaje, digamos. Yo caminaba dentro del agua como dentro del sueño, desnudo, y la felicidad cabía en una piscina. Freud acertó diagnosticando la tendencia de la materia a la horizontalidad. Pero se le olvidó el agua. Somos solubles en el agua femenina, tibia y extensa del verano.

El baño como forma de desaparición. Hay un árbol de perfume que canta en la noche como una virgen necia. Hay colgaduras verdes solemnizando la noche. Hay un magnolio loco como una protagonista histérica de Tennessee Williams, florecido/a de falos.

Hay una serpiente dormida entre los arbustos de entrada a la casa, y sólo los gatos lo saben, y la huyen, y el sueño de la serpiente cruje en mi baño, haciéndolo más bello. Se deslíen ciudades, gentes, soles, en mi baño nocturno. ¿Dónde se fue el cansancio, como un hombre con saco? El agua, sinceridad final de los sistemas solares, me purifica de todas esas cosas y hasta me transparenta las rodillas. Tanta belleza convulsa de la adolescencia, aprendida en los poetas, tanta belleza no atendida en una existencia de moneda y ceremonia, es lo que hoy vuelve a mí, ya sin libros ni oxímorones. La conquista de la realidad es una larga tarea. Hay en nuestras vidas mucha más belleza de la que podemos soportar. Por eso, pusilánimes, nos acogemos a la valentía de los negocios, el riesgo y la comparación. Nos turba el lote de belleza inscrito en nuestra vida como turba una novia primera y complaciente. Hace falta llegar a viejo para entrar en posesión de esta belleza convulsa (convulsa por penúltima, poeta), para entrar en el agua dormida y femenina de la media noche, como en el lecho de una virgen necia, para tener comercio con la luna, esa vieja puta, y con la dulce serpiente letal que duerme en mi paraíso apartado y doméstico. La juventud que cayó de mi cuerpo con estruendo, como una armadura, me la devuelve el agua, invistiéndome de noche, armándome caballero desnudo de remotas doncellas que gritan en el cielo del campo, como llamando a un niño que no tienen.

Anoche, sí, he entrado en el agua de julio, que me esperaba durante todo el día, como una amante extensa y muy paciente, que se ha dorado para mí y de tanto oro conserva el calor, ya que no el color, y que al fin me recibe, rubia bajo su cuerpo azul, agua mojada de estrellas, cielo azul/negro y soledad y perfume, más que de sí misma. El guerrero que fui chisporrotea en el agua como un hierro templado. Aquí acaba mi historia, por un día, y aquí —y así— quisiera yo que acabaran mis días. Sólo dos mujeres (tenían que ser dos mujeres), Ofelia y Virginia Woolf, acertaron a morir del agua, largamente. Yo, por el contrario —ay—, me siento revivir en el agua, armado de armadura de agua, de fluyentes metales, y contemplo mi reino, que no veo, donde suenan urracas, gatos, caracoles nocturnos, venenos, eclipses y serpientes.

El agua puede que sea la imaginación del mundo. Del agua nacen siempre unas algas de mitología, y entre estas algas domésticas e ignotas creció una niña morena y hermética, esbelta y mía, en quien cada verano era un palmo de luz, un palmo de estatura.

Ahora que ya no está, no diré si fue un sueño del agua o un sueño de agua que yo soñé. Pero en su pelo vivían noches venideras, en sus ojos espiaba duramente lo negro, en su cuerpo crecía otra que no era ella y, al fin, cierto verano, se me abrieron sus pechos a la vista, altos y fijos, y en ellos, mínimos, se había refugiado, como en dos nidos, la nidada de su perdida infancia.

No he vuelto a verla.

El tiempo me la trajo como trae estas cosas. Nada como estar oyendo crecer a una niña. Cuando sus sandalias eran sus propios pies y gobernaba con ellos los automóviles viejos de la casa, comprendí que el pasado éramos todos. Se derrumbó una historia inexistente. La actualidad, polvo y luz, era la estela de su coche casi robado.

Pero nació del agua, aquella niña. Mi mirada la hizo mujer, por agosto. La belleza convulsa es la belleza que huye, este abandonarnos de las cosas, porque las cosas son sobrinas nuestras, y hay un éxodo de gentes, frutas, pájaros, niñas, temporadas de sol como animales que muestran ya la grupa. Hay un vacío que se hace en torno nuestro.

Esta belleza fija del mundo se torna agónica porque yo la miro. Porque la miro irse, por penúltima. Yo le pongo argumento, como cada hombre, a un universo que no lo tiene. La niña de los senos como espirales de oro se fue en el coche viejo de la casa.

Hay huecos de su ausencia (nada de un libro elegíaco: o, si acaso, elegíaco de mí, o del mundo que en mí muere), hay imágenes tuyas como puertas sin puerta, por donde entra la luz de este verano. El cielo, que es brutal, mete sus violines azules y sus rebaños músicos en la más fina ausencia de una niña.

La luz es siempre actual, como las bestias. La luz lo llena todo, va borrando elegías. Mientras escribo esto, viene la gata y me lame las manos. Manos ya con esas pecas que son como goterones del barro prefinal al que volvemos. “La vejez son las pecas en las manos”, dijo alguien. Y mi gata, aún muy joven, con los ojos de un azul poliédrico y enfermo, me ha lamido las manos, me ha “conocido” oralmente (es su forma de conocer, como la de los niños). Contingentes de sol, masas de tiempo, la repartida y compartida belleza del mundo, con la que tanto me he debatido, se estiliza ahora, finalmente, y su ternura última es una lengua roja, áspera y breve, una lengua de gata, pétalo mínimo de la rosa planetaria.

Esto también, supongo, es quedarse solo. O casi. Haber tenido tantas leguas/lenguas de luz sobre la carne, toda la saliva del mar entre los dedos, y tener ahora, tan sólo (pero no lo cambiaría por nada), la caricia pequeña de una gata.

Está bien que la ternura universal, errante y torpe por toda nuestra biografía, se resuelva al fin en gata o agua, en remanso de ojos, en pupila de estanque. Hay, pues, una desolación y una estilización. El mundo nos va dejando (nosotros no dejamos nada, contra lo que dicen las místicas horribles), y, al mismo tiempo, en un juego dialéctico del que tomaron razón otras dialécticas en las que creíamos, el mundo torna (como mi gata, que se va y vuelve), estilizado en niña, en animal, en regato de agua.

Estos veranos tienen ya esplendor de penúltimos. La belleza es eterna, serena, fija. Lo que la hace convulsa somos nosotros. Somos malos tenores desgañitados a través de una ópera que no existe. La niña, este verano, ni siquiera ha llamado para decir que no viene. Peor que la ausencia es la no justificación (convencional, por supuesto) de la ausencia. La juventud no sabe que uno se contenta ya con convencionalismos. Algo de su temperatura anual, sin embargo, late en el agua donde me sumerjo. El gato, oro guerrero entre los pájaros, mata una urraca cada noche, dormida, y la lleva con la boca hasta la piscina, donde la deja caer. Porque había, sí, una conspiración de urracas contra el gato, y ya se han pasado el aviso de muerte, y va no se las ve por la arboleda. Parece todo como de una mitología que no está en las *Mitologías*, sino sólo en los ojos azules, testigos y curiosos (pero no demasiado) de la gata. Entre sangre de urracas, salivas de la gata, presentimiento verde de serpientes, asesinatos felinos y fornicaciones en el agua, dejo que este verano, que sólo sabe hacer saetas, como todos, me amortaje entre horas, como una venda más, de seda y plata, como una vuelta más, de muerte y oro, que se le da a una momia.

Me despierto a las siete de la mañana y poco más tarde me levanto a escribir. Parece que termina agosto. Teóricamente, simbólicamente, se termina el verano. Pero uno ha

conseguido ya, a estas alturas, desentenderse de las fechas. Hay manchas amarillas y frescas al otro lado de la persiana. Salgo a un jardín aterido. Les doy su comida a los gatos. El *Rojito* cojea de los mordiscos del perro de enfrente. Se pelean todas las noches. Mi *Rojito*, que ahora por agosto cumple siete años (le vi nacer), es violento y solitario como yo. Veo en sus ojos azules y brillantes al diablo. Está dispuesto a matar al perro que le mata. Tendré que llevármelo a Madrid para que no muera en el empeño. La cojera de sus heridas le humaniza, le historifica. Parece el derrotado de alguna guerra. Un gato o un perro cojean igual que un hombre. Me pongo un poco de whisky jotabé, en un alto vaso de agua, saco la máquina roja y comienzo a escribir. Lo primero, dos artículos de disciplina, los dos artículos del día. ¿Aún, a esta edad, hay que hacer artículos para pagar el whisky jotabé? Estoy releyendo a Azorín (lo he releído todo el verano), con el placer de perdonarle todas sus limitaciones gustando sus precisiones, y recuerdo que Azorín, al que llegué a conocer, escribió también hasta la muerte. En mi jardín veo rosas violentas y barrocas. Los viajeros románticos por España decían que “el páramo español” daba rosas más gruesas y perfumantes que ningún otro país o vergel. Más allá de las rosas, veo los abetos, los sauces, los ciruelos de mi “bosquecillo doméstico”, como lo ha llamado algún periodista. Ha sido un verano viajero. El Mediterráneo me ha abierto sus páginas, una vez más. El Mediterráneo es un mar didáctico. El Cantábrico y el Atlántico me han sido hostiles, como siempre. Son mares que aún no han entrado en diálogo con el hombre. Ya no entrarán nunca.

Aquí en casa, también me he dejado penetrar por la puntada del agua, puntada/punzada que, sobre todo de noche, se hace hiriente, dulce y penetrante, con morbo de luna. Ahora me encuentro en condiciones de principiar un libro largo y memorativo. Dice el citado Azorín que la memoria es la personalidad, y es una de las cosas más verdaderas y certeras que dice. Somos lo que recordamos o lo que nos recuerda. No somos mucho más. La gata es manejable como un retal y sensitiva como una infanta. Abandona su comida por venirse a probar lo que caiga de la mía. El agua, el baño, sí, son una forma de desaparición. Y lo que a uno más le atrae, desde hace tiempo, es la desaparición: la cama, el agua y, quizá, la escritura. Tres formas de desaparición vicaria. La horizontalidad abdica gratamente de todas mis sostenidas y costosas verticalidades. Basta con dejarse caer en una cama para que las rosas —mis altas rosas— sean más altas que uno. Las rosas son unas estrellas aseguibles. Para qué ir más arriba. El agua nos reconoce desde el origen. Somos solubles en el agua, desde siempre. Nunca hemos dejado de serlo. Sólo el agua me da su densidad, su frescor, su movimiento. Mi yo no es más que una tenue y complacida respuesta a la verdad intensa y fugitiva del agua. La armadura medieval de férreos conceptos posmedievales se ha quedado —chatarra de sol— en la orilla. La cota de malla del Yo, con una mayúscula como un estandarte, ya ni siquiera existe. Vivimos dentro de un yo atuendario, creyendo que somos nosotros, y eso lo olvidamos fácilmente en la cama o en el agua. Hemos creído que éramos nuestra ropa, o, peor aún, nuestra ropa conceptual. Uno, pese a todo, ha procurado siempre no rebasar el territorio que le marcan sus gatos mediante actitudes y orines: el jardín, las rosas, las ciruelas, la máquina de escribir, el agua, los libros, la comida.

Un hombre puede ser ¿feliz?; completo, digamos, dentro de los límites territoriales que le marca su gato con la orina).

Días sin oreja izquierda. Días en que enmudece todo un hemisferio, callan los soles, duermen los caballos, se ausentan los políticos, no pasan las muchachas. Se me ha tapado el oído izquierdo, por unos días o para siempre (habrá que ir a Olaizola, a ver qué dice), y ando por el mundo sin una oreja, no porque me la haya cortado —nada de Van Gogh, nada de literatura, aquí se trata de la vida—, aunque, de todos modos, no me atrevo a mirarme en los espejos, por si es verdad que no tengo oreja, y me peino el pelo para ese lado, por ocultar lo que no sé si no existe.

Del hemisferio izquierdo del mundo no me vienen noticias, ni músicas, ni lo que esa muchacha me lee en el periódico, con una urgencia que está en su juventud más que en la noticia.

Del hemisferio izquierdo no me vienen orquestas. De ese lado se han muerto Bach y Mahler. “Beethoven me da más música —decía Gide—, pero Chopin me da mejor música.” El último clásico era un romántico. Las guerras del mundo topan, por mi izquierda, contra un muro de silencio, contra una alta tapia de sordera. Aquí fracasan los caballos y pierde grito la sangre. El mundo se ha pacificado por mi izquierda.

Me estoy muriendo de la parte izquierda. Porque la muerte no es un disparo de la luz ni una mano agónica en la noche. La muerte se va instalando en nosotros, haciendo nido, nidos, como las gaviotas en un farallón marino. Un oído tapiado, un ojo sangriento, una mano en la que duele la mano interior, una garganta que sube y baja contra la seguridad del frío, un intestino que se desploma como una deflagración secreta.

La muerte, sí, va haciendo hospedaje en nosotros. Acabaremos por dejarle la casa entera. A esta hora silenciosa, la cautela de las flores y la huida de los pájaros me permite olvidar el desprendimiento de mi oreja izquierda, que no sé a qué novia o puta enviarle. Soy un ser silencioso que escribe en el silencio. Los gatos son animales silenciosos. Lo más sonoro del mundo es el perfume, a estas horas.

Sólo los espejos, de pronto, envejecen como plata falsa. Por el envejecimiento repentino de los espejos, comprendo que ha pasado el tiempo. Quieren apresarme en su vejez, en sus grietas de luz, en el azogue muerto de su lucidez. Pero no. Me salvaré de la vejez de los espejos. Soy joven (tengo un siglo) y duplico mi juventud habiendo madrugado. Buen momento para empezar un libro de memorias. O lo que sea. Viejo es agosto, que hoy muere. Pero no yo.

13, DOMINGO

Jean Moréas, el parnasianismo, el simbolismo, el modernismo. Parecía que todo eso era la frontera floral que nos separaba del siglo XIX. Pero todo eso, a una luz de crepúsculo, no hacía sino forzar la verdad que un día hubo de escribir Einstein, científica y poéticamente: la luz del atardecer, fatigada de luchar contra el espacio, en su viaje hacia la nada, se descompone, se desintegra, se torna rojiza. A esa luz enferma y cansada estaban escribiendo y pintando los artistas de entre dos siglos, y sólo a esa luz podemos entenderlos hoy como puro siglo XX (me preocupa mucho precisar los imprecisos límites del siglo XX, o de *mi* siglo XX, en este libro).

Al otro lado de la luz, Pablo Neruda titulaba *Crepusculario* uno de sus primeros libros. Lo de “las viejas hélices del crepúsculo” era una verdad científica. Casi todas las verdades poéticas acaban siéndolo. Moréas y las púberes canéforas que nos ofrendan el acanto parecen una cosa del romanticismo tardío, exacerbado, floral y triunfal. Algo así como los últimos juegos florales del XIX.

Muy al contrario, se trataba de la primera celebración del siglo XX, aunque un filósofo mediterráneo, paisano de mar de Moréas el griego, dijera que en Moréas nada es exacto, salvo la medida de sus versos. ¿Y por qué exigirle exactitud a un poeta, que precisamente se ha elegido poeta para salvarse de la ley de pesos y medidas? En la luz enferma de Einstein, en esa luz fatigada de viaje contra el espacio y el tiempo, vienen el simbolismo y el parnasianismo de Baudelaire, tintos no ya en sanare, sino en ladrillo lírico de un Universo que es una ruina. Los poetas intuían crepúsculos, y de toda aquella poesía/pintura crepuscular sólo nos salva, como se ha dicho en este libro, el azul/rosa de Picasso, que, en comunicación con la genialidad, como lo están todos los genios, quiere devolverle al mundo la primera mañana de la creación.

Crepuscular siglo XX, como luego ha probado el tiempo. Siglo iluminado de una luz apaisada y rojiza en la que vienen los cantos de Bela Bartok, los claros de luna enferma, rojiza, de Rubinstein, los campos locos y girantes de Van Gogh, las banderas soviéticas, bajo las cuales los nobles que no creían servir para nada se afanan enseñando idiomas a los niños rusos: los idiomas de su infancia cosmopolita. Porque “el que no trabaja, no come”.

Luz horizontal y febril de la tarde, que los neoclásicos ignoran porque siempre se han recogido más temprano. Luz que sólo da en los ojos ciegos de Max Estrella, en la nariz congestiva de Verlaine, en alguna vocal de Rimbaud, en la boca/trébol de Marlène y en la rosa homicida que besa a Rilke.

Luz rasante, inervante y tristísima que daba en nuestras tardes de niños de la guerra, en nuestra calle de Oriente a Poniente, mientras Hitler se iba llenando de condecoraciones como cicatrices, de cicatrices como condecoraciones de metralla.

Tras aquella ruina de luz crepuscular, en el siglo había venido la noche, y es cuando el surrealismo decide meter la cabeza de Baudelaire bajo el ala de la Victoria de Samotracia, y de eso nacen Paul Eluard y Salvador Dalí, univitelinos de Gala. Huyendo de la luz que nos huye, Freud había buscado previamente la noche del alma como cuévano del hombre y explicación de sus terrores, que eran todos heredados del cuévano materno. Hay en todo el arranque del siglo, y en su continuidad, un volver del hombre civilizadísimo a las cavernas, que ahora son cavernas del ser. El hombre del siglo XX es, en este sentido, el nuevo hombre de las cavernas —circularidad obvia de la Historia/Prehistoria—, y los amores nocturnos priman sobre los amores diurnos. Es cuando Freud nos construye un *yo* secreto y cuando Hitler se construye un Berlín subterráneo.

El rosa y el azul de Picasso quedaban arriba, no mirados por nadie. La luz cansada de la tarde pasaba por entre la melena de Einstein y por los balcones de mi barrio. La humanidad se acogía al sueño, al *yo* desconocido de las tinieblas, al alcantarillado sexual del hombre.

Lo más importante del surrealismo ha sido la pintura. Los pintores surrealistas nunca pintaron otra cosa que el hombre interior. Eran unos místicos de sí mismos. Las gentes de catálogo y media tarde lo decían con asquito:

—Pintura literaria, pintura literaria, literatura pintada.

—Naturalmente, señora, naturalmente.

Y, como el surrealismo era una pintura literaria, los peores, los más literarios, resultaron los más significativos de entre los pintores surrealistas. El arte surrealista es el nuevo bisonte altamirano de las cavernas del alma (una caverna, ya, sin la linterna de Platón), y por él paseamos mirando nuestros sueños en grafito. Delvaux llena el mundo cotidiano de señoritas desnudas y generalmente rubias, muy aseadas en su desnudez, con esa cosa atuendaria y decente que tiene la carne, y las mujeres jóvenes, castas y excitantes de Delvaux llenan las estaciones nocturnas, el carbón de la noche, todo lo negro de la negrura, con sus desnudos de espejo rosa, orlado, espejo de fonda de estación con pretensiones, espejo por donde pasan los Grandes Expresos Europeos llevando a Paul Morand hacia Barcelona, llevando a Lenin, blindado, hacia Moscú.

El surrealismo es eso: meter lo insólito en lo cotidiano, poner manos arriba la cotidianeidad con dos tetas como dos pistolas. O descubrir hormigueros en la mano humana, como Salvador Dalí. El surrealismo es la Iliada y la Odisea de la noche humana, que no se había contado nunca. Eluard, Bretón, Aragón, Arp, Ernst, Domínguez, Prévert, Magritte, Chirico, tantos, nos cuentan la noche como un día siniestro, y ya, desde entonces, los niños de la guerra (mundial) no podíamos ser los educandos de la realidad mostrenca, sino los pilletes del subconsciente. No fuimos como los demás niños, que se enamoraron de la vecina, de la tía, de la amiga de la madre, de la propia madre. Nosotros nos enamoramos de Ana María, la hermana de Dalí, que tenía fuertes pantorras payesas, de las señoritas desnudas y ferroviarias de Delvaux, de las señoritas en yeso de Magritte, con una rosa de sangre en la sien, de las mujeres/pájaro de Max Ernst, que no eran sino las meretrices impersonales de nuestra adolescencia cruel. Pero luego hablaré de eso.

El surrealismo nos enseñó que el día no es sino el forro brillante y mediocre de la noche, porque la humanidad adulta se había retirado a sus cavernas interiores, llevándonos de la mano. El sexo, el irracionalismo, el psicoanálisis, el surrealismo, todo el sistema interior que nos permite recorrer la riqueza negra y minera de la vida, agotado ya el continente diurno de los clásicos, los neoclásicos y los que estaban dispuestos, a toda costa, a seguir haciendo citas de Aristóteles, como si eso fuera aconsejable.

La mutación fundamental del siglo xx es esta emigración hacia el continente de la noche. Hegel habría sido, así, el último coletazo desesperado de la ballena blanca de la luz, Moby Dick de la razón que adopta su última forma parabólica. Fuimos, somos los patriotas de la noche, segunda generación. Nunca más volveremos a creer que la realidad sea la realidad, sino sólo el sitio irreal y mediocre por donde se movían nuestros abuelos burgueses. Varias generaciones hemos vivido ya, hemos escrito, hemos creado, alumbrados por el fanal negro de la noche, por la linterna del sueño, que se abre a realidades más ricas, circulares y violentas.

Eso está, me parece, en toda la pintura posterior al surrealismo, incluso en la que se cree nuevamente realista, que ve y pinta ya una realidad alucinatoria, porque el día no puede ser otra cosa que una alucinación para los pioneros de la noche. Eso está en el abstracto, que es la pintura pintándose a sí misma, que es el pintor pintando sus ganas de pintar, como yo escribo ahora mis ganas de escribir.

Hombre interior, hombre interior. Los refugios atómicos de cemento armado, que ahora se fabrican, no son otra cosa que el remedo bélico y tecnológico de las cavernas sutiles y cultas en que nos metió el surrealismo y el psicoanálisis. Lo de menos, en Freud, es que tuviese razón científica. Lo importante es que nos salva de Hegel/Moby Dick

sumergiéndonos más profundo que la ballena. La pequeñoburguesía grancapitalista, con los refugios atómicos que digo, ha llegado tarde, como siempre, al interior de la tierra. Creen huir de la bomba de neutrones, pero huyen, como todos, de la enfermedad de la luz, primero intuida por los poetas (nocturno Baudelaire, Moréas) y luego formulada por Einstein.

14, LUNES

El pelo. El pelo adolescente. Cuando entonces, yo tenía un pelo rubio y largo que se peinaba/despeinaba en gran onda. No era un pelo rizado, como el de Davidito, ni era un pelo liso, ralo y soso, como el de Honorato. Era un pelo en gran onda única de pelo, donde lo rubio iba siendo ya su propia melancolía, porque lo rubio se pierde, como la inocencia.

Pelo violento de la infancia. Pelo cuidado de la juventud. Y, entre medias, este, aquel pelo de la pubertad (mediado el siglo), aquella onda de luz que me brindaban los espejos, que recogía en la mañana una luz cobriza de tarde. Aquel pelo en que se habían perdido/encontrado Clarita, Teresita Rodríguez (grutas de nuestro amor en las grutas del Frondor), Maripi Almenara, no sé.

Los peines, peines del ser joven, pasaban por aquel pelo como carrozas de oro, de plata, de luz, en un desfile campesino y ritual por los trigales. Una vez vi a una niña, en el Pinar de Antequera, peinándole el pelo a Davidito. Me pareció una gilipollas.

¿Cómo podía perderse el tiempo peinándole el pelo de la biografía previamente frustrada al músico/pleurésico/dibujante/fracasante, estando yo allí, con mi pelo dispuesto a desmelenarse en los viajes cosmopolitas de Blaise Cendrars y Paul Morand, los grandes viajeros de la primera mitad del siglo: empezábamos a leer a los surrealistas?

El adolescente tenía su pelo como la vida tenía su cabellera alejandrina de Berenice. La vida o la Historia. El pelo era una cosa histórica que uno cuidaba como airón de su biografía.

15, MARTES

Ada o el ardor, la gata, apareció en el jardín hace dos o tres primaveras. Tenía los ojos velados, el cuerpo enfermo y una como cariñosa debilidad por mí. Recogerla fue como recoger a una huerfanita de París cruzada de puta madrileña con tuberculosis.

La llevé al veterinario del pueblo, un hombre de Fraga, que se obstinó en bautizarla *Mariposita*. Pero yo ya tenía pensado *Ada o el ardor*, por lo cariñosa que era la gata y por la reciente lectura del último gran libro de Nabokov. El veterinario de Fraga le abrió la tripa y le sacó, según me dijo, varios gatitos calcificados y varios tumores. Envuelta en una faja de momia, ya en casa, *Ada o el ardor* se obstinaba en vivir, en moverse y arrastrarse, casi como una mosca aplastada. Le había desaparecido el velo o telo de los ojos, y tras él apareció una mirada azul, ancha, ovoidal, serena, casi coqueteante, con ese rimmel natural que tienen los ojos de las gatas, y que a mí me sirve para diferenciarlas de los gatos. Uno había creído siempre que la metáfora mujer/gata era un tópico de periodistas sin recursos, como cuando se lo aplicaban a Lauren Bacall, pero descubrí con asombro, como tantas veces en la vida, que los tópicos son verdad: que los tópicos son verdades mineralizadas por los imbéciles. Jamás he conocido la femineidad en estado puro —eso que puede fascinarme—, salvo en la gata, mi gata.

Incluso el nombre de *Ada o el ardor* se le quedaba corto. Su cuello esbelto de paloma felina, sus ojos, sus movimientos, que siempre parecen responder a una música, su piel (a manchas doradas y negras, sobre el blanco general), que es como una seda salvaje o un contacto de música. Ha perdido uno la vida buscando lo femenino en estado puro y resulta que eso no se encuentra en las mujeres, sino, de pronto, en una gata.

Ahora, hoy, en este momento, cuando escribo esta página de mi Diario íntimo *La belleza convulsa*, a la gata la están operando por tercera vez. Son las doce y cuarto de la mañana y a la una tengo que ir a la clínica veterinaria. He querido estar allí durante la operación, pero no me han dejado. El veterinario me advirtió anoche de que era una operación a vida o muerte.

Ada o el ardor, que ya nos llegó enferma, nunca ha sido fuerte, como el gato, y siempre he acariciado en ella el contacto morboso de un ser débil y esbelto. Tiene peligro de peritonitis, peligro de derrame interno y todos los peligros. No quisiera perder a este ser puro, musical y silencioso, que me lame las manos cuando trabajo y que duerme encima de mí, cuando leo, sin pesarme en el regazo. La amo. Llega un momento, en la vida (lo tengo muy repetido), en que uno descubre que la única pureza errante sobre la tierra vaga en los animales.

Las bestias son nuestros ángeles, nos guarden o no, como los perros. Uno cree que la idea de ángel, más que a partir de un hombre o una muchacha, se realizó en la teología y en el arte a partir de un pájaro, por ejemplo: el ángel tiene alas. Pero valen tanto las alas del ángel como los cuernos del toro. El toro también es angélico. Ha habido escritores de derechas que plantearon, tórpidamente, la dialéctica entre la bestia y el ángel. No. La bestia es el ángel.

Los animales son un continente de pureza que uno descubre tarde y mal. *Ada o el ardor* tiene más encanto que vida, más femineidad que salud, más dulzura que azúcar en la sangre (afortunadamente). Dejo el folio y corro a la clínica, que ya es la hora. No sé si voy a encontrarla viva o muerta.

Lo de la gata ha sido grave. Tenía una espina de cactus clavada en el alma. La espina supuraba pus y veneno. Le han cortado al bicho un trozo de intestino, en el centro del cual veo la espina.

Luego me sacan a la gata, dentro de una cesta de mimbre, cuadrada y antigua, como aquellas que se utilizaban trasantaño para transportar gallinas o huevos. Maúlla dolidamente, urgentemente, en cuanto capta mi voz y —supongo— mi olor. Abrimos la cesta. La gata está mojada y fría, en pleno postoperatorio. “Pónganle la toalla, que se

va a enfriar.” “Es que se la quita continuamente.” Pero me temo un peligro de pulmonía. Sin duda, le ha bajado mucho la tensión. Alarga la cabeza, seguramente ciega, hacia mí, estirando su cuello de ave felina, como ya me parece que he dicho. Acaricio su piel de seda salvaje, ahora mojada como un lujo hundido en un pantano.

Ada o el ardor. Una esbelta forma de vida, una esbelta forma de la vida, luchando por vivir, por sobrevivir. Amo la vida en sus momentos puros y estilizados y dramáticos. Eso, ya, sólo se lo dan a uno los animales, las dulces bestias en quienes está el franciscanismo que un tal san Francisco quiso rescatar para sí. Pero tienen que seguir vigilando a la gata. Cierro la cesta. *Ada o el ardor* me llama, con su gañido/maullido, una y otra vez, cuando se la llevan.

He sido y soy, durante días de cielo bajo y sucio, el que se ve pasar con una cesta aldeana, de mimbre, de ida o de vuelta, con una gata dentro, como una gallina falsa, camino del veterinario. No me abrumba, sino que me conforta sombríamente, este ir y venir, este trajín por salvar la vida vulgar de una vulgar gata (raza europea, piel a manchas, como definiría cualquier enciclopedia a mi bicho callejero: me repugnaría estar mimando una gata de lujo, mimo de la especie).

Uno se soñaba para más altas empresas. Esas empresas están cumplidas o —lo más probable— ya le dan a uno igual. Lo más importante que tengo que hacer en la elipse de nuestro planetario (descontemos la vastedad tediosa del Universo), es salvar la vida sencilla y adolorida de una sencilla gata. La amo con locura porque es lo igual entre lo igual, que ha dado, sólo para mí, su diferencia. San Agustín, el muy bestia, decía que los animales son máquinas.

Los animales son formas peculiares, intransferibles, de la vida. Va una diferencia indeferenciable —para los sanagustines— de gata a gata. Negando a los animales, san Agustín estaba negando a su Dios. Hace de la religión una élite de la inteligencia superior. Saludo de paso a esa élite, reunida en sus cócteles celestes. Y sigo con mi gata en su cesta, de ida o de vuelta del veterinario. *Ada o el ardor* está muy mal desde el verano, con esa espina de cactus clavada en su alma/intestino de gata sentimental, sensible y sensitiva. Mediante el drenaje y los antibióticos, espero salvarla. Pero tiene en su pelo de seda loca el frío y la humedad de la muerte. Me parece que ya lo he dicho.

16, MIÉRCOLES

Mi falo tiene mejor salud que yo. Lo miro por las mañanas, y no es que me deje engañar por su erección temprana, que ya sé que es mecánica, y más en mí, que duermo boca arriba (presión del intestino y otras zonas contra la polla), pero la salud le dura todo el día y toda la noche, mientras que yo sufro traumas, complejos, problemas, inseguridades, colitis y faringitis. Yo con mis fiebres y él con su salud de veinticinco años, pidiendo mozas. Es lo que los viejos golfos del Casino de Madrid llamaban “una polla de oro”. Le he dado mucha educación mental, a mi falo, pero sé que eso tampoco sirve de nada, si el tío no responde. Ahí está, con su aspecto erguido e inocente, dispuesto a penetrar el cuerpo de hojaldre de las mujeres.

Me canso yo más que él, claro. Ahora hago el amor debajo, casi siempre debajo, porque es más eficaz y, sobre todo, más descansado. Y el tipo aguanta. Creo que el secreto sin secreto de mis penúltimos éxitos está en ponerme debajo. Lola se masturba contra mi falo (no me gusta *pene*), una y otra vez, y es como la caída del Imperio romano, tocado de cartaginesismo, o como una histórica deflagración de griegos, persas y espartanos. Sacude la cabeza hacia los lados, con los ojos perdidos y la boca irracional del orgasmo.

Este falo saludable me da una última confianza en mí mismo, cuando ya no confío en casi nada, y mi desconfianza se va trocando en paz. ¿Y cuánto va a durar este tipo? Imagino que poco. Dicen que la caída del macho es vertical. Si sobreviene durante este libro, ya se la explicaré a ustedes, con el debido y educado laconismo. De momento, el falo, mi falo, me sorprende todos los días, o casi, como me sorprende el fruto obsceno del magnolio, el barroquismo irracional de la rosa o la perpetuidad gótico/bizantina del pinabeto gigante en mi jardín.

Hoy, martes, escribo en la ciudad, mientras el sol de enero ahuyenta la palabra blanca de la nieve, que no ha llegado, y el eje de mi narración es lírico más que narrativo, como siempre. Suponiendo que el único eje de mi narración y de mi vida no sea el falo, erecto como un icono o como una daga de sangre.

17, JUEVES

El pelo en violencia rubia, los veinte años llenos de palabras, el olor a muchacha que ya sólo se percibe, casi, desde la vejez (y éste es uno de nuestros últimos privilegios), el asalto audaz/fugaz de la ninfa, sus manos rozándome, sus palabras, halagándome. Es una noche de tormenta, y veo en sus ojos más mirada que ojos, y estoy en la ciudad casualmente, esta noche, porque debiera estar en el campo, leyendo a mis clásicos, que casi todos son románticos, pero la casualidad es la ley de lo que está fuera de la ley.

Transitamos por los viejos cafés, cogiéndonos ya de las manos, en una electricidad de contactos que presagia el contacto total, dentro de la electricidad general de la tormenta. “El mundo no es tan mundo como parece”, maestro, y resulta ser, la niña, de una familia conocida, de una familia muy como de derechas, lo cual viene a revestirlo todo de un montescocapuletismo innecesario e inutilizable literariamente. En los cafés, sí, nos cogemos las manos mientras putrefactas carabelas, falsas y *anticuarías* como las de Conrad, navegan por los espejos sin luz.

En los taxis nos besamos directamente y mi boca, más sensual que la suya, capta el dibujo fino de sus labios. Le deslizo una mano por la camisa, hasta los pechos, y su resistencia se debe más a que los tiene grandes que a otros pudores y defensas. Me gusta esta masa joven de harina virgen. En los cabarets inconfesables, en los bares cerrados, disfruto de esa boca de dibujo y esos pechos de ninfa abundante, que se avergüenza de sus abundancias.

Cuando por fin estamos en una cama, tendidos, ya de madrugada, me desnudo erecto, porque sé que eso, cuando menos, las desconcierta. Está vestida contra mí, pero la violencia de mi sexo palpa su cuerpo por cualquier parte, y se va desnudando poco a poco, y creo que me voy a ahogar, y primero me dice lo he hecho muchas veces, y luego me dice no lo he hecho jamás. Cuando está desnuda, con toda la luminosidad de sus pocos años, tengo ante mí un cuerpo que es como una mañana tendida, como un atardecer entregado, algo que me asusta y me torna asesino.

¿Por qué las generaciones me donan este trofeo tardío?

Penetro a la muchacha con delicadeza y brusquedad. Comprendo que su miedo es el miedo remoto de la virgen violada contra el falo priápico de piedra. El miedo de la mujer es una creación del hombre. Nuestra primera cópula, naturalmente, está iluminada por la sangre e intemporalizada por el absurdo. Cree, quizá, que me ha conocido profundamente, pero uno recuerda (avergonzado) todas sus malas artes sexuales, y piensa que la niña no ha pasado de la portada de un tratado erótico. Y, sin embargo, ya le parece mucho.

Lo que sin duda es una experiencia trascendental en su vida, sólo es una violación mediocre (como todas las violaciones) en la mía. Uno siente la vergüenza de sus erudiciones, y por eso no las pone en ejercicio. Éstos no son los cuadernos de un seductor; el verdadero seductor es el que se torna núbil e inexperto en cada ocasión. Hay que saber mucho del asunto, sabérselo todo, pero, a la hora de actuar con una ninfa (todo lo que no sea la ninfa no son más que “aproximaciones”, como dice Nabokov), el verdadero profesional se olvida de todo lo que sabe, procura llegar cándido (yo tengo la piel blanca y quizá eso me ayuda a la *candidez*) hasta el lecho de la amada. Si uno no acierta a salir lustral de sí mismo, en el sexo como en el amor o en la literatura, es que uno está esclerotizado de sabidurías. La niña, esta noche, ha tenido en mí la experiencia (no advertida por ella) de un profesional, y el temblor de un novicio. O sea, un buen trabajo.

18, VIERNES

Días de ser medio hombre (ni un medio ser de Gómez de la Serna ni el conde demediado de Calvino). Días de ser medio hombre, partido verticalmente por la mitad. Una mitad, la derecha, se mueve, vive, se prueba chaquetas, estrena pierrecardin, pisa firme con la bota alta y negra, escribe fácil con la mano diestra (que también, ay, es un poco siniestra).

La otra mitad, la izquierda, palpita de inminencias y temores, tiene una actualidad cardíaca y una inactualidad que la deja atrás, respecto de la otra mitad. Días de quedar medio bien, medio mal. Escribe uno este libro testamentario para narrar la belleza convulsa del mundo que se va —convulsa porque se va, o porque nos vamos y se queda—, y de pronto le sale a uno una mitad convulsa sin lirismo, convulsa de convulsiones, una mitad como epiléptica, de un epileptismo que no ha leído —ni falta que hace— a Dostoievski.

Ser dos hombres en uno. El que manda y el que tiembla. El que vive y el que muere. Y hago esta separación, naturalmente, por no declarar que la muerte se va instalando a ambos lados de la bisectriz del vivir. No me consuelan los medios seres ramonianos. No me consuela la literatura (sólo en las asociaciones de la Palabra Culta creen que la literatura es un consuelo), no me consuelan las traducciones/bolsillo de Italo Calvino, con quien tuve tertulias, bar del Palace, cuando vino a Madrid, con ese sonambulismo gilipollas y snob del escritor consagrado o que se cree tal, y que a lo mejor es mi sonambulismo.

Sólo sé que vivo a medias. Procuro que una mitad de mí repose, esa mitad alborotada por el corazón, eterno Garibaldi de toda biografía. Y vivo con la otra mitad, me acuesto con estatuas romanas (apócrifas, sin duda), cumplo con mis deberes de estrenista, escribo artículos y hasta hablo por teléfono. Pero a esa mitad cardíaca no le apetece mucho hablar por teléfono, como a Proust o al contrario que a Proust.

Digamos que se me ha quedado una mitad proustiana, como se me podía haber quedado paralítica. Sé que es el muerto, que ha ocupado ya medio inmueble. Pero me hago el loco y llamo al médico, el doctor Guerra, que vive cerca, es viejo amigo y practica una suerte de medicina entre indiferente y clarividente. El doctor Guerra tiene esa belleza de hombre que pertenece a lo que yo llamo la serie Cristo. Son una especie de judíos atenuados y bondadosos. La criatura humana se da en series (nada de la deslumbrante variedad del Creador, que nos decían en el colegio), y a mí siempre me ha impresionado la serie Cristo, porque sospecho que tiene que gustar mucho a las mujeres, y porque gustan mucho a cualquier edad. A ver qué ve el doctor Guerra, con sus monstruosas gafas equis, o sea los rayos (que tienen algo de pintura al caballete del médico), en mi mitad cardíaca e histérica. He jubilado esa mitad, de momento, y llevo unos días de vizconde demediado, con permiso de Calvino y de los clementes dioses del azar y la necesidad. La verdad es que de medio ser también se está bien. Descubre uno, a esta edad, que casi le sobra medio cuerpo. Que podría haberse arreglado en la vida con menos.

Apoyando mi medio ser/no ser en un paraguas, con la llaga de la cabeza y la oreja perdida, sin la oreja, voy a casa de los amigos solos, hombres abandonados por una mujer o por un hombre, criaturas desparejadas que, lejos de reinar en su soledad no elegida, se refugian en la cocina, rincón último, a guisar, a charlar, a cocinear. En esta altura de la edad, con el corazón en una mano y la polla en la otra, como dos atributos de no sé qué realeza sin ninguna realidad, mira uno el agujero negro de lo que viene, o hacia lo que uno va. Miro a estos hombres solos, amigos que la vida ha archivado entre cortinas y cuadros, improvisando para ellos profundas sacristías de catedral.

Eso es lo que nos espera a los hombres impares que hemos hecho de nuestra soledad una provincia y de nuestra independencia una cruzada. Nos espera guisar en la cocina (yo ni siquiera sé guisar), hacernos el café que se queda en el corazón, como una tinta

negra, vivir retenidos en casa por la policía de la edad, sentir el hogar, tan escrito en las paredes por la propia biografía, como un lanchón nocturno que se ha desamarrado casualmente de los atracaderos del día, y navega o cabecea, se pierde o hace agua, humedad que va subiendo ya por las paredes blancas de mi casa, humedad que mi amigo, mis amigos, tapan con lienzos, caras, cuerpos, tapices vivos y vidas muertas. No quieren ver la Venecia de las cosas, que es la humedad, el crecimiento lento de las manchas de nada en las paredes, la gran mancha de soledad que va desencalando nuestro ser.

Ése soy yo.

Se ve uno en los amigos fracasados mejor que en los amigos triunfadores, aunque uno, convencionalmente, haya triunfado. Y es que la muerte, ya, empieza a verse con más claridad que la vida.

Me espera una cocina con cabezas romanas y un colador muy bello para el té. Jamás seré —aquí está ya la muerte— el que guisa de espaldas a la luz, con la barba crecida y el delantal de la ausente. No hay ausentes en mi vida.

Yo soy el gran ausente de otras vidas. Mi ausencia es mi aureola. Pero nadie se escapa al viejo esquema. Escribir o guisar. Da casi lo mismo. Yo seré (soy ya) el que guisa una prosa solitaria para después devorarla a solas, desgano, creyendo alimentarme de mi gloria, de una gloria fabricada en casa.

Da lo mismo hacer esto que hacer cordero al horno. Suenan el viento en la calle como un navío pasando entre las casas, un navío fantasma que gime en el domingo. Es domingo en Madrid. Allá estará mi huerto, ardiendo en soledad, dando su último concierto de otoño en el ciruelo estéril y de cobre, en la roja parra virgen, ya muriente, en la locura recluida del magnolio, en la barroca obstinación de la rosa.

Allí, la belleza convulsa se serena. Lástima no haberme ido, con mi yo demediado, o con el otro, con los dos, con mi llaga, sin mi oreja izquierda, todo residuos de mí, a contemplar, con la mirada rasa de los muertos, el cielo de frío membrillo, la alta convalecencia de los sauces, el planetario todo pasando desoladoramente por mi huerto. Y poner mi mejilla de hueso y fiebre en la mejilla fresca de lo verde.

19, SÁBADO

Azul y rosa. Picasso abre delicadamente el siglo, como los labios de un sexo femenino. Azul y rosa. Desde entonces hemos deseado sexos azul y rosa. Sólo las mujeres del teatro, las mujeres de la revista, tienen sexos azul y rosa. Un pétalo azul y el otro rosa. Con las ojeras excesivamente azules y las mejillas patéticamente rosa, con los pezones dolorosamente rojos, les imaginamos un sexo azul y rosa.

O, efectivamente, ese azul de venas, cuando la sangre afluye, que hemos observado en el labio rosa del sexo. Picasso, época azul. En el azul de Picasso ha vivido toda una época. El siglo nacía azul y rosa. El siglo nacía optimista. Picasso silba en su chifla de pastor del mar y acuden las culturas, se reúnen las civilizaciones, priapismos negros y cabras egipcias de oro. Va a empezar un siglo, el siglo xx.

Y el siglo se abre en dos lóbulos: lo azul y lo rosa. En lo azul van a vivir, vivieron, vivirán, los mares de Duffy, los cielos de Azorín, esa mujer que sigue los pasos, en la noche, a André Bretón. “Si una mujer desmelenada te sigue en la noche, no temas: es el azul del cielo.” En lo azul, en el azul, emergen las islas adonde se alejará Gauguin, y una multitud de azul, un día, llega a visitar a Rousseau en su casilla de aduanero:

—¿Usted conoce el azul?

—El azul está en los museos, está en el Louvre. Por aquí, por esta aduana, nunca pasa lo azul.

—¿Se imagina usted lo azul?

—Si fuera capaz de imaginar lo azul, bajo este cielo gris de Francia, yo sería pintor.

—Pinte el azul del trópico. Pinte el azul tropical.

Y será usted pintor.

—¿Pero cómo es lo azul?

Pero lo azul ya se había ido. Lo azul nadie lo ha visto nunca. Ya lo dijo el poeta: “Ni es cielo ni es azul.” Lo azul se lograría por exclusión del verde del mar. Todo el verde del mar habría que ponerlo en una vitrina. O por exclusión de todo el *negro* que hay en la noche, y que tampoco es negro. En el azul nocturno viven Shakespeare y Macbeth y Otelo. Macbeth es un hombre que actúa. Hamlet sólo es un hombre que piensa en actuar. Hamlet es el primer intelectual (y no el primer romántico, como se ha dicho). La palabra “intelectual” nace con el *Manifiesto de los intelectuales*, en París, cuando el caso Dreyfus. Macbeth, según la fragmentaria historia real que de él nos ha quedado, no fue así. No fue como lo explica ese colectivo llamado Shakespeare. El colectivo/Shakespeare tomaba aquellas leyendas bárbaras y las llenaba de horror, las llenaba de noche, las llenaba de azul. Shakespeare es un colectivo, como Homero. Homero, quizá, es un colectivo en el tiempo. Shakespeare es un colectivo simultáneo. Un empresario, un actor, Marlowe, *El Globo*, que he visitado en las orillas del Támesis. (Los *bluosons noirs* ponían un *Hamlet* con motos.)

Lástima que seas una puta, es el súper/Shakespeare. El barroco, en fin, acababa de llegar de Centroeuropa, y había hecho escuela entre los londinenses. Shakespeare, además de un colectivo, es una escuela.

Pero todo su teatro ocurre en lo azul. En esa pesadilla de lo azul que es la noche. Cuando Picasso entreabre lo azul (ese sexo de mujer), redescubre lo azul, le recuerda lo azul al mundo, deja otra vez libre el espacio para los crímenes de Macbeth y las meditaciones de Hamlet, por las que cruza un balandro de Duffy y una señorita de Matisse.

La época azul de Picasso es como una epidemia que recorre el mundo y el arte. Todo queda contaminado de azul, y nadie sabe que lo azul sólo es la carta de aviso de la noche, su telegrama sutil. Lo azul puede expresar el dolor, la maldad, la enfermedad, el odio, el miedo. ¿Dónde, pues, la distribución convencional de los colores? La que hace Rimbaud, con su famoso soneto de las vocales, es la más convencional de todas.

Lo azul, sí, no es más que un envío remoto de la noche. En lo azul ocurre la agonía y la

guerra. Lo azul y lo rosa. Los dos labios del sexo femenino. En lo azul sucede Napoleón, su derrota entre la nieve azul de Rusia, en lo azul suceden las novelas de Paul Morand, con mucho azul de mar, que es azul de peluche, el peluche de los Grandes Expresos Europeos. Lo azul es crimen y noche. Lo azul está populoso de arlequines de Picasso, aldeas rusas, burros de Marc Chagall y ojeras de las heroínas del cine mudo.

En lo azul, incluso, está inscrita mi madre, con sus ojeras azules y el traje de chaqueta, blanco, que a la noche se volvía azul.

Lo azul es la coartada de lo negro. Había revistas azules (azul/ceregumil) y medicinas azules. Picasso abrió delicadamente el sexo femenino del mundo y encontró un labio azul y el otro rosa. Abro yo, ahora, en mi memoria, el sexo delicado del día, los pétalos de una rosa, y, allá al fondo, la noche he depositado su veneno azul. Como en una copa.

Época azul, época rosa. No son sucesivas, rigurosamente, sino acaso simultáneas. Todo Picasso es simultáneo. Todo Picasso simultanea el mundo. Ésta es la moral de un arte amoral, como es el arte: todo está ocurriendo siempre, vivimos en un presente que tampoco existe y el arte no es sino la expresión de una solidaridad planetaria lograda, perdida o por venir.

En el rosa de Picasso viven las novelas rosa, los príncipes de Gales, las chaquetas príncipe de Gales, los ballets rosa, míster Edén, a quien sacaban los caricaturistas como Josefina Baker, con un ramo de plátanos por la cintura. Míster Edén, homosexual y dandy, cuando llegó al Gobierno, no sabía gobernar. El príncipe de Gales había dejado el trono por poner de moda una chaqueta a cuadros. Inglaterra lo ha aportado casi todo al siglo, así como Francia configuró el XIX. Inglaterra, ya sin grandes reyes, da grandes prófugos del trono. Inglaterra hubiera querido para el siglo un tono y una tónica más fuertes. Hay un hilo rojo que va o iba trenzado con otros hilos, en el uniforme de la Mala Real Inglesa. Pero la sangre imperial se había licuado y Bloomsbury era rosa, rosa/Picasso, en el sexo pálido de Virginia Woolf y en los glúteos homosexuales de Forster.

Alejandría es rosa. Inglaterra se fascina con la rosa de Alejandría. Los ingleses parten hacia ella como antaño hacia el Santo Grial. Inglaterra, como toda isla, necesita ganar sus guerras lejos, porque en casa las tiene perdidas. De Kipling a las Malvinas. Lawrence Durrell, como es poeta, escribe su musical y bellissimo *Cuarteto*, que le queda, empero, un poco rosa/proustiano. Es el rosa/Picasso que Picasso ha difundido por la época, desde París. Forster, como no es poeta, escribe algo así como una guía municipal de la ciudad donde tanto se ha enamorado y tanto le han trincado. Kavafis, griego de respiración anglosajona, quiere darle al puerto de sus deseos el mármol del puerto de Alejandría.

Lord Byron, muriendo por la libertad de Grecia, y por su propia reputación en Inglaterra, sobre todo, deja a los griegos modernos en colonia inglesa para siempre, colonia sentimental de una falsa Grecia compuesta de turcos, hasta que el sexo rosa de Melina Mercouri implanta una democracia y un socialismo rosa en su país.

El siglo, pues, iba a ser azul y rosa, por gracia del pastor del siglo, pastor de bisontes altamiranos y minotauros que penetran la ropa rosa de Brigitte Bardot. Nacimos tarde, pero con todo el siglo incorporado. La Guerra Europea pone en dispersión el rosa de Turner, que es como un gratinado de ángeles, y pone a los ángeles mismos —ángeles de William Blake— a resguardo de los bombardeos, en la Tate Gallery. Ya un místico anglosajón, precursor de Blake, había dicho que, cuando un hombre y una mujer se han amado, constituyen un solo ángel. El ángel era rosa y aún reencarna en Nijinski, cuyo instante de inmovilidad en el aire es la puntada que quiere zurcir el siglo al siglo. Apollinaire, que había estado en la guerra, comienza a ver en peligro los colores del siglo, el azul/rosa Picasso, la bandera de las vanguardias:

Del rojo al verde

todo el amarillo se muere.

El rojo lo traía Hitler en su brocha. Entre el verde de la campiña inglesa se perdió Virginia Woolf, con los bolsones del delantal llenos de piedras, para entrar en el río y salir a otra parte. Todavía el pasado podía dar una Ofelia a la barbarie de la civilización. Pero una Ofelia, ay, no lastrada de flores, sino coronada de piedras.

El amarillo se configuró en hospitales donde sirvieron André Gide y Jean Cocteau. Hoy, las dos guerras se nos funden en una, en la memoria. Este siglo que nacía rosa y azul, una época cuyos labios sexuales abría delicadamente el pastor de los rebaños venideros, esta Europa con sexo de cabra, se iba a olvidar progresivamente de los colores. En el *Guernica* ya no hay colores. La llegada del color al cine les pareció un escándalo a muchos críticos, empezando por Graham Greene (que, efectivamente, haría filmar su *Tercer hombre* en blanco y negro). El propio Picasso impone, con el tiempo, los colores planos. El color plano es un color privado de su sintaxis. La prosa periodística es una prosa privada de la sintaxis interior, poética, en beneficio de la sintaxis de la noticia. Con la colectivización de la ropa y la comida, se pierde la sintaxis del vestir y del gustar. Se sintetiza/simplifica (yo mismo lo estoy haciendo con esta barra tipográfica). Los estructuralistas descubren y explican que la poesía, lo inefable de un texto, está en la sintaxis. Pero lo que hemos perdido, a lo largo de un siglo que empieza en Baudelaire y termina en Sartre, es precisamente la sintaxis.

Lo tan real, hoy lunes.

JORGE GUILLÉN

Salir a comprarme unas botas. Estamos en invierno y todas las que tengo se me calan. Hace tiempo que sustituí los zapatos por las botas. En aquellos tiempos, hará unos quince años, este gesto era, digamos, progresista. Los zapatos se habían quedado señoritos u horteras.

¿Hasta tal punto influye el atuendo en las ideologías? Hasta tal punto. El revolucionario, el progresista, el disconforme, el ácrata, se visten de una determinada forma por rechazo y asco del uniforme burgués. Eligen otro uniforme —pana, lana y cuero—, pero, cuando menos, un uniforme de mejor gusto. Luego, la policía —el Estado, en última instancia, cualquier Estado— cataloga a los individuos según la ropa, cataloga indumentarias, hace contraespionaje de los trajes, uno queda ya reducido a su ropa, constreñido en su guardarropa, es sólo el producto no de una doctrina, unos libros o una revolución, sino el producto de su armario. Y es cuando se consagra el cuero y la pana como atuendo de los ángeles.

De aquella época/épica me quedan las botas.

Porque se me enfrían los pies, porque son más estéticas que los zapatos y porque me hacen más alto. Mido uno ochenta y siete, pero creo que, precisamente, somos los hombres altos quienes debemos potenciar nuestra altura. A un enano no le conviene nada ponerse tacones de cinco o diez centímetros. Las canillas del hombre son su punto débil. En lo del talón de Aquiles se equivoca la mitología. La debilidad del hombre, siquiera la debilidad estética, está un poco más arriba, en las canillas. Unas canillas delgadas, pero no esbeltas, entre el vuelo del pantalón y la escasa arrogancia del zapato, quedan generalmente ridículas. Casi todos los hombres van haciendo ese ridículo inconsciente por el mundo. Las botas, botas de media caña, negras, terminan la figura con mejor base.

Pero hay que procurar que la bota no sea de suela gorda, de puntera cuadrada ni de elástico. Horror, esto del elástico, que es cosa de guardias civiles retirados. Hay botas que, de pie, cubiertas en parte por el pantalón, quedan como un zapato de puntera fina y suela delgadísima, sólo que con el empeine y el tacón más altos. Evitemos, asimismo, que la suela tenga un reborde, por fuera de la horma. Pueden encontrarse sin ese reborde, que también es feo y como colegial^[1]. Ésas, éstas, son las botas que

uso y busco, cuando la lluvia me persuade de que la levedad de mis botas ha llegado a la peligrosa sutileza de la humedad.

Botas que conviene sean de tafilete, por evitar todo efecto campesino, rural, ecuestre, y porque el pie va así más cómodo y porque las arrugas del tafilete son bellas y hasta elegantes. Encontrar tales botas por las zapaterías de Madrid, a punto de cerrar, cuando sus neones lucen cansadamente contra la noche de fuera, es penosa y delicada tarea.

A veces la emprendo.

Uno, naturalmente, conoce sus tiendas, tiene sus recursos, dirige sus preferencias, y al final las botas aparecen o no aparecen. Todo —hasta el genio— es cuestión de insistencia.

21, LUNES

Remolino aórtico de mi ser, Gulf Stream de mi sangre, ese nudo loco y rojo, heredado, hecho y deshecho en mi corazón, siempre, a lo largo de toda la vida, por remotos esparteros de la muerte.

Un soplo aórtico. Ahora los médicos lo llaman un soplo. La palabra se desliza sola hacia una gran variedad de imágenes fáciles. La muerte que sopla en la llama de mi sangre, etc. Dejémoslo, no sigamos por ahí. Lo difícil de la literatura es evitar lo fácil. Aparte de que esto no es literatura, sino un electrocardiograma. Prefiero (hasta en esto es uno hijo del estilo, el estilo es uno) mi vieja noción de nudo, de agolpamiento gordiano de la sangre, que un día vendrá el guerrero a cortar con su espada vieja y nada victoriosa. He sido siempre el ahorcado de la soga roja de mi sangre. Los padres, las madres me lo advertían. Nudo indesatado que nos hemos pasado los hombres de la familia, unos a otros, como en una familia de suicidas.

No me asusta ese nudo, sólo que ahora lo escucho, lo siento, me deleito sintiéndolo, y en la juventud ignoraba su punzamiento, sin dejar de estar punzado, vivía sobre una arritmia como el que vive con el reloj adelantado o atrasado, y el tiempo no le deja tiempo para poner el tiempo a tiempo.

Pasear por la ciudad, en la media tarde de noviembre, limpia y turbia, fresca y cálida, como un filo purísimo adivinado entre la fronda de humo. El humo de la primera castañera (es castañero) de este año, que he visto en la plaza de Castilla.

Pasear despacio, solo, por entre barcazas de libros varadas en la acera, bombillas de caramelo prenavideño, ráfagas de metro, ruedas de gente, campamentos humeantes de las industrias de la calle, cruzar grandes avenidas cuando el farallón humano ejerce su derecho, pasear despacio, solo, bajo la sombra coloreada y maltratada de los políticos, las denuncias de la guerra, el ruido visual de las tapias y el fin nuclear del mundo avisado en una esquina.

Paseo mi corazón, como otras veces mi gata. Ya somos dos, en tanta soledad, en esta cima alta y desertizada de la vida, donde se respira mejor y el crepúsculo intenta cada día, sin lograrlo, componer una alegoría de la muerte. Pero la alegoría es un género caducado y ya ni los crepúsculos saben componer alegorías.

La gata, he dicho. Trapillo con ojos, bayeta vieja, remendada y recosida, harapo que vive, dulcísimo despojo, felinidad cazadora para la que serían muy apetitosas las charcuterías interiores de mi corazón y mi aorta. Lástima no poderla dejar que muerda ahora mismo, en vida suya y mía. Recosido yo, como la gata, recosido de incertidumbre, de miedo, de soledad, recosido por esa costurera humilde, incesante y sombría que es la imaginación, paseo despacio, solo, aspirando todo lo que pueda haber de puro en el aire impuro de la ciudad, perfumado de castañas, conversado por el pirata de los libros, y por una vieja en quien ha despertado, como en una niña, la pasión de leer. Nudo, soplo, remolino, esa cosa en el pecho, eso que debe sentir la cabra cuando se acaba la cuerda. Atado de por vida, con un nudo que me siento aquí arriba y una cuerda que no sé hasta dónde llega. Atado tampoco sé a qué estaca del vivir o el morir. Consciente, incluso en aquella inconsciencia adolescente, de estar sujeto por una soga a un redil. ¿Pero de qué redil soy yo, de qué rebaño? Jamás lo he sabido y me moriré sin saberlo.

22, MARTES

Esta habitación en la que trabajo. Un rectángulo monacal de blancura y soledad. Se ha pasado uno la vida luchando por tener grandes casas, desperzados salones, y al final vuelve uno, siempre, al espacio breve y pobre que una entrevistadora me diagnosticó una vez como “cuarto de estudiante”.

Yo, que nunca he estudiado nada, soy irracionalmente fiel a estas habitaciones pequeñas, desnudas, monacales, encaladas, para trabajar, para leer, para estar conmigo. Como dice el psicoanálisis que se vuelve, en tantos momentos y posturas de la vida, al útero materno. Rectángulo de cinco por tres metros, lo calculo ahora a ojo, dejando por un momento de escribir. Eso es todo. Todas mis habitaciones de trabajo han sido así. En las paredes, fotos mías, retratos míos, fotos de un hijo. En un rincón, un paquete de libros con una funda de máquina de escribir (funda que nunca uso) encima, una guía de teléfonos que tampoco uso (prefiere uno que le llamen), una estufa y montones de ropa, con algo de camellos o de camelleros, que me voy poniendo y quitando en las pausas. No me gusta trabajar con una camisa caliente o sudada. Cambiar de camisa es cambiar de estilo literario o de tema. De las pensiones estudiantiles de Argüelles, en la época novel, cuando yo era un falso estudiante, o un estudiante realísimo de la literatura, a estas casas que tengo ahora, en la ciudad o en el campo, donde también elijo, siempre, la habitación más recóndita, algo así como la habitación del servicio que no tengo, para hacer mi trabajo y celebrar la ceremonia del yo.

Afuera quedan, ya digo, los salones extensos, el enladrillado de los libros (una biblioteca, por muy numerosa que sea y por mucho que la frecuentemos, acaba convirtiéndose en una tapia de ladrillo). Afuera quedan la buena y la mala pintura, las fotos y los fetiches de un intelectual/semiintelectual, semiburgués.

Procuro ir eliminando fetiches culturales de mi vida, porque sé ya que son enfermizos como los fetiches sexuales. Añoro una celda de cal, un monacato de luz para vivir, escribir y morir. La biografía es para las visitas.

Ahora, cuando escribo, en este momento, la estufa está encendida, a más de la calefacción central. La gata, *Ada o el ardor*, duerme con el lomo contra mi máquina Olivetti/Lettera 32, a la que acabo de cambiar la cinta.

Cambiando la cinta de la máquina también mejora mucho el estilo.

No sé si mi gata, *Ada o el ardor*, homenaje penúltimo y despojal a mi amado Nabokov, fragua salud o muerte dentro de su sueño. Es igual, la amo. Al gato le quito las legañas todas las mañanas. Con siete años que tiene, y siendo muy listo, aún no ha aprendido a lavarse la cara, una cosa que suelen hacer muy bien todos los gatos. O quizá sea que juega conmigo y prefiere que las legañas se las quite yo.

La gata es limpia/relimpia. Vive, estos días, de relamerse sus heridas, sus cicatrices, sus cosidos y recosidos. Estoy en mi celda laica de cal, blancura y silencio. Mi corazón duda, desconcertado, entre los sedantes y los tranquilizantes que le he dado esta mañana: natisedina, ansiocor, whisky, optalidón, un jaleo. El corazón, mi corazón, es un pájaro enjaulado y rojo, un guacamayo inteligente que habla sabiendo lo que dice y tartamudea cuando me ve al borde de los farallones del suicidio.

Mi corazón, si un día falla, será de lucidez, será por sentido común. Tengo un corazón razonable. Más razonable que yo. Cuando se harte de mis locuras, se pegará un tiro de sangre, o saldrá volando por la ventana, como el periquito azul y plata que me regalara Pilar Miró. Hay periquitos —lo sé— que abren la jaula y se van. Mi corazón es de éstos.

Un día, la pequeña habitación rectangular, la celda de mi monacato literario, se quedará sin mi corazón y sin mí. ¿Es esto autocompasión? Y qué me importa. Los pedantes frígidos, los imbéciles que condenan la autocompasión, están cargándose —qué más quisieran ellos— toda la literatura, desde *el dolorido sentir* de Garcilaso en adelante.

Un día, esta tumba previa se quedará sin muerto. Lo siento, mayormente, por los gatos. El ojo, este ojo izquierdo que ha dolido siempre, que no ha visto nunca, o que ha visto menos, o que ha visto poco, el ojo, el ojo izquierdo, con el que (me basta con cerrar el derecho) puedo atomizar el mundo, difuminarlo, dejarlo en una errática galaxia de luces y sombras, de formas que se desforman, de cosas que no existen y, sin embargo, quieren cobrar forma. Días de dolerme el ojo izquierdo.

Por este ojo han pasado los libros del mundo, la caligrafía de los poetas y la tipografía de los prosistas. Por este ojo ha pasado, hilvanándose, eso que Merleau-Ponty llamó “la prosa del mundo”. Ojo que ha cosido, hilado, hilvanado, millones de renglones, un renglón tras otro, y al que luego, quitándome las gafas, le doy su fiesta de imprecisiones, su orgía de indecisiones, ese mundo riquísimo, blando y como en expansión que él crea o disfruta.

Mi ojo izquierdo, más miope aún que el derecho, es el monóculo esmerilado del no ver el mundo, o de verlo como es, deshecho y lujosamente desastrado. No hay coherencia en las cosas ni en las vidas. La coherencia no es sino una resultante de la reunión de ambas visiones —ambos ojos—, que da el relieve.

Al relieve lo llamamos coherencia, realidad, mundo. La física y la metafísica no son sino un fenómeno óptico. Basta con taparse un ojo para que el mundo pierda su textura de realidad, para que la biografía general del tiempo pierda su color cotidiano, se descomponga en mil colores.

Cada día va uno comprobando más, a medida que profundiza en la belleza convulsa, que todo lo bello nace y vive entre convulsiones. Tengo un ojo con monóculo de gran miopía para ver la desintegración del átomo en grandes magnitudes, la silenciosa explosión de las marquesas y el huracán manso de los pobres. Cada vez con más frecuencia me pongo mi monóculo de no ver, o de trasver.

Basta, ya se ha dicho, con que me quite las gafas. Como sabe cualquier versado en miopía, el ojo miope, aplicado muy de cerca a las cosas, hace de lupa: yo puedo leer lo ilegible con sólo pegármelo mucho al ojo, y he aquí que los idiomas sumergidos, el arameo y el camita, se dejan leer solos por mi ojo/lupa, y los idiomas conocidos vuelven a tener, tipográficamente, la gracia fascinante e inexplicable de cada letra, que me hechizó a gran tamaño, siendo muy niño, cuando mi abuela me enseñaba a leer.

Ya comprendí yo entonces que aquella *ge* redonda (“redonda”, como decimos luego en el oficio), aquella *ge* con curvas de gato, que tenía, incluso, por arriba, una oreja de gato, o aquella *a* con que se abría el nombre de mi madre, aquella *a* que es como una mujer sentada, iban a ser la fascinación y el jeroglífico de mi vida. Ya me sabía/intuía un egipcio del castellano. Sólo el monóculo de mi miopía —ojo izquierdo— me devuelve a la emoción primera de las letras en su forma caprichosa y exacta. Andado y desandado el camino del alfabeto, en miles de lecturas y escrituras, vuelvo a gustar la emoción tipográfica de las letras, y luego enfoco el monóculo hacia el mundo, fantasma de sí, dulce fantasma. Sólo con un ojo ciego se ve lo que no hay, que es lo único que vale la pena ver.

Yo, con un ojo de menos, soy el que pasea por el cielo bajo de enero, por el campo de aire grande y perfume fresco, campo arrasado y triste, solitario, en el que aparece y desaparece, como un espejismo bíblico, un rebaño de cabras que pronto me han envuelto. Cabras rojas, cabras negras, azules, blancas, rubias, cabras de cuernos hacia atrás, como una tiara de hueso, que las hace sacerdotisas egipcias, y cabras de cornamenta/orejera, que se les enrosca a los lados de la cabeza, como en no sé qué atalaje de novia antigua. Cabras, cabritos y machos cabríos. Triscan y hasta se ponen verticales para morder de algún árbol, pero al fin caminan en fila, detrás del pastor, que ya está lejos, y componen un cortejo monárquico y rural, femenino y solemne, con sus bellas cabezas tan variadamente coronadas y sus tetas de oro rojizo y fecundidad.

Las observo una por una y recuerdo una vez más aquella estupidez de san Agustín:

“Los animales son máquinas.” En su África teológica, aquel fanático no debió de darse nunca con un rebaño de cabras. Cada una, ahora las miro, es portadora de una como dignidad diferente, dentro de un protocolo común. Cada cabra es embajadora plenipotenciaria de no se sabe qué civilización lejana y perfecta.

Va la cabra muy consciente de su tocado de hueso y geometría, de su color indecible, de la gracia cuádruple de sus patas, de la solemnidad de sus tetas, y sus ojos, que ven un mundo rasgado, miran de frente a la nada, como los ojos de las princesas que no deben mirar a su pueblo. A algunas cabras les acompaña el protocolo tenue, infantil y sagrado de su esquillilla. Los cabritos se apresuran detrás de las madres. A veces me cruzo este rebaño intemporal —¿es siempre el mismo rebaño o es otro?— por el campo de mi exilio, por mi exilio voluntario y campestre, y me parece que ese hombre, el cabrero (tan borroso entre el esplendor de las cabras), va como un poco perdido, o perdido del todo, dando la vuelta al mundo por prados que son ya solares para edificaciones, por caminos que han modificado las ruedas de los automóviles, en busca del paraíso dorado de las cabras, hacia el pasto venidero que ya no queda en este invierno pelado que es el mundo. Irreal cortejo de las cabras, multitud femenina y palatina, sobre el barro, como una tribu sólo de emperatrices, como el matriarcado de las cabras en el éxodo.

De qué huyen, adonde huyen, triscando, esquilando, balando, haciendo inexistente a su pastor de pana con la hermosura chapada de sus monarquías. Por mi ojo ciego, por mi medio mundo esmerilado ha pasado ahora mismo (son las cuatro y tres minutos de la tarde) un rebaño de princesas, un hatajo de reinas, una corte de cabras, que son o no son las de otras veces, gracia penúltima y femenina del mundo, belleza convulsa y sin destino.

¿Iban de boda las cabras?

23, MIÉRCOLES

La niña, sí, venía por agosto, aquellos trece años de sus ojos abiertos a la estrella —luego, ay, aprendería a entornarlos convencionalmente, como todas—, aquel vestido morado, esbelto en su cuerpo esbelto, e íbamos de la mano por los descaminos del estío.

Mano de la niña, ancha y delicadamente basta, delgada y fuerte, con las uñas comidas y la voz catalana. Pasarían años, siglos, hasta que la niña echase pechos y me los mostrase con la complicidad del agua (ya se ha contado aquí). Niña que iba creciendo hacia adentro, hermetizándose, niña a quien mi mirada hacía mujer, año tras año, mujer para otro, para otros, ay, pero que creció, un poco, como a mí me gustaba que creciese.

Cada verano era un palmo de luz en su vida. Cada palmo de luz era una saeta de sombra en mi muerte. Llegó a contarme de sus novios, olvidada de la niña que fue y que yo tenía presente. Su tardoinfancia, que ella había olvidado, yo la guardaba como una estampa antigua con pátina de besos.

La muchacha de los senos desnudos era como una blasfemia contra la niña anterior/interior. Ella no sabía eso ni lo sabe. A mí me dolía por debajo de la fascinación de la doble espiral de sus pechos. Así se diluye una niña en el tiempo, así se logra una muchacha en sí misma. Pero la hicimos entre este jardín y mi mirada. Cada rincón de sombra tiene alucinaciones de su luz, cada gruta sagrada de lo verde se ennegrece de sombra porque ella estuvo allí, aquí, con su pelo tan negro, con su mirada negra, con el secreto obstinado y pueril que es ser muy joven.

24, JUEVES

Una cabra entre las cabras. Esa cabra joven y rubia, de apenas cuernos. Se aparta siempre del rebaño, se atrasa, se adelanta, se entretiene con algún jirón de periódico viejo y seco que ha quedado por el campo, como hoja caída del árbol de no sé qué actualidad remota. Es la cabra que más miro.

Hoy he salido al campo a leer en solitario un periódico francés que me manda un amigo, con un artículo sobre mí, que se promete elogioso. Cuando ya los elogios no le suenan a uno a nada, y ya le incentivan más a uno los reproches, he aquí que quiero disfrutar a solas, sobre un planeta vacío, la lectura de este artículo, de este periódico que llevo doblado en el bolsillo. ¿Por qué?

Quizá sólo porque está en otro idioma. Nunca se sabe cuándo acaba de morir del todo la preocupación por uno mismo. De momento, sigo a la joven cabra, que ya no me huye, la observo cuando se para a triscar y, cuando camina, voy tras ella. De pronto he llegado a una conclusión que haría sonreír a cualquier naturalista: la cabra es monstruosa porque tiene cabeza de doncella y sexo de vieja. Cualquier especie da más ejemplares perfectos que la humana, pero también es cierto que la falta de desarrollo cerebral, sin duda, ha dejado a todas las especies en una como ancianidad prehistórica, que asoma por algún lado, mientras que el hombre nace prematuro y lozano como la rosa (las arrugas uterinas desaparecen en seguida). La cabra come o busca qué comer. Yo me siento a su lado, en la hierba. La cabra no tiene esquila, cosa que agradezco, por salvarme de un bucolismo que sería como excesivo y haría imposible nuestra relación. De pronto me acuerdo del periódico que traigo en el bolsillo. Las cabras comen papel, las cabras se inclinan sobre los periódicos viejos como si los leyeran. La cabra, como he anotado, ha masticado antes una hoja seca de periódico. Saco del bolsillo el diario francés, elijo mi página, la página que me dedican, y se la voy dando a la cabra en largas tiras. No he leído el artículo, no lo voy a leer nunca, ni siquiera pienso en que pudiera interesarme. No creo que mi amigo francés me envíe jamás otro ejemplar. La cabra, como sorprendida por el obsequio, o indiferente en sus ojos verdes (me parecen verdes), que ya van teniendo noche y lejanía, mastica y traga papel, casi como un burro, pero con momentos de “femenina distinción”, que hubiera dicho el poeta, momentos de mirarme fijamente, como preguntándome de dónde he sacado el papel, en mitad del campo, momentos de estirar el cuello, para tragar, ladeando la cabeza como una infantita que bosteza o se atraganta y no quiere ser vista.

No sé cuánto tiempo hemos estado así. La cabra ya se ha comido mi página, mi gloria, mi vanidad en francés. Le doy todo el periódico y sale corriendo, con él en la boca, como un diablo que se llevase un ángel de alas débiles, menores y tipográficas.

25, VIERNES

Vivo dentro de una elipse. Mi vida, desde Kepler (mi vida se remonta a Kepler), adopta la forma elegante y barroca de la elipse, antes que la forma clásica y pancesca de la circunferencia. Quiere decirse que me muevo entre dos polos. Este jardín donde ahora escribo (con cristal por medio) y el cuarto de Madrid, que he descrito anteriormente. No hay un cielo, pero cada uno nos fabricamos nuestro cielo. Cuando estoy en Madrid, agobiado de cócteles y mecanografía, sueño con este reducido cielo en vida (me parece que ya se ha dejado constancia en este libro), como un paraíso terrenal de pocos metros cuadrados, por el que pasan los gatos, los perros, las culebras, las lagartijas y los astros, todas las cosas a las que yo, como Adán, debiera dar nombre, pero me resisto a dárselo (aparte la enumeración convencional de hace un momento), porque aquí vengo a entregarme a la complejísima elementalidad del mundo, a la belleza siempre convulsa del planeta, y nada más.

La lluvia ha llenado la piscina. La piscina está llena de lluvia. No agua del sistema fontanero, sino agua del cielo. Parece que no hay diferencia. Para mí hay mucha. Si pudiera soportarlo, me metería en la piscina, en su cielo reunido noche tras noche, ahondaría sus capas, sería feliz, sería/no sería. La temperatura y mi corazón no me lo permiten. Es el momento de podar los árboles, de dejar el jardín indefenso ante la invasión del cielo, que entrará gozoso en mi recinto, como un caballo azul y helado en un prado que no existe o existe sólo para él. Ya he dado las órdenes pertinentes. Al jardinero le falta un podador, al podador le falta una escalera, a la escalera le faltan unos tramos. Lo más sencillo está siempre lleno de complicaciones y complicidades, y esto nos enseña a respetarlo.

Vivo, sí, dentro de una elipse. Este jardín y mi celda de trabajo en Madrid. Dos polos en lugar de uno. No sé si el hallazgo de Kepler fue muy útil para la astronomía, pero ha sido muy útil para la dialéctica. Y no sólo para la dialéctica política, claro. Aquello de un centro único era medieval y esclavizante. Todo tiene dos centros, desde el planetario kepleriano. Y con dos centros ya nos entendemos mejor, como con dos amores o dos tareas. Una cosa siempre nos salva y descansa de la otra. Nos salva, sobre todo, del fanatismo de lo único. Hegel no hubiera existido sin Kepler.

Tesis/antítesis. “De un lado tal, pero del otro lado, cual”, se burla Günter Grass. Sin embargo, gracias a la dialéctica de los dos centros —USA/URSS— no hemos caído ya en el purgatorio nuclear. Toda vida se mueve, aunque no lo sepa, entre dos polos. El amor y el trabajo, el sexo y el dinero, el pasado y el futuro.

Las vidas no giran alrededor de una obsesión, sino de dos.

Desde que me hice kepleriano (antes, de joven, había sido hegeliano, claro, cuando lo leía), entiendo mejor y disfruto más los dos centros de mi vida, que ahora son meramente geográficos, como en realidad deben ser: espaciales. Mi celda de trabajo, entre millones de celdas madrileñas, y mi jardín apenas volteriano. ¿Quién de los dos soy yo?

Los dos.

El que trabaja ceñudamente, ciegamente, irracionalmente (aunque trabaje con la razón) en aquella celda madrileña, en aquel monacato de prosa y fármacos, y el que, hoy domingo, trabaja aquí en el campo, o hace como que trabaja, mirando mucho la piscina llena de lluvia (ya se ha dicho), y los árboles que languidecen a la espera de una poda inminente, como vírgenes necias a la espera de los podadores/violadores que bajarán del cielo con hacha celestial y falos fríos.

El hombre joven es, por decirlo con Juan Ramón, “el andarín de su órbita”, el que se marca una elipse planetaria y la recorre incansable. Del pasado al futuro, del cero al infinito, del amor a la gloria (y siempre con retorno, que eso enriquece mucho).

Hay que llegar a estas edades de la edad para quedarse en un planetario más modesto, en una elipse reducida y meramente geográfica: Madrid y el pueblo, el

apartamento y el jardín, la multitud y la rosa. El jardín, desde Madrid, ya digo, es un cielo portátil y practicable. Para qué necesita uno más, de muerto en vida. El apartamento, desde el campo, es la torre de marfil de los poetas, pretenciosa, mínima y fija como un souvenir asiático. El sitio en que me instalo o me instalan los otros, por poblar el siglo con algo (no sólo conmigo, claro). Los siglos son desiertos. La fácil filosofía de los dos polos centra/descentra hoy mi vida. Ni siquiera es una filosofía. Es sólo una geografía.

Y muy corta.

26, SÁBADO

Si la ciudad, en mí, va siempre asociada a la mujer, a la pluralidad/disponibilidad de las mujeres, la ciudad es, también y por el contrario, el laberinto donde habita mi monstruo, el enemigo, mi enemigo, el colega, el profesional del odio, el hombre que ha nacido exclusivamente para asesinarnos por la espalda con una botella rota en puñales, o a cortarnos el cuello, musicalmente, con una página de periódico. Al principio, uno cree tener algunos enemigos, ni muchos ni pocos, los normales, y a días cree que la ciudad está llena de amigos o de enemigos, según. Sólo con los años se va uno cerciorando de que el enemigo es único, un solo hombre, siempre el mismo, nuestro ángel custodio inverso, capaz de sucesivas transfiguraciones, de proteicas corporalizaciones.

El enemigo es un señor y ya está.

Quizá el demonio de la religión, de todas las religiones, no sea sino una gran metáfora o una gran teatralización del enemigo personal, del “enemigo íntimo”. Como haber diablo, no lo hay, pero hay un enemigo que ha nacido sólo para enemigo nuestro y que tiene diversas existencias, sucesivas o simultáneas, para desconcertarnos como multitud. Hoy me ha revisitado el Enemigo, como lo escriben en los textos religiosos, con mayúscula. Es un día de viento que pasa entre las casas como una rauda catástrofe hecha sólo de alarma. El enemigo (abandonemos las mayúsculas) es/era un señor alto, delgado, rizado, pardal/intelectual, con gafas, sufriente (el oficio de la enemistad es muy sufridor), implorante y vagamente conocido de algo, no puedo saber de qué.

—Yo a usted me parece que lo conozco...

—Sí, claro, tantos cócteles...

Y parece que le está reprochando a uno el haber perdido media vida en los cócteles: en lo cual tendría razón, como suele tenerla el enemigo, pero precisamente es enemigo por eso: porque todos tenemos razón contra todos, pero él la utiliza.

—Pues usted dirá.

El odio es viroloso. El enemigo, el odiador, el que ha hecho del odiarnos su profesión, el ángel custodio de nuestra muerte, más que de nuestra vida, o de nuestra muerte en vida, tiene temporadas de asténico, de falso muchacho con suéters acusadoramente gastados, como tiene días de gordo albino, sonrisa blanca y blanda, cordialidad apaisada y letal, manos sudadas y alguna enfermedad que se le adivina por dentro, como el contrabando mortal de su estar vivo. Al odiador se le nota más que a los demás el cadáver interior, que los no odiadores sabemos disimular y optimizar.

El odiador no es el demonio, ya digo, pero el demonio es una metáfora universal del odiador particular de cada uno. El odiador tiene días de cormorán, o los tuvo; en que su comicidad enlutada nos daba como un poco de miedo. Era tórpido y mareado de expresión, pero daba igual, porque importaba más su peligro ornitológico, su ornitología ominosa, que su parafraseo mareante.

—¿Ha visto usted qué viento?

—No se puede salir con este viento.

Pero él ha venido a verme.

—Pues usted dirá.

Zancuda macho de lagunas pestíferas, contable obeso de todas las oficinas intelectuales, a quien el culo, con la andropausia, se le va tornando matriz (sus compañeros dicen descaradamente que se ha vuelto maricón), pájaro bobo en las landas de idiomas mal conocidos, el odiador puede ser todos y uno solo a la vez, reunir en sí varias especies o pasar de unas a otras sin perder su apariencia humana (el odio humaniza mucho).

Una de las pocas cosas que se aprenden con la vejez es que la multitud de los enemigos no es tal multitud, o es multitud de uno solo, pero el odio le hace multitudinario. Tranquiliza mucho, con los años, o intranquiliza, la

personalización/unificación del odiador (que, por otra parte, nunca es definitiva). Hay una envidia vaga, difusa y errática que nos ha rondado toda la vida, pero que ahora se estiliza odiosamente en un solo ser, que no deja de ser muchos. Aprendemos, en fin, a cierta edad, que el ángel custodio también era una metáfora inversa: lo que nos custodia toda la vida es el odio/envidia de un señor.

El señor ha venido a verme esta mañana y se ha sentado frente a mí, con un periódico abierto, como si tras el periódico escondiese un arma. Le encuentro más viejo, un poco más viejo, mucho más viejo. Hemos envejecido juntos, emparentados por el odio de tantos años, y esto me produce, casi, una ternura irónica que ni siquiera llega a formularse como sentimiento.

—Me va usted a perdonar, pero yo tengo que seguir escribiendo —le digo.

—Escribe usted demasiado.

(Es una de las frases/tropo del odiador.)

—Pero si usted me dice lo que le trae, en seguida despachamos.

Mira para la ventana y está como a punto de decir que le ha traído el viento, pero su odio le hace casi inteligente y comprende a tiempo, quizá, que esa frase sería una gilipollez: de perfil es aún más de otra especie, más remoto, y ya no me da ninguna pena su vejez.

—¿Para qué escribe usted tanto?

—¿Ha venido a preguntarme eso?

—Pasaba por aquí.

(No ha dicho la gilipollez de antes, pero ha dicho una insufrible banalidad.)

Es, asimismo, la eterna pregunta/tropo del odio: para qué escribe usted tanto. Están diciendo, realmente: lo que escribe usted me priva de escribirlo yo.

Pero cada cual escribe lo suyo o no escribe nada, que tampoco hay por qué.

—Bueno, ya veo que no es buen momento de visita. No le molesto más. Es que anoche, en la tertulia, hablábamos de usted y...

—Como siempre. Gracias por sus calumnias. Y espero que haya quedado algo.

—Usted siempre tan volteriano, señor Umbral.

(Ahora juega a que el malo soy yo.)

Se va y sigue pasando el viento, como una bandera desolada y repetida. Decir que el viento lo ha traído este señor sería un mal final de mal cuento romántico. Por otra parte, qué más quisiera él.

27, DOMINGO

Perdido en lo que el clásico llamara “arrabal de senectud” (y no quisiera hacer un libro de citas), he aquí que encontré, hace un tiempo (y aquí sigue), un torso de mujer, viva y amante, como aquellas diosas romanas que sacaba el arado de la campiña renacentista: Lola.

Estás aquí, muchacha, madurada por las lámparas en las que te vi arder, como un resto romano (no griego, no, romano) de virgen o de estatua. En el maizal borracho de mi edad, este hallazgo, de pronto, con el que ya —ay— no contaba. Como la vida es irónica, y uno nunca olvida eso, resulta más coherente sentirse rehén de las niñas, de las adolescentes, encandiladas, malvadas estudiantes que se acercan a uno como a un árbol abroquelado de siglos, sólo por tocarle distraídamente la corteza. Pero este torso entre clásico y bárbaro, desenterrada estatua de mi propio pasado, esta mujer de perfil diseñado entre la dulzura y la crueldad, esta mujer por qué. El arado melancólico de mis tardes, cuando recorro campos, afueras de mi vida, ha levantado de entre los sepulcros este mármol moreno, este barro perenne, esta muchacha de pesante gracia. Se diría que es la estatua anónima para la gloria que no tengo. Se diría que le va su silencio al silencio de mi verdadera existencia (lo otro es ruido visual, lo que vosotros veis de mí, si es que veis algo). Y sin embargo, no. Tienen más coherencia y vigencia, ya digo, las fuentes de ahora mismo, niñas como el nacimiento de los ríos, porque el agua (que tiene la forma cambiante de la curiosidad) busca los valles hondos de la vida, y yo soy o pudiera ser uno de esos valles.

Pero la mujer, repito, esta mujer. Sólo su conducta irónica y su fluente beso le quitan solemnidad a un encuentro que, de otro modo, podría tornarse casi arqueológico, o sea, triste. Fresquísima pieza de anticuario, romanidad de ahora mismo, antigüedad de esta mañana, he aquí el trozo romano de desnudo femenino y fuerte que se erige en mis horas más apartadas.

Manos, hombros y pies grandes, como rastros de otra raza más alta, como herramientas de un Imperio que jamás ha imperado. Cabellos de entintado natural y duro, como los de una romana de clase media dispuesta a acostarse con el emperador. Un clasicismo interior y, diríamos, sin clase, hace hermosa a esta mujer, pone romanos mis días, o mejor mis noches, luce como arcilla desnuda de artesanos vencidos, en la luz dolorosa de cada tarde. A veces, sí, la veo como esa musa convencional y culona que los malos escultores monumentalistas ponen detrás o encima (o a los pies) de los grandes muertos. Yo no soy un gran muerto. Yo sólo soy un muerto que escribió algunas cosas bien medidas: la prosa es más difícil de medir que la poesía: lo dijo el poeta.

Y, por desfacer lo que de panteónico vamos teniendo ya, como pareja, la penetro una vez más, cumplidamente. Prefiero ser el robador de Europa (en aguafuerte de alcoba) a ser ese señor de los monumentos, que jamás ha follado con su ninfa de piedra.

28, LUNES

El desorden. Hay como una mano que, a días, pone desorden en nuestra vida. Uno vive, ya, abroquelado de orden, abroquelado de defensas, aunque uno pretenda vivir por libre, desordenadamente y a su aire.

Hoy ha salido uno de esos días en que la mano lívida del alba parece haberle desordenado a uno la vida, o ese modesto sistema de pesas y medidas interiores al que, ya o todavía, llamamos vida. He dormido mal, en la ciudad, con una lluvia de otoño, como una catástrofe de arpas, que debiera haberme relajado, pero no. Me levanto lleno de miedos, temores, enfermedades (teóricas), temblores e inseguridades. Algo muy parecido al terror, pero un terror deshilvanado. Me hago razonamientos minuciosos, muy científicos y muy pueriles, y hasta recuerdo a Corneille, “sólo es dueño de su vida quien la desprecia”, a fin de tranquilizarme. Pero de pronto descubro que no quiero, realmente, dejar de estar horrorizado.

El horror es una lucidez.

Barbitales, hipertensores, whisky, un poco de desayuno, inyecciones secretas (nada de droga, no va por ahí la cosa), y, al fin, lo de siempre, la vieja relajación que aprendimos de los orientales y que a mí me enseñó una señorita bellísima, cerca de la estación de Chamartín, en su apartamento, a quinientas pesetas la sesión. Me quedo extenso y con el cerebro en blanco, u ovillado y tembloroso, y al cabo de diez minutos o un cuarto de hora, una paz caliente, un orden interior se ha instalado en mi cuerpo. La nariz vuelve a estar en su sitio, el colon vuelve a estar en su sitio, y el corazón y el hígado y la aorta y el otro colon, y los que haya, y la mano lívida del alba ha sido como sustituida por una mano de oro (la mano de oro que debiera tener el día otoñal, si no lloviese). Día de temer, incluso, absurdas enfermedades venéreas. He hecho un artículo urgente para una revista, con toda la profunda superficialidad que el encargo requiere. Ahora escribo esta página de *La belleza convulsa*. La verdad es que se va quedando uno sin belleza. La verdad es que se va quedando uno en las meras convulsiones.

Cojo a la gata, que ya me huye un poco (y cómo me duele su desconfianza), para llevarla a la clínica veterinaria, como casi todos los días. Me mancho de sangre y pus en su costado derecho. Casi quisiera meter la mano en ese costado tembloroso y dolorido (mucho más que en otros costados religioso/mitológicos), casi quisiera meter la mano en la llaga y apretar dulcemente las vísceras calientes, delicadísimas y sufridas de mi gata. Camino con ella, en la cesta, bajo una lluvia que es un cielo desplomado en agua. De vuelta a casa, me seco y trabajo. El día, sí, se va como ordenando por sí solo, ya sin manos de oro ni de niebla. Las cosas vuelven a su sitio, como si tuvieran memoria.

Y lo que queda —parece increíble— es casi como una nostalgia del caos agónico de primera hora. Quizá he descrito ese caos, en la página anterior, para exorcizarlo o para ordenarlo. Pasaron los tiempos, poeta bruja, en que nuestro caos era sagrado. Ahora es sólo un humilde revoltijo doméstico (de la domesticidad interior, cuando uno no se orienta en su propia biografía, como si estuviera escribiendo la de otro con las fichas revueltas). Mediodía, silencio y soledad casi confortables. Almuerzo fuera. El caos de la mañana fue sólo una revolución abortada por las inercias de la vida. Como todas las revoluciones, ay.

Me paro a veces a considerar mi edad, que va siendo ya mucha (aunque los electros no dan mal), y la veo como una acumulación inútil de experiencias y días de lluvia. Me hablaba un poeta viejo, enfermo y amigo, de la “vida cumulativa”. Él parece creer, efectivamente, que la vida es una pirámide que nos va faraonizando geoméricamente.

A mí eso me da risa. El tiempo pasa borrando pirámides, como el crepúsculo “borra estatuas”, y no queda sino una vaga confusión de mañanas mecanográficas y tardes eróticas, más algunas lecturas. El tiempo no nos da nada, sino que nos quita. No he escrito más que memorias, en mi vida, no he hecho sino memorialismo (aunque ya dice

Starobinski que las memorias son un género impreciso que se desliza continuamente hacia la ficción). Lo dice Starobinski y aunque no lo dijera. En mi larga labor de memorialista (lo mejor es la memoria simultánea, la memoria de lo que está pasando, como en este libro, de lo que no está pasando, del no pasar nada), me he deslizado siempre hacia la ficción, y no sólo porque la memoria humana sea creadora, artista (no existe otra memoria que la memoria/artista: no hay memoria fiel, afortunadamente), sino también porque en la memoria fiel no queda nada. Nuestra vida cabe en siete folios. Hacer de esos siete folios siete mil, como Proust, es la gran proeza literaria, no igualada por nadie en el tiempo ni el espacio. La vida, admitámoslo de una vez, no nos deja nada, salvo una experiencia que sólo es aplicable a nosotros mismos (al “nosotros” que fuimos, ni siquiera al actual), y unas cuantas instantáneas de lluvia o sexo. Me paro, a veces, a considerar mi edad, y tengo la sensación de que el tiempo se ha acumulado injustamente sobre mí, como aquel cargador a quien le han dado la carga más pesada. Lo malo del tiempo no es que pese, sino que pesa inútilmente. Por eso resultan tediosos los predicadores cotidianos de su experiencia. Somos intransferibles.

Me pesa lo que no he vivido, puesto que lo he olvidado. La vida, con la depuración inversa del tiempo, se queda en peso bruto. Jamás es peso neto. No hay manera de manejarse sólo con los momentos privilegiados y las sensaciones hermosas. Todo viene a la vez, vulgar y feo, o todo desaparece a la vez, dejándonos vacíos, como si no hubiéramos vivido, pero cansados y quebrados de vivir. El gran fiasco de la vida es que el tiempo —eso tan sutil— se nos va transformando en peso, mientras que las sutilezas desaparecen. Algunos, contra eso, que quizá sólo intuyen, tienen el remedio de repetir y repetirse. Contar y cantar un momento afortunado de su vida, para que todo el mundo se entere. Son máquinas tragaperras.

Se les echa una palabra amable, convencional, y nos premian con el lote completo de sus *experiencias* mecánicas, de sus recuerdos automatizados. La edad no es un bosque sombrío y hermoso, visto a la salida. La edad es un vacío y un peso, un vacío que pesa. Lo demás son ganas de hermohear la propia autobiografía.

El presente es tozudo. El presente está ahí, aquí, como en la primera semana de la creación del mundo, es belleza convulsa que no sabemos si se consolida o se disipa. Y aquí está toda la doméstica filosofía de este libro. En vivir/escribir, por penúltima vez, la fiesta actualísima del presente, ese dragón azul y deslumbrante, que reaparece todas las mañanas, emboscado en el bosque de la edad.

FEBRERO, 1

En este día de pensamiento borrado por la niebla, en esta mañana prodigiosamente quieta y muda, como si la Tierra se hubiese parado en su eje, como si se hubiera parado el eje de la Tierra, me viene una imagen luminosa, pagana y de oro, como inventada, soñada, vivida o creada/recreada: la cabra.

Una cabra de oro, joven y rubia, parecida a la que vengo describiendo/asediando en este libro, bajo un sol que no es de esta época del año, época en que alguien ha arrancado el nombre de mi casa, hecho en hierro por un amigo forjador, y que no era sino el nombre de la niña que venía por agosto. Lo han arrancado y lo han arrojado a la piscina. Como la piscina está helada, la placa de hierro se quedó en la superficie. Luego, el hielo se ha ido engrosando y la placa está ya, asida con todas sus patas, a una capa de varios centímetros de hielo. El jardinero, el guarda y otras gentes luchan por recuperar la placa del centro del hielo, pero no parece posible. A veces, la vida semeja desconcertantemente la vida, y de estos parecidos no hay que hacer literatura, porque siempre será mala.

Unos gamberros nocturnos, o diurnos, cumpliendo sin saberlo la lógica de la historia (de una mínima y realísima historia literaria), han arrancado de la piedra el nombre de la niña que ya no volverá —ay—, y lo han arrojado al agua. Pero el agua se ha resistido, como la memoria, y ha retenido el nombre en su superficie de hielo. Al día se le nublan los pensamientos con la niebla y a mí me ilumina por dentro el recuerdo/invencción (yo qué sé) de la penetración solar en una cabra rubia, que se quedaba absorta en su ramoneo. Era como un pasar al otro lado de las cosas, a la manera de Rilke, pero más rústicamente. La cabra y yo bajo el sol que resplandecía como un anonimato.

¿La cabra? Haber violado algo prohibido, mujer, cabra o sobrina, bajo la luz ciega y total, en muda fiesta de oro, no sé cuándo, sí lo sé, haber profanado el orden natural o tradicional de las especies, haber infundido un placer y un dolor humanos en las entrañas de la cabra, haber obtenido un vértigo genital y criminal, bestial, de las entrañas de la cabra, de la niña, no sé.

Ahora, cuando miro las cabras, las veo, lejanas, como una dinastía remota en el tiempo (o más bien, sin tiempo), como un faraonismo errante y hambriento por el que fui eterno, más que clásico, en algún verano loco que hoy alumbraba por dentro de este enero de pensamiento confuso. Traspasar las especies es traspasar el tiempo y el orden del universo. No hay otro incesto que el salto de especie. ¿Yo he vivido ese salto, yo he dado ese salto, o me parece ahora que lo he dado? La fascinación del incesto es la fascinación de la libertad suicida dentro o fuera de un tiempo ordenado en elipses. La fascinación del bestialismo es la fascinación de lo femenino esencial, “lo esencialmente otro” del poeta, reconocible y penetrable en cabras, niñas y mujeres desconocidas. No coincide mi recuerdo con el recuerdo del pecado antiguo, clásico, bíblico, al evocar cabras e incestos. Está, ya digo, más cerca de Rilke (por no apearse uno de los referentes literarios), con su pasar “al otro lado de las cosas”. ¿Al otro lado de las especies? La cabra, la cabra.

Una cabeza de ninfa y una matriz de vieja. Las adolescentes también suelen tener matrices muy antiguas, y siempre es turbador llegar al sexo de una adolescente y encontrar que allí cesa el perfume de la poca edad y comienza el mito de las madres primeras o de las dulces bestias deseables. El sexo de la mujer nunca es joven. Se ve demasiado, en él, que es el origen de todo.

Rugosidad de una vagina de niña, de una vagina de cabra. Sexualidad alpestre e incestuosa del mundo. Ya no sé, en esta mañana de enero, mes con los pensamientos confusos de niebla, si he sido el amante de una niña o de una cabra, o de una cabra/niña.

Pero hay, en mi memoria y mi pupila, una lámina interior de oro y fornicación que me

sitúa, que me salva al otro lado de las cosas, tráfuga de las especies y las familias, una custodia de sol en la mañana nublada, dominical y quieta.

Los chorizos bejaranos de Pepe, el motorista, se están curando en la despensa, y los manzanos de mi jardín, allá en el campo, están pugnando, como un sueño de leche en pétalos, por florecer bajo/contra la escarcha. ¿Se mide la vida de uno en chorizos o en manzanos? En la vida siempre están pasando cosas más sutiles y delicadas que las groseras cosas que consideramos como “nuestra vida”.

La lucha con el ángel doméstico, la lucha con el ángel/brujo de la cotidianidad. Hay mañanas, madrugadas, días, en que el ángel de lo cotidiano se levanta, o no se acuesta, lleno de picos y gritos, lleno de silencios como disparos y ruido de puertas. Es el ángel custodio (éste sí, y no el odiador, de quien ya he hablado) que nos ha puesto la vida.

Mis frecuentaciones de la cabra. Mis fornicaciones en el Egipto dorado y pútrido de las cabras. Mi soledad. Y el ángel de los días, alevoso como una mujer, escapadizo como un ángel, cruzando cielos de llanto, montando guardia en los rincones más verticales del hogar. Ángeles de pasado inconfesable vienen a darle la razón. Este ángel de lo cotidiano es ante el que uno está más indefenso, no por nada, sino porque lo tenemos dentro de casa, porque hace su nido entre la pareja, como el murciélago entre dos arquivoltas, y de pronto se exhibe con su espada de lágrima y su palabra falsaria.

Uno, en años en que vivía más volcado a la calle, ya había reparado en el ángel del hogar, que aparece cuando quiere, pero uno no le había dado importancia, porque vivía uno la conquista de la vida y no dejaba que nadie ni nada le distrajera de eso.

Son los años, la vuelta sobre uno mismo, vuelta más resignada que lúcida, los que nos ponen frente a frente con el ángel de lo cotidiano. Ángel que se erige de vez en cuando (cada vez con más frecuencia, ésa es la verdad, quizá porque estamos más en casa), revolviendo en las biografías y desnudando las anatomías. Ángel que huele a uno mismo, que quizá no sea sino el poso, el tamo que uno ha ido dejando en su hogar, a lo largo del tiempo. Ángel de tamo, sí, hecho de pelusa de debajo de las camas y polvo de los libros y polilla de la ropa, ángel legendariamente traicionero, se impone ahora, cuando somos más débiles, con sus pliegues de silencio y su majestad/resignación de ángel. Habría que pegarle un tiro de escopeta, como a un pato azulón (el tiro que yo no le pegaría nunca a un pato azulón ni a ningún pato).

El ángel del hogar no es tan hortera como el hogareño grillo dickensiano, pero es más peligroso. Puede arrojar a una joven amante por la ventana, incendiar de años a una esposa o clavar en mi aorta una espada de hierro tosco y vil.

Gran cuidado con el ángel del hogar. Había aquellos Ángeles Custodios, también llamados de la Guardia, que nos protegían desde los cuadros religiosos. Con los años sabemos que es un ángel que ni siquiera llega a demonio, el ángel de la mediocridad, que tiene días de escandalera que a él le parecen gloriosos, porque es tonto, además de malo (casi todos los tontos son malos: lo contrario de la maldad, claro, no es la tontería). Ángel de los trastrueques, me cambia las cosas de sitio y me esconde las hebillas.

La lucha contra el ángel del hogar (no existe, por otra parte, y afortunadamente, el burgués y dickensiano grillo del hogar) es una lucha que nunca nos vence, pero siempre nos envilece, nos deteriora, nos descende a un mundo de botones descosidos y espejos rotos. Es, también y sobre todo, el ángel de las deterioraciones. Qué cansancio y, sobre todo, qué ahogo en gris, el ángel cotidiano.

A la salida del hipermercado, donde he comprado friskis para los gatos y whisky para mí, la niña, la niña, la pequeña mendiga portuguesa, con su carita malvada y adorable, con una muesca de sangre en el ojo derecho, como otro tatuaje. No está Gigi para retratarla.

—¿Cómo te llamas?

—Lourdes.

(Siendo portuguesa, parecería más sensato que se llamase Fátima: seguramente me está engañando, y hace bien.)

—¿Cuántos años tienes?

—Ocho.

(No creo que llegue a los siete.)

Pone una mano pequeña, sucia y limosnera. Le digo que ponga las dos y le vuelco en ellas toda la carga de monedas que llevo conmigo: monedas de cinco duros, de diez, de veinte duros, plata y oro falsos. La pequeña mendiga portuguesa, Lourdes/Fátima, me mira con un asombro oscuro y claro al que aún no ha llegado la reticencia, después de la sorpresa. Me voy antes de que llegue.

5, MARTES

Hay muchachas bordadas en mi vida. Todavía, Cristo, todavía. Como esas medias blancas, de encaje, ascendiendo por unas piernas de veinte años, yedra de nieve, sutilísima parra de hilos tenues, hacia qué centro claro, oscuro, fresco y vivo suben las medias, novias ennoviadas, como novicias que se arraciman en el racimo de oro del pecado. Es la chica de entonces, una de la que hablé ya en este libro, primer vodevil de la temporada, y su pelo de luz y actualidad vive una vida salvaje, casi obscena, por delante o por detrás de ella, la muchacha, que tan sólo vive sus veinte años primeros. La he pedido que se quite los pendientes. Porque me molestan los pendientes —mineral frío en lo cálido de la piel femenina— y porque quiero que se despoje, aquí en el restaurante, de algo leve, minutísimo, como desnudándose vicariamente para mí. Se lo he pedido o, mejor, se lo he sugerido, pero ella se ha quitado sus pendientes, valiosos y banales, y entonces he comprendido el origen del fetichismo, y así se lo he explicado a ella: “Mira, ya está, un objeto deriva siempre de un acto su cualidad de fetiche. Los pendientes, que eran una *interrupción* en la fluidez de tu ser tú, han cobrado cualidad cálida de fetiche, cuando te los has quitado: porque te has despojado de algo en mi honor, siquiera someramente (*someramente* es más erótico: el despojo total ya es otra cosa), y porque el que una mujer se quite algo, lo que sea, cuando más mínimo, mejor, constituye ya ese algo en fetiche.” Fuma mucho, Fortuna, con manos temblorosas de muchacho, y un día será la mujer/ave, contadora y lasciva, posesiva y hermética.

Ahora no es más que el proyecto rubio de todo eso y, como todo proyecto, lírica. Aquella noche lluviosa de septiembre, cuando se desnudaba para mí un ángel de William Blake. Caemos esta tarde en luces norte, en penumbras grises, y su mano derecha acaricia mi codo en punta, estira con amor —¿con amor?— mi pelo triste, su cara de cuadro antiguo y apócrifo besa mi cara y sus dos manos, al fin, se aprietan a mis botas, a la puntera gótica de mis pies, como a las ojivas últimas de una catedral de años y derrotas que a ella le asusta un poco.

Ha llenado mi hueco de una ausencia como tabaco, ha poblado mi tarde de unas huestes de humo, y el olor de esa planta, rubia como ella, que viene de un mundo joven, es ya la joven galaxia en que se mueve la ambigüedad de mis límites, sin otra referencia que sus caricias.

Sólo la juventud, con mano de ángel tardo, pone límite a este derramamiento que es la edad, contiene por un instante la hemorragia del vivir, y eso me reúne un poco conmigo mismo, como cada vez que me reúno con esta niña: veinte años de edad, mil de cultura, generaciones de ornitología femenina. La mujer, ser casual para Aristóteles y ser usual para Laforgue, vive, como las águilas, en altísimos picos interiores, sobre todo la mujer joven, y en las llamadas de esta muchacha, indirectas como el avanzar de la hermosísima pitón, hay algo de caricia y algo de muerte.

Se quitó los pendientes para mí, ya digo. La desnudez de sus orejas helicoidales (la oreja es una elipse surrealista) era como la desnudez de sus senos. Y no sólo por la razón obvia de que yo le conozco los senos, sino porque los senos no son ni más ni menos que las orejas, en la totalidad de la mujer, y desnudar lo tapado es prestigiarlo, como tapar lo desnudo. Se fue dejándome su cara de ave heráldica en mi cara de barba crecida, más que en las cárceles, en los cementerios.

Yo soy el que se encierra cada mañana, en un cuarto estrecho, a cometer un crimen. No un crimen cada día, sino siempre el mismo. Yo soy el que apuñala de palabra y de obra la realidad de trapo que es la vida. Yo, con manos de rojo, estructura de sangre, salgo al fin de mi cuarto, ya muy tarde, habiendo matado mucho, todos los días lo mismo, ese cadáver rancio y habitual de político persistente o día remoto. Yo, con filos de idioma, con ráfagas de vida y certidumbre, con puñales de alcohol y golpes de corazón embrutecido, soy el que mata a diario, el asiduo de un crimen repetido, el

culpable.

El culpable de nada, el que mata por gusto, el que se suicida en otro, el que asesina, en otros, a quien querría asesinar, porque tampoco existe. Mi tarea es matadero, un trajín con los muertos como el de los embalsamadores egipcios, que primero fornicaban con el cadáver caliente de las muchachas.

Fornicando muchachas telefónicas, entregado a esa cosa tan egipcia que es la telefonía, me doy treguas de sangre, reposos de asesino, y canto ya sin voz los viejos revisiones que me hicieron un hombre. Matar, matar a diario, apuñalar el gesto de la vida, su cretona mediocre, su actualidad de sueldo y de tipografía. Dejar sucias estrellas de sangre viva y lúcida en el cuerpo deforme de este día. Yo repito mi crimen poco a poco, entro cada mañana, con sigilo, en el laboratorio de la muerte, yo soy el Caligari de la prosa que viola muertas y enmortece vivos. Si mi palabra mata, qué he de hacerle.

Yo soy el asesino reiterado, el que vuelve a clavar sobre la herida, el que tiene un cuchillo limpio y clásico, con el mango barroco, entredorado, para llenar de víctimas mi cuarto y, al día siguiente, periódicos y libros. Yo soy ese del que no hay que fiarse.

Literatura o crimen. Es lo mismo. Aleixandre (que muere en estos días) lo dijo gloriosamente: la destrucción o el amor. Amar es destruir o destruirse. Y escribir es amar. Amar el mundo y los hombres a través de las lenguas, su fogata no extinta, como la hoguera misma, desde la prehistoria. Los introductores de Homero no saben si el poeta fue uno o varios, si sus obras se produjeron por acumulación, a través del tiempo, o las hizo de un golpe. Su ceguera puede ser la metáfora de su no/existencia. Quiere decirse que la literatura, poderío de base temblorosa, es un crimen o plagio desde entonces. Matar a Homero o inventarse a Homero. Viene a ser lo mismo. Literatura o crimen, ya lo he dicho.

Escribir es herir a primera sangre. Matar es escribir de verdad. Yo mato. Mato el mismo cadáver a diario, ya está dicho. Mato algo que he muñido yo, previamente, en días anteriores, y que va teniendo ya un prestigio de sangre. Mato la actualidad, asesino la vida en el cuerpo de offset de una chica famosa, en la prosa redaccional y opaca de un escritor forzoso, en la foto plebeya de un político con su carisma hortera de fotógrafos.

Mato el día que pasa, el día que me pasa, mato lo que me pasa. Cuarto de asesinar, de matarme a mí mismo —a quién si no—, de tomarme el veneno lentamente, como un Sócrates en pijama. Pero sigo viviendo u otro vive por mí. Y me vuelvo a matar al día siguiente. Como siempre.

El doctor Pescador (al que acudo por el prestigio heredado de su padre) me dice que tengo el electro en muy buen estado y el corazón perfecto, pero anota este remolino de sangre de mi aorta, al que él llama “soplo”, con palabra tan metafórica como asustante. Le consulto y me quita el susto, o lo intenta. Este soplo genera arritmias y palpitaciones que últimamente han arreciado. Por eso fui a verle. Tendría que dejar tantas cosas, para corregirlo, que sería como dejarme a mí mismo.

Por otra parte, Pescador no parece alarmado ni implacable con lo mío. A uno, por ser uno, le tratan los médicos con un mimo que se agradece, pero que no acaba de dejar claras las cosas. Seguiremos, pues, tirando de la aorta, como toda la vida. Y de esto hablo más líricamente (o sólo más retóricamente) en otros libros míos que estoy escribiendo simultáneamente.

Porque ha descubierto uno, con los años, esto de los libros simultáneos. Se descansa de unos en otros. No se obsesiona uno con una sola obra en marcha. Aunque quizá quien lo ha descubierto son los editores, que me encargan varios libros a la vez, todos sugestivos de hacer, y así no hay manera, claro.

En estos días se ha muerto Vicente Aleixandre. Es un poeta que echó luz perenne sobre mi juventud primera. Luego fuimos amigos. Me parece el único gran surrealista español. Me piden artículo sobre él en *El País*. La muerte de Vicente, que tenía cerca

de noventa años —yo creo que era de la edad de Lorca—, es algo más que una necrológica. Es la clausura de la luz poética, más decisiva que la solar, que nos hizo jóvenes para siempre. Ahora sí que me quedo en sombra. No sé si es por su muerte o por mi vida.

15, VIERNES

La cabra, naturalmente, es una cosa metafórica. Del periódico no me han devuelto los contratos firmados, contratos que, por otra parte, no tienen mayor efecto que el psicológico y son revocables en cualquier momento, por ambas partes. En cuanto a los libros, no he vuelto a saber nada del tema. La cabra, digo, es metafórica, porque cuando penetramos a una mujer estamos penetrando lo femenino universal (si la cosa se hace con atención), y ya da igual mujer que cabra que niña que gallina. Estamos apropiándonos de la otra mitad en que se divide la naturaleza, porque la naturaleza es macho/hembra. Los peces no duermen nunca.

Las ballenas y los ballenatos copulan durante largos meses, a través de los mares, navegan juntos, unidos. La cabra digo ahora que es una cosa metafórica porque me conviene, claro, para la decencia del libro, pero también pudiera tener más valor como metáfora que como cabra. Norman Mailer ha hecho su última novela (quizá última en todos los sentidos) sobre el Egipto antiguo. Pero Egipto está aquí. Yo vivo el Egipto de las cabras. (Ossip Mandelshtam, ruso prerrevolucionario, Rimbaud petersburgués, hablaba del “Egipto de las cosas”; acabó en un campo de concentración.) Anoche he estado en una gran muestra de acuarelas inglesas, en el rascacielos de un Banco. Los Bancos propician ahora mucho la pintura, supongo que porque desgrava. Cerca y lejos, las mujeres de la ciudad, como puertas jónicas de la pagoda del vivir. ¿Hay un jónico oriental?

El militar intelectual, el autor homosexual, el periodista ritual. Tengo que hacer de mí mismo, en el minué de la media tarde o la medianoche, como el actor hace siempre de sí mismo y jamás del personaje (el que hiciese tal, sería un mal actor, contra lo que dicen las escuelas de actores). Todo acto social es una representación, y esto que digo me suena como a Baudelaire, de modo que me encuentro a gusto en el clima baudeleriano, porque quizá no hay un hombre/nombre tan hospitalario para mí, en la historia de la humanidad. “En un acto público, cada uno disfruta de los demás” (Ch. B.). Hay quienes vienen a disfrutar de mí. Todavía es uno un modesto panal de rica miel literaria al que cien mil moscas acuden, moscas que hay que espantarse de encima casi a manotazos. Turner en torno. (Qué expresividad adquiere la cacofonía, cuando uno quiere dársela.) La aorta, mal. Tira y tira, ya lo dije al principio, como a la cabra —¿siempre la cabra?— le tira la soga cuando ha llegado al límite. Peor sería no escribir. El hombre aparece en el holioceno (Frisch) y muere, aórtico, cualquier tarde de éstas.

De cerca y de lejos, sí, la carne popular y como romana, saludable. La muchacha portátil, política/apolítica, la rubia solitaria de senos al aire, la otra solitaria inquietante de botas altas y negras. Pero yo tengo nostalgia de la cabra. Gracias a las cabras, mi muerte, en el campo, será una cosa faraónica, fornicatoria y soleada. Un buen morir toda una vida salva. Digámoslo sin connotaciones cielistas. Tras una biografía que es un martirologio de mujeres, una muerte que sea un faraonismo mísero de cabras.

La cabra es más mujer que todas estas mujeres. No sé, ya, si la cabra es para mí una metáfora de la mujer o la mujer es una metáfora de la cabra. El Greco aprende del Tintoretto, en Venecia (el Tintoretto es el pintor/bisagra que nos hace pasar del Renacimiento a la modernidad), el vértigo del vórtice, y eso puede en él más que todo Bizancio y todo Tiziano.

En Toledo, ciudad vórtice, hace la obra pictórica más elocuente y original de la humanidad, desde Altamira y antes. Lo que ahora tenemos en torno, en esta muestra de Banco y rascacielos (ha venido el presidente bancario a saludarme muy servil, ¿por qué?), no es sino un eco acuarelado del Greco, aunque esté en óleo. El Greco estaba más allá del óleo. Metía tierra y ceniza en sus cuadros, para encenizarlos de realidad/irrealidad. ¿Cómo se puede, con esta fiebre total de totalidad, hacer una cosa sensata? ¿Cómo se puede, por ejemplo, hacer una novela canónica o de vanguardia

igualmente canónica? Llega un momento en que el creador necesita escribir con todo el cuerpo y fornicar con las cabras.

Pasar al otro lado del arte, del sexo y de la vida. Pasar “al otro lado de las cosas”, como Rilke, ya citado aquí como modelo. Todavía me quedan unos días de minué social, de dejarme ver en vivo, cuando vivo tan muerto. En seguida volveré al aire salvaje y el oro de las cabras.

La cabra, naturalmente (no nos olvidemos de advertirlo, por la decencia del libro) es una cosa metafórica. Del periódico no me han devuelto los contratos firmados. Pero esto sólo tiene algún sentido aquí en Madrid. En el Egipto alpestre de las cabras, eso no significa nada. Quiero rebaños de cabras en mi entierro.

Ha vuelto a abrirseme la llaga de la cabeza. No es nada, pero ha vuelto a abrirseme. No sé si la peluquerita de abajo (de la que quizá hable más adelante, en este Diario) logrará ocultar la llaga mediante el pelo y la laca. De momento, el viento recto de febrero me corta en el corte.

He pensado ponerme un sombrero más o menos informal: los informales decimos ya “informal”, como los burgueses, para permitirnos una licencia atuendaria. Pero yo tengo buen riego, nada se me enfría nunca, y un sombrero, aunque sea de verano, siempre me hace sudar la cabeza. Luego ese sudor se enfría y es peor.

Me quedo en casa, me retraigo, no recibo visitas, me toco la llaga con los dedos, hasta que saco las uñas lacadas de sangre. Luego, en los arrebatos literarios, pensando en Antonin Artaud, que sufría cosa parecida (ya se ha dicho), busco un abrecartas —yo no tengo puñalito damasquinado, como él, porque para eso hay que ser pobre, y Artaud era un pobre muy rico—, me rasco la llaga con el abrecartas, obtengo más sangre y más placer, y finalmente me duermo leyendo a Manganelli. Cuando despierto, la llaga se ha hecho una costra, me peino sobre la costra, me doy laca, y, seguro de mí mismo, me ducho, me arreglo y elijo entre las fiestas que me anuncia mi agenda.

La agenda tiene poca imaginación y siempre propone lo mismo: cenas high/high o bailes navajeros. Pero necesito salir a la calle para curarme la neurosis de la llaga y otras neurosis (suponiendo que no sean todas la misma).

En la calle, naturalmente, este viento de febrero, que es la distancia más corta entre dos puntos frígidos (y no álgidos, que es todo lo contrario), me despeina en seguida, con lo que la señal de sangre, abierta, reciente y fresca, vuelve a ser un escándalo. Estoy en la Embajada alemana, fortaleza berlinesa que conozco bien, levantada sobre un palacete de la Castellana, de cuando la Castellana miraba a Viena, de modo que voy a los servicios sin preguntar a nadie y vuelvo a peinarme cuidadosamente.

Pero una actriz alemana se da cuenta del fraude y, llevándome aparte, entre el mármol de búnker y el cóctel madrileño y ligero, me lo confiesa en secreto:

—Usted, Umbral, lucir/llevar herida fuerte muy herida en la cabeza atrás sí yo haber visto, usted curarse, hacerse curar, pardon, usted, está en peligro de hemogagia, usted...

—No es nada, señora, casi todos los españoles llevamos un agujero en la coronilla. Nos lo hicieron los alemanes, cuando vinieron a ganar la guerra con Franco.

—¿Decía usted gega español, oh?

—Vale, tía, de nada, yes.

Dentro del Alfa se nota menos la llaga de la cabeza. En casa, me acuesto y duplico los somníferos para olvidarla. ¿Habrà llaga mañana? De sobra sé que sí, porque siempre dura varios días, incluso semanas.

Lo que pasa es que la llaga, a los pocos días de soportarla, me rejuvenece, es un llevar el pensamiento abierto y sangrante, fluyente, y hasta me parece que escribo mejor. La estatua románica me acoge en su retiro y besa con besos de piedra (que le dejan un curioso rouge en la boca) mi llaga sangrante.

La joven/intelectual/actriz/periodista/marxista/psicoanalista gusta de confundir la sangre

menstrual de su sexo con la sangre de mi llaga, allá por su apartamento, donde la M-30 es un desierto vertical de rascacielos y una circunferencia inmensa y sola en su populosidad de automóviles.

—Si quieres me afeito la cabeza —le digo—. Entre mi pelo y tu vello, esto es un jaleo.

—No te tomas nada en serio, cabrón, ya no me amas.

—Tú te afeitas el coño y ya está, todo más fácil.

La aristócrata con cabellera de piano y gran cuerpo medicinal, dice que va a buscarme unos polvos que conoce, de los laboratorios de la familia, para cicatrizarme la llaga.

—Es que verás, Dolores, no está muy claro que yo me quiera cicatrizar la llaga.

—Eres ya un poco mayor para andar por ahí de poeta maldito.

—Vete a la mierda.

—Bueno.

Pero todas han metido su mano en mi llaga y han creído, todas llevan las manos manchadas de sangre y de semen, enguantadas de mí.

Que digan lo que quieran.

La llaga ha vuelto a abrirse y puede que ni siquiera reseñe aquí, en este Diario, cuándo se cierra. La llaga es ya una cosa cotidiana.

El horror es lo que más fácilmente se cotidianiza.

Estoy follando, de madrugada, con una de las tres, o con las tres, y siento fluir la sangre dulcemente. A lo mejor, lo que fluye es el sueño. En todo caso, me quedo dormido con un dormir rojo.

16, SÁBADO

La peluquera de la esquina. La peluquerita de la esquina. Delicias de lo cotidiano. "Primores de lo vulgar." Bajo dos o tres veces por semana a la peluquería de la esquina, a que me laven la cabeza. Es una peluquería de señoras, pero me admiten por razón de vecindario o por no sé qué razón. Hoy me ha tocado una chica entre las chicas, ella, adolescente, esbelta, bellísima, aún con cierta inarmonía de la edad en la armonía de su cuerpo. (No dice nada de la llaga.)

Rara vez me lava la cabeza esta niña, que ni siquiera sé cómo se llama, pero que siempre me saluda dulce. Hoy le ha tocado. Hoy, mi cabeza se ha desprendido del tronco, ha volado entre sus manos como alas. Busco en la peluquería relajamiento, del que estoy tan necesitado, casi más que adecentamiento. Cierro los ojos y les dejo, las dejo que hagan sus cosas. Suelo salir de la peluquería sin pensamientos.

Hoy, sí, me ha tocado la maravillosa adolescente que nunca me toca. Y mi cabeza se iba y se iba, hacia atrás y hacia arriba, en las alas leves de sus manos (como esas alas de los cascos mitológicos, pero sin mitología). Qué levedad de manos, qué contacto largo y suave de sus dedos delgados. No ha sido más que eso. Ya, para el secado, me ha tocado otra.

Era la ninfa de no sé qué mitología, que me arrancaba dulcemente la cabeza del tronco, que sumía mi cabeza en un mar superior de espuma y caricia. Las manos de la peluquerita, sin saberlo y sin quererlo (pero las mujeres, aún niñas, lo saben todo), me han lavado de obsesiones, precisiones y pasiones. Las manos de la peluquerita se han demorado en la caricia involuntaria de la espuma, los geles, los champúes, el agua, ¿está muy caliente, señor Umbral?, no, hija, está muy bien, pero la verdad es que me estaba abrasando. Y el abrasamiento contribuía a ese descabezamiento que otro, más dado a antigüedades, hubiera relacionado con la cabeza del Bautista y todo eso.

Yo he dejado mi cabeza, tan cargada de malas ideas, que ni siquiera sé si son ideas o intenciones, en las manos largas y adolescentes de la peluquerita, y la cabeza se me ha hecho ligera, volátil, con alas de manos, y el caso es que la dulzura de la niña era más enérgica, en el lavado, que la mano indiferente de otras oficiales. La belleza siempre es más eficiente que la mediocridad.

Ni libro, ni artículos, ni cabras, ni proyectos ni obsesiones. Una cabeza vacía, con melena de espuma, en las manos de una niña eficaz y delgada. Me he enamorado de la peluquerita mientras me lavaba la cabeza. Lástima que la cosa no haya seguido con el secado. La amo. Ya comprendo que es una especie de novela rosa esto de enamorarse de la peluquera de la esquina. Tampoco quisiera que este libro resultase lleno de idilios y amores difíciles o fáciles, pero lo de la peluquerita es que ha sido una experiencia lírica e infrecuente. He dejado entre sus manos mi cabeza pesada de memoria y calavera. Y ella me ha vuelto leve la cabeza, me ha dejado el cráneo ligero, lleno/vacío de pensamientos vanos y bellos y rosa. La amo.

Sé que tardará mucho en volver a tocarme el turno de la peluquerita, pero casi lo prefiero. Temo que se estropee, con la asiduidad, esta experiencia, esta secuencia, esta cosa. Lo comercial y profesional del evento no le quita encanto al incidente, al pequeño incidente interior, sino que se lo añade. Ella lo ha hecho porque es su trabajo (aunque yo me obstino en adivinar en ella una complacencia especial e imposible). Mejor así. Ella trabaja y yo sueño. Ella lava y yo vuelo. Ella cumple y yo muero.

No sé si volverá a salir en este libro la peluquerita.

20, MIÉRCOLES

El tonto. Hay que dejarse llevar por el tonto, porque el tonto también es belleza convulsa, y todos tenemos un tonto en nuestra vida.

El tonto es el ángel custodio de nuestra propia tontería, que ante los demás escondemos, pero que ante el tonto dejamos suelta y boba. El tonto es saludable porque nos purga de tontería. No creo que otro sentido tuvieran los bufones de los reyes. Al bufón no lo inventa el rey, claro. El bufón es una constante, una contrafigura del hombre privilegiado, y quizá de todo hombre. El tonto somos nosotros por el revés.

Echo la vista atrás y veo que en mi vida siempre ha habido un tonto, que ni yo mismo sé por qué lo he mantenido como amigo (nada de humillar al tonto/bufón, claro, como hacían los reyes tontos). Ese tonto, que se ha ido renovando, como hace poco dije en este libro que se renueva el enemigo, soy siempre yo por el forro, y el tonto me sirve, nos sirve para desaguar lo que no tenemos de listos, que siempre es algo.

El tonto, la mendiga, la cabra. Fatigado de racionalismos, sólo le arrastran a uno, ya, los caminos que pueden llevar al otro lado de la inteligencia, al otro lado del sexo, al otro lado de las especies.

La ninfómana cumple su función de ninfómana, obligándome a un rendimiento sexual que mi edad ya no da, pero que lo da mi huida de las edades. La cabra me enseña que el sexo es la eucaristía universal de las especies, por la que comulgamos unos con otros. La mujer es mucho más que la mujer. Lo femenino es un redondel más amplio. El tonto es mucho más que el tonto. El tonto sabe que es tonto, con lo cual ya no es tan tonto, y me lleva de la mano, y yo me dejo llevar, a los paraísos rientes de la tontería, donde hay adivinaciones obvias que aparecen como mágicas, porque las ha hecho un tonto. Lo que en otro sería una obviedad, en el tonto es una genialidad.

Todo depende de quién diga las cosas.

Mediten ustedes y verán que en su vida siempre hay un tonto, un tonto al que creen que soportan, pero que en realidad está ahí porque ustedes quieren: sería tan fácil ahuyentar a un tonto, a un pobre tonto. El tonto, naturalmente, nos hace más listos, como al rey le hace más poderoso, y más sabio, pero no es por esta burda razón por la que mantenemos al tonto. El tonto es la cuarta dimensión de nuestra vida, una forma de genialidad inversa, y siempre gusta tratar con la cuarta dimensión.

El ángel tonto, el ángel de la tontería, nos lleva de la mano a las regiones sosas, inéditas y felices en que habita o que le habitan. Hay que dejarse llevar por los tontos, por las niñas mendigas y por las cabras. Está uno en una edad, escribiendo este Diario sin días, en que sólo le conmueven ya las transgresiones: lo que se sale del tiempo, del espacio o del sentido común. Hay escritores del sentido común y escritores de la tontería genial, de la genialidad tonta. Éstos son los míos.

Los escritores del sentido común, de la sintaxis previsible, me abruman con sus libros y escritos. Quiero alguien que me haga de puerta para pasar a lo imprevisible. Sólo vale la pena hablar de lo que no se entiende, escribir de lo que está más allá de la escritura.

Libro de amantes, de tontos y de cabras, este que hago, libro de ángeles colganderos, llagas secretas, y ojos perdidos, aortas aortizadas, libro de deflagraciones y alucinaciones. Más alguna meditación literaria que va por el mismo camino. Lo demás ya está todo escrito (por mí y por otros). Hay una edad en que se pasa al otro lado de las cosas o es mejor dejar de escribir. Hay una edad en que se tienen relaciones con una cabra o es mejor dejar de fornicar. Hay una edad en que se tiene un amigo tonto, que es el único que puede salvarnos de todos los listos y listillos que revientan de whisky por Madrid. El tonto, sí, puede que sea nuestro ángel bueno.

Se aprende más de un tonto inspirado de tontería que de todos los inspirados oficiales. En este momento viene el tonto y me toma de la mano. No sé a qué reinos de tontería me lleva.

Pero ya estoy fuera del mundo. A salvo de mi sensatez. La sensatez es la forma más

peligrosa de la arterioesclerosis. A lo mejor el tonto quiere que pisemos juntos el hielo hoy frágil de la piscina, hasta hundirnos.
Porque el frío es la lucidez del tonto. Y —ay— la mía.

25, LUNES

El demonio es la fiebre. Uno siempre ha creído que los grandes y pequeños mitos generados por cada religión, o que la generan, son imágenes y experiencias tomadas de la vida común de los hombres, pues sólo así podrían lograr entendimiento entre ellos. No hay otro fuego que el fuego de la fiebre.

El demonio de la fiebre, esta fiebre del demonio, demonio y fiebre, que son, ya digo, una misma cosa, me ha cogido estos días, claro, y por eso estoy escribiendo de ello. Por la fiebre sabemos lo que el demonio tiene de aburrido, de casero, de doméstico, de reiterativo. El demonio no es fascinante, como en las religiones y los teatros, sino mesacamillero y tedioso.

Echo mano del termómetro, que es el crucifijo que se utiliza contra el demonio de la fiebre, y lo voy exorcizando poco a poco. Pero el demonio/fiebre está aquí “enredado conmigo en lucha hermosa, como un fuego con su aire”, que dijo Juan Ramón de un dios en el que tampoco creía, como no creo yo en el demonio. Sólo la fiebre (y no digamos las fiebres altas) ha podido dar a la humanidad y los escrituristas la idea de demonio, incluso la idea de Infierno. Aunque esto que yo padezco ahora no sea más que un infiernillo. Una cosa casera para calentarse/enfriarse los pies. Para calentarse la cabeza.

La fiebre, efectivamente, aunque sólo sean unas décimas, nos habita como un intruso de leve llama, o, más bien, como un yo *otro*, y a la otredad es a lo que hemos llamado demonio.

Los antiguos, que no sabían que el hombre se parte naturalmente en dos, como las nueces, llamaron daimon a la otra mitad, o a ésta, es lo mismo, y, así, todos han tenido su Daimon, con mayúscula, de Sócrates al insufrible y dorsiano Goethe.

El que no tenía su daimon no era nadie. Pero el diablo no es sino nuestra otra mitad, o ésta —ya digo que da lo mismo—, y lo que pasa es que la fiebre, el dolor o el placer vienen a subrayar estas separaciones, a potenciar una de las dos mitades, para bien o para mal, y entonces es cuando nuestra mitad psicológica (e incluso física, como aparece en todas las Historias Naturales) adquiere caracteres de *otro*, de desconocido o intruso al que hay que dar un nombre: Diablo. Los posesos medievales estaban poseídos de sí mismos, tenían el cuerpo poseído por la cabeza o a la inversa. La fiebre es una posesión del cuerpo por el cuerpo, de modo que la cabeza asiste, lúcida y cansada, a este combate del ángel que todos nos creemos con el demonio mortal que todos somos.

Fiebre. Días de estar en casa y, por tanto, de convivir mucho con los gatos, que el vulgo considera diabólicos, y llamo vulgo a todo el que no tiene un gato, o lo sustituye por un perro. Nada de diabólicos. Los gatos son angélicos e infantiles hasta la muerte. Si Picasso dijo que los toros son ángeles con cuernos, uno diría que los gatos son querubines con bigote.

Pero la tradicional connotación diabólica del gato viene a poblar de gatos mi diabólica fiebre, mi fiebre, que no es sino la metáfora inversa del diablo. Pienso que morir con fiebre es ya morir en el infierno, sabiendo lo que le espera a uno. Morirse sin fiebre tiene que ser morir fresquito, como echarse la siesta en verano, en la habitación última y oscura de la casa, dormir un rato y morir otro rato. Desde la cabeza relativamente clara, ya digo, veo cómo el cuerpo y el demonio, el ángel y la bestia, la salud y la fiebre se enlazan y combaten, sí, como un fuego con su aire.

Ahora, el exorcismo contra el demonio milenar de la fiebre es una aspirina. O un antibiótico. Pero, ida la fiebre (que supongo que se irá pronto), nos queda ya en la carne, para siempre, la experiencia y la marca de un fuego que no es de este mundo, y que se engrandece en la memoria: de esta memoria del fuego, del propio fuego, nació, seguramente, el mito del Infierno y sus demonios.

Nadie inventa nada a partir de nada, y menos los parabolistas y teologistas, que sólo

son eso y ni siquiera poetas. De modo que el demonio lo inventarían a partir de la fiebre, o de la simple visión exterior del fuego, como el ángel a partir de la adolescente y Dios a partir del más anciano de la tribu. La fiebre, pues, me recluye en un juego elemental y primitivo de mitos y de signos que tiene uno de sobra descifrados, por lecturas y por sentido común. La fiebre —el demonio— es una regresión. El demonio —la fiebre— es un aburrimiento: y he aquí la naturaleza más misteriosa y peligrosa del demonio real y verdadero: el aburrimiento.

MARZO, 1, VIERNES

El jardín es un solo ángel, frío, inmenso y verde. El jardín me ha acogido, llegado yo de la ciudad, con sus plumas heladas y con sus alas verdes, que incluso ahora en invierno llenan, o casi, el cielo. O quizá sea el jardín un pájaro que ignoro, un águila que espera al final de mi vida, ave de inmenso vuelo que ha descendido un día, con todo el cielo escarchándole las alas, a beber en el agua dura de la piscina.

El jardín me ha acogido, llegado yo de la ciudad, enfermo, penultimado y sombrío, como una sola presencia, ya digo, casi como una persona, como un gigante verde, como una unanimidad. Tanto tiempo de jardín, tanta prosa de jardín, en la prosa y en el jardín, y sólo esta mañana, de llegada, bajo un cielo sin cielo (que se ha ido hacia otros climas, dejando en su lugar un alto lago triste), he descubierto que el jardín es una sola cosa, árbol o águila, ángel o leñador inmenso, ave.

Me he sentido abrigado en sus alas tan frías, me he detenido en su maternidad/paternidad, como en un panteísmo doméstico, momentáneo y breve, antes de entrar al calor de la casa. El jardín es un ángel a la puerta de mi casa última, pero un ángel tan grande que me tapa la casa. Una deidad forestal, más que una foresta. Un cóndor fabuloso, aleteante y caído, amigo y frío, que levanta de pronto su cabeza de cielo. Tiene lentas pupilas de plata en la mañana, de oro frío en la tarde, unas pupilas altas y cambiantes que me miran morirme por encima de mí.

Jardín es variedad, amenidad. Pero hoy he asistido, o me ha cogido por sorpresa, a la aparición del jardín como criatura entera. Águila que ha hecho nido en un jardín, ángel que aquí fornicaba con un águila, gigantesca presencia silenciosa con su vida interior de viento, lluvia, de tormentas de febrero y noches hipnotizadas por la luna.

Como ave o potestad que yo tuviese atada a algún sitio por la pata. Como paloma verde cuyo tamaño ya se me ha perdido. Es una cosa muda, con alas que ondean frío, posada sobre mi casa en protección hermética. Todo el jardín se inclina sobre el agua, y por eso sospecho que ha venido a beber.

¿Ángel?/águila buena, sus alas me esperaban al final de los tiempos. No sé qué es el jardín, le desconozco al pronto, lo miro todo el día en su cuerpo de rama, en su cara de ave, en su vida de viento, en su hoguera de lluvia. Protegiéndome.

2, SÁBADO

El ángel electrónico hoy ha entrado en mi vida. Me mandan las galeradas de un libro mío, y ya no son las galeradas tradicionales, impresas, entrañables como un libro deshojado, sino la escritura morada y tenue, en papel interminable, como de la propia musa que escribiese a máquina, tornada también en mecanógrafa (y pienso si las mecanógrafas no son la corporalización contemporánea y burocrática de las detestables musas de ropero bajorromántico, con ventaja para ellas y nosotros). Todo esto lo ha escrito un robot, una musa/computadora, un cerebro descerebrado, y la mayor lucha y la más convulsa de mi vida, ya, es la lucha con el ángel/armadura de la informática, que quiere ponerle espada estadística al viejo pensamiento de Montaigne y a mi prosa adjetival, aórtica y humilde. Al fin, el ángel electrónico ha vencido, o digamos que me ha ganado un round, y aquí estoy, ante una pila de papel taladrado y tinta malvarromántica, como de un Juan Ramón de hojalata, teniendo que hacerme a la idea de que eso también es mi prosa, de que ése soy yo, el escritor que quería llegar a ser, no un prosista de café ni un poeta de chopo aislado, sino el que alimenta los altos hornos de la electricidad informativa, unas resmas apiladas, como de ocho centímetros de alto, donde tiembla y se deslíe el clásico/romántico que a esta edad ibas a ser, cabrón.

Me conforto pensando que es sólo una victoria provisional, la de la máquina, e incluso pienso en dejar la Olivetti y volver a escribir a mano, venciéndome la artrosis, el pulso y la pereza. Ya hace un tiempo, quisieron los del periódico ponerme un robot en casa, que yo hiciera esa escritura que impersonaliza la escritura, que proyectase mi pensamiento, como un cine, en la pantalla de irritante gramática y de brillo. Nunca ha llegado eso, pero estoy ante mi primer libro cibernético y el viejo caballero de la pluma, que yo creía que ya no me importaba, ha tenido un infarto en mi interior de corazón que aguanta. Siempre he pensado que seré el robot de 2001, que, cuando lo destruyen, muere cantando la cassette que le había metido el que lo hizo, una balada del Oeste, y su voz sin cerebro se va enlanguando, ensanchando y estrechando, como la de un terrorífico borracho, desfigurando la balada hasta la muerte.

Yo soy, sí, aquel robot, yo moriré cantando, fracaso de hojalata, cualquier balada en prosa, o recitando cualquier texto humanista y viejo, mientras una terminal informativa ocupa mi sitio. El Lejano Oeste es la *Ilíada* de Estados Unidos, su humanismo, y ya es sólo una cinta grabada que patina y se apaga, mientras la guerra de las galaxias se enciende sobre nosotros, y a la luz de esa guerra corrijo pruebas en un papel continuo, en una escritura que es como el reflejo incierto de mi escritura en el pequeño lago que es ya el cielo, nuestro cielo terrestre y bien visible, recortado de cifras, aparatos y armas. El ángel de hojalata, con falsa inteligencia repetitiva, tiene cara de Reagan, tiene cara de Einstein, tiene cara de empresario, tiene cara de qué, no tiene cara. Los editores de antaño se me aparecen como clásicos romanos, como bustos patricios, y las viejas galeradas como un billete romántico. La musa cifrada tiene cara de Apollinaire, que me lo recuerda: "Teme, oh querida, el día en que un ferrocarril ya no te asombre."

El oro y la sangre. La mierda y la música. Hay el día en que uno comienza a defecar sangre, y no le gustaría morir por ahí. Pero se muere. Uno es el que ha fornicado con sus sobrinas, con sus cabras, con las enfermedades más antiguas y nobles, y quisiera morir dando oro.

Hay tantas bocanas para la huida, para la muerte, el hombre está tan abierto al mundo, a la nada brillante y absorbente, que lo que no se comprende es cómo no hemos muerto ya. La defecación sangrienta es una nobilización del defecar. La sangre que sale por abajo es más humilde y sensata que la sangre que sale por arriba.

Los héroes se mueren sangrando por arriba, boca o corazón. Los antihéroes nos morimos sangrando por el culo. La retención freudiana del oro fecal es una cosa que no

me dice nada. Sólo acepto la literatura como literatura. No rebajada a ciencia. La sangre de la boca es sangre retórica, sangre de la tuberculosis lírica de Goethe, o alguien así. Todos los grandes han sangrado por la boca. Supongo que también por el recto, pero eso no se dice, no se escribe. La Historia es un tratado de Estética. La Estética es un Tratado de mierda.

Estoy contento de sangrar por donde sangro. Esto me hace visible mi final. Prefiero un final claro, plástico, deleitable, a ese final oscuro y silenciado de quienes llevan un negro serpentón anudado a la aorta, y no lo dicen. Hay que morir cagando como un hombre.

21, JUEVES

He llorado en silencio sobre un oro de niña. Ha venido esta mañana, mañana de domingo, en un fragor de padres y de perros. He llorado en silencio, he llorado por dentro, como cada vez que la vida, ya, me aproxima casualmente uno de estos sagrarios del vivir, una lúcida adolescente de oro y prisa.

Son sagradas, por Cristo, son sagradas, toda la relojería pueril del Universo, que tanto asombraba a Kant, a Rubén y a otros asombradizos, todo el equilibrio de sol y sombra que es este planeta, da de pronto lo sagrado, gratuitamente, ya que lo sagrado no está en ninguna parte ni hay nada que sacralizar, salvo el instante mismo de vivir. Me gustaría no ser tan consciente del idioma para poder decir que “he llorado de impotencia”. No impotencia de que tanto tiempo nos separe, claro, sino impotencia de sentir que sí, que el Universo ha acertado con lo bello, con lo mejor, y no sabe para qué, ni sabe que ha acertado.

Ese pelo de arboleda marina, esos ojos donde la intención puede siempre a la atención, ese rostro de niña donde ya entró la vida, esa piel de un color atardecido y jovencísimo. Ya no recuerdo, y viene a ser lo mismo, si alguna vez he tenido eso. No lo he tenido pues que no lo tengo. Si lo tuviese, ay, tampoco lo tendría. Esas manos de niña dedicada, esos pechos tan sueltos, casi alpestres, ese cuerpo tan sólido y tan leve.

Lloro de gratitud —de gratitud por qué, por quién, a quién— cuando una niña así me pasa cerca, cuando viene a mi casa en el minué social. Y sé que no he vivido: lo sabía. Violentar ese color de té inédito, ir desgarrando esos perfumes naturales, nacidos de la piel sin intención, besar en esos pies que ella se ha descalzado para que un perro de la casa se los vaya lamiendo. Ser ese perro, profundo de sabores, a quien la niña sabrá largamente a piel y caminata. No he vivido, me digo, no he vivido.

Relicarios de nada, cepos dulces del cielo, golpes de actualidad en tanta luz, estas niñas recientes, esta muchacha de hoy, me llenan, me ha llenado de llanto duro, tierno y rencoroso. Una acumulación casi violenta de vida y de presente. La vida crea belleza y no se entera. Mitologías de barro, infinita crueldad de lo antaño inasequible, de lo hoy inasequible nuevamente, de lo siempre inasequible, porque el amor es sólo la intención de capturar una palpitación del doble pecho, que sigue palpitando para nada.

La belleza es convulsa sobre todo, lo digo y lo repito en este libro, porque se agota en sí, es su propio fin. Han ardidado los siglos haciendo de la belleza teología, o norma de la vida, o alegoría del bien, toda esa horrible ferralla pensatriz. La belleza es belleza por inexplicable. La teología o la filosofía harían de ella un enser.

Se resiste, y hace bien, a ser un apero teológico, un bien o un mal. Y no sólo la belleza, claro, sino esa capacidad de condensación que tiene el mundo para espesar la piel de una muchacha: adolescencia, palabra insustituible en castellano y más bella que en cualquier idioma. Palabra clara y ondulante.

Cuando sabemos de sobra que no hay nada sagrado, lo sagrado pasa junto a nosotros, o posa delante de nosotros, sagrado por inútil, por tan vuelto sobre sí mismo como está esta muchacha, biografía/biología cerrada a las corrientes submarinas que a nosotros nos llevan. Había ya en su piel (me lo dicen los ojos, ni siquiera la he rozado) el calor de los establos del cielo, o sea la primavera que llega, antes que a los astros, a un vientre de muchacha, a una hondísima piel vuelta hacia afuera.

Y me he ido al último cuarto de la casa, aunque por todos asoma ya lo verde, y me he cerrado mucho, tembloroso de la cercanía de lo sagrado. Lo sagrado siempre está cumpliendo diecisiete años.

O sea que me fui a la cama. A media tarde me metí en la cama. Nada existía, yo no existía para las cosas, opacas como nunca, que no me reflejaban, y no digamos los espejos, que son los que se vuelven más de espaldas al que de pronto se ha quedado sin rostro.

El mundo no es que no tuviera sentido, que no lo ha tenido nunca, sino, más bien, lo que pasaba es que el sentido (suponiendo que el sentido fuera yo, o yo quien podía dárselo) no tenía mundo. No había referentes ni botellas de cocacola en la casa. La tarde era una planicie alumbrada por un sol sin luz, o, peor aún, por una luz sin sol, que venía de ninguna parte.

Y me metí en la cama porque no soy de los que parten una taza cuando les va mal. No soy violento, en fin. Pasa, me parece que tenemos más vida que biografía. De pronto, la biografía se acaba y la vida sigue. Ya no hay nada que decir, nada que hacer, ya no hay con quién citarse, el teléfono es una ruina romana, los libros son un farallón que me rechaza. Hay que meterse en la cama, como en la tumba blanda de tierra blanca de playa, con agua de sueño, por desaparecer.

Y me metí en la cama, en la penumbra, y me metí en la cama a media tarde, ya lo he dicho, porque no había mundo en que vivir y por evitar, al mismo tiempo y contradictoriamente, o no tan contradictoriamente, por evitar el mundo y sus llamadas, que la vida se sabe nuestro teléfono.

El sueño no es una metáfora de la muerte: eso es un tópico. El sueño, fisiológicamente, es una muerte atenuada y transitoria. El sueño está lleno de sueños, y sólo eso le separa de la muerte. Uno se mete en la cama, a veces, a media tarde, para morir, aunque sepa que luego va a despertar. También los que se mueren, mueren creyendo que van a despertar. Y en la penumbra fresca de la alcoba, que no era ausencia de luz, sino ignorancia de la luz, como si siempre hubiéramos vivido a palpas en este planeta, en la casa vacía, en el torreón de nada adonde no llegaba la ciudad con su grito de auxilio, de pronto se hizo un gato.

Una gata.

Apareció la gata, nada inesperada, por otra parte, pues que casi siempre duerme conmigo, cuando duermo. Y en seguida el gato. Pero no era como otras veces. La gata, metiéndome la cara, suavemente apoyada en el embozo de la sábana, era de pronto real como la electricidad, como la velocidad (y se estaba tan quieta). Luego el gato lo mismo, sí, ya digo. Dos envíos de la vida, dos mensajeros silenciosos del siempre, eléctricos de mensajes mudos, fosforescentes de presencia.

Me miraban despacio, esperaban mi sueño para dormir ellos. Quizá ya he dicho en este libro que a veces, saciados, me piden más comida, porque lo que me están pidiendo es comunicación. Ese algo que es más que la comida, y que yo les doy cuando comen. También el sueño, mío y suyo, es comunicación entre nosotros.

Han aprendido de mí a saber que ellos duermen. Recuerdo las novelas de Tarzán, cuando la infancia, y un sueño de Tarzán en que cree que un tigre le devora. Se despierta aterrorizado. No distingue aún la realidad del sueño. Otro día, ante otro tigre, le deja hacer porque él ya sabe lo que es el sueño. Pero el tigre es de verdad, Tarzán no está soñando, y sólo la sangre le hace despertar de su sueño despierto. Creo que es el mayor acierto de aquel libro infantil de Edgar Rice Burroughs. Mis gatos, a veces, también se despiertan sobresaltados por lo que soñaban.

Ellos no son Tarzán. Ellos, evidentemente, son el tigre. Pero el proceso es el mismo. Algún científico me ha dicho que por los sueños del gato, los más complejos después de los humanos, se estudian los sueños del hombre. A mis gatos, durmiendo con ellos, les he enseñado lo que es dormir.

Y aquella tarde, en fin, en aquel planeta devuelto silenciosamente a su mineralidad, con mi cuerpo también devuelto a una mineralidad sin siquiera la emoción estética (que tanto me hubiera gustado) de una ruina cultural, los gatos fueron gatos con evidencia y relieve de dioses silenciosos del vivir. Qué evidentes, sí, me los hizo la nada de la que emergían. Les había olvidado. Qué precisadamente gatos —él de oro, ella de pluma blanca— cuando el vivir se había retirado de la vida.

No recuerdo si nos dormimos los tres, como otras tardes, o si me espabilaron ya

definitivamente. No diré que me devolvieron la gana de vivir, porque es mentira y porque eso les convertiría en gatos redichos de fábula animal. Sólo aquel relámpago de ojos, aquel esbelto azufre fue verdad en una tarde como una gran resaca. Fueron gatos y dioses porque no había nada más que ellos. Una llamada humana, una visita, me habría hundido más en la nada convencional, o habría hundido esa nada en una nada real. Los gatos, existencia completa, estilizada, neta, rayo apacible, ojos de mineral inteligente, fueron mis dioses, un momento, antes o después del sueño.

25, LUNES

Por ejemplo, el hígado. Aquí está el hígado, dentro de mí, trabajando como una turbina. El hígado, que ha tenido en sí el alma, el hígado, que el poeta llamó “abuelo del corazón”, el hígado, oferta sagrada de los primitivos —tan sabios— a los dioses.

Aquí está mi hígado, que ha cumplido siempre como un obrero de la Perkins (no creo que mi cuerpo/alma sea mucho más que una Perkins metafísica, oh). Aquí está mi hígado, silencioso y misterioso, haciendo sus labores de retorta y alambique, callado toda la vida, como si no fuera la máquina del vivir, la inteligencia del cuerpo (el cerebro sólo es la inteligencia de la inteligencia).

A estas alturas de la vida, de la muerte, el hígado no me ha dado ningún disgusto, no me ha punzado nunca, no ha exigido sus derechos —¿qué derechos?, el derecho al dolor, el derecho a doler—, y ha estilizado delicadamente alcoholes y violencias. Pensamos poco en nuestro hígado, porque las religiones nos han enseñado a pensar en el alma, la conciencia y otras fantasmagorías. Pero uno aconseja, modestamente, diez minutos diarios de meditación sobre el propio hígado, que es la piedra blanda y filososal del vivir.

Meditar sobre la mente —la famosa MT actual— es una pijada que consiste en anular la mente. Meditar sobre Dios o la existencia es hacer religión y perder el tiempo. Meditar sobre el hígado, en cambio, es algo que el hígado, delicado como una zanfoña, callado como un dios, agradece mucho. Si el hígado está enfermo, mejora cuando se piensa en él. Si el hígado está sano, como el mío, qué menos se merece que una meditación de gratitud (meditación que hoy escribo y otros días no), tras medio siglo de trabajar en la sombra, con un nombre ni siquiera bello, fabricando toda la estilización del ser, del sexo al cerebro, “en su oficina”, como diría un clásico.

Nos malearon, ya digo, creándonos la mala conciencia de la conciencia. Porque la conciencia no existe, había que hacerla existir creando una conciencia —naturalmente mala—. Nos malearon enseñándonos a pensar en ángeles violentos y almas inmortales. A cierta edad, uno aprende que sí hay algo íntimo, milagroso y eficaz en lo que debemos meditar un poco todos los días: el hígado.

Es la máquina afinada y atea de nuestro vivir, es el instrumento musical que toca al fondo de nuestra felicidad, como un zíngaro discreto, es materia pura, por más que los clásicos quisieran sacralizar su hígado y el de sus animales.

Tan solo como me voy quedando, necesito un dios visceral a quien agradecerle tanta vida, y he aquí que he encontrado el hígado, proletario, ya digo, como un obrero de la Perkins, solitario y eficaz como un poeta conceptista que, él solo, ha imaginado y puesto a vivir la barroca máquina del hombre. Amo a mi hígado desesperadamente, gato interior que jamás me ha arañado, ronroneo del vivir que no percibimos, y sólo quisiera que, en el momento de la autopsia, me dieran a besar mi hígado para decirle “gracias, cuánto has trabajado, hermano, qué putas las hemos pasado, tío”.

Nada tan conmovedor, en el silencio de la madurez, como el silencio autogestionario del hígado.

30, SÁBADO

La lluvia se ha llevado el miedo. Anoche sonaron ruidos por la casa aislada y sentí miedo, aunque lo que más me apetece ya, en estos casos, es dormir y esperar. Pero ese miedo concreto, exterior, objetivado, se llevó por unos momentos el miedo en que consisto, el miedo interior, el miedo a nada y a todo, el hueco de miedo que transporto conmigo. A esta edad, sí, se tiene miedo. Ni siquiera es miedo a la muerte, como nos decían. Quizá sea miedo al miedo. La trampa de la edad está en el miedo y la trampa de este miedo es que no es miedo a nada. Qué alivio, concretarlo en miedo a la muerte, si se pudiera. Hacia ahí quiero reconducirlo, razonando, ordenando, objetivando. Como la muerte no me importa (o me llena de una secreta impaciencia), no habría por qué tener miedo. Pero la edad es miedo, miedo en estado puro, miedo desinteresado y altruista. Uno va siendo un santuario del miedo.

La lluvia, ya digo, esta mañana, se ha llevado el miedo. Lluvia de marzo, hada del bosque, bosque que ha creado ella misma, a partir de mi razonable jardín. Lo verde, con la lluvia, llega a exaltaciones sombrías y como extranjeras. La lluvia es una lluvia vertical, un biombo de lluvia. Y el espesor de lo verde, dando casi argumento a cada árbol. Protegido del agua y de lo verde, pierdo durante un rato el miedo. Lo imprescindible para escribir del miedo. Me dormí con todos los miedos y me despierto sin ninguna seguridad, pero con una especie de indiferencia blanda. Basta con la lluvia, el brillo de la primavera, matado en verde, y el silencio que forra mi vida. Basta con la prosa para distraer la cabeza. Basta con la cabeza para distraer la prosa.

Luego, a la tarde, lentamente o de golpe, volverá el miedo, el miedo puro de la edad, cuando ya no hay por qué tenerle miedo a nada o cuando sólo la consumación cruenta del miedo puede acabar con mi miedo. Tengo heridas con pus en los pies y en una oreja. Me miro el glande todo el tiempo, esperando la llegada de imposibles invasiones venéreas. Este claro de luz, de creación, de optimismo, digamos, en el centro del día, es cada vez más corto, dura menos horas, y sería inútil y pueril tratar de prolongarlo mediante la lectura, la bebida, la droga, la escritura o el juego. El miedo va estrechando mi circunferencia de luz. Sólo el sueño.

Sólo el sueño, la cama, varias siestas al día, varias noches al día, la desaparición blanda en el sueño, que también tiene un precio: el despertar sobresaltado, en un trago de miedo, con la cabeza cortada, caída sobre la almohada, y el corazón viajando a duros golpes por el pecho. Pruebo a escribir mi miedo, en este libro, si no lo he hecho ya en otros, un poco por conjurar el miedo, aunque nunca he creído en la literatura como remedio de nada. La literatura sólo es un remedio para el adicto que necesita más literatura (leerla o escribirla).

La lluvia, en fin, tan asquerosamente literaria, limpia y oxigena el miedo, se lo lleva. La lluvia, tan irreal, es el mínimo de realidad que necesito esta mañana. Es lo menos que puede ocurrir y lo máximo que yo soportaría que ocurriese. La lluvia es un concierto silencioso y visible. Y huele a madreselva y universo.

ABRIL, 1, LUNES

Abril ha llenado mi soledad de manzanos en flor. Abril ha llenado mi jardín de pensamiento y ausencia. Cada árbol florecido, ya lo he dicho, es un cepo de estrellas. Las cabras cruzan por la raya del horizonte dándole al tiempo una lejanía de espacio. O a la inversa, no sé.

Un sauce altísimo, añoso, se ha secado definitivamente. Hablo de ello con el jardinero. Esto, para él, es una cosa que pasa en los jardines. “Los árboles tienen un tiempo.” Esto, para mí, es una defunción del cielo, más que de la tierra. Los jardineros son sepultureros de árboles. El árbol es suyo, porque dialogan con él todos los días, mediante el riego y otros cuidados, pero les falta corazón para entregarse al corazón verde de un árbol.

Las cabras, ya digo, lejanas y cercanas, son una Babilonia donde mis jardines colgantes se van secando. No cosa muy diferente pasa en mi vida. Hacía muchos años que abril no me sorprendía así, desarropado de amores, de un amor, desabrigado de una ternura, sólo conmigo, mi soplo, mi llaga de la cabeza (cuya sangre, abril ha vuelto verde: ya es algo), mi ojo duro y torpe, mi oído parado, que clausura una mitad del mundo, y mi medio cuerpo, que adquiere así la esbeltez patética y peripatética de prescindir del otro medio.

Por la tarde, despacio, paseando en un mundo que es un olor, un perfume, más que una geografía o un clima, quizá me encuentre con la cabra perdida, rubia y loca. Quizá. ¿Hay fornicación con la cabra? Vuelvo de mi soledad como si me hubiese cruzado con una señorita abrileña y esbelta, que me ha dedicado una mirada. Necesitamos siempre resumir el mundo —su vastedad, su variedad, su eternidad— en algo concreto/inconcreto, un dios, un amor, un poema, un árbol, una mujer, una cabra. En esta primavera mortal (como me titularon forajidamente la traducción de un libro), mi metáfora y penetración del mundo es una cabra.

Estoy aquí, en casa, aforrado de jardín, escribiendo solo, pero sé que me bastaría con vagar un poco por el sol ya casi duro de abril, por los campos, para encontrarme con la cabra, con el rebaño.

El cabrero, que no se decide a venderme la cabra, porque no es suya, sí que admite, en cambio, una propina a cambio de dejarme la cabra un rato, que, luego, ya ella sola sabrá devolverse al redil.

Pero si salgo a los campos y practico la cabra, al final habrá quedado un sórdido episodio de bestialismo. En cambio, si me quedo aquí, soñando la cabra, escribiendo de la cabra, la cabra, en la imaginación, se vuelve señorita, mujer, hembra universal, y es más rubia y tiene los ojos más grandes en la memoria.

Es la life. Tanta conferencia de media tarde, tantas mujeres, tantos autógrafos, y uno acaba voluntariamente aislado, por asquito de todo, y enamorado de una cabra. No me parece mal, como aventura última de mi erotismo, este comercio con la cabra, este haber pasado —ya se ha dicho— al otro lado de las cosas, al otro lado de las especies. Mi cabra es el árbol rondeño de Rilke. De lo que se trata es de comulgar con el mundo o de que el mundo nos asuma. El Universo es hembra y se manifiesta tanto en la vagina de una mujer como en la de una cabra. Incluso en el intestino recto de un homosexual. Sólo que mi rollo no va por ahí, y lo siento. El Universo es hembra y uno quiere penetrar al Universo, poseerlo, antes de morir. Mujeres ya ha habido como demasiadas. Los hombres/hembra no me dicen nada. Mejor probar con la cabra.

“El acto de la posesión, en el que nada se posee”, decía Proust. ¿Y las cabras? Cómo se ve que aquel parisino no había conocido nunca una cabra. “A la sombra de las cabras en flor.” Eso sí que es un título. Sus muchachas son muchachos; ya, puestos a falsear, prefiero que sean cabras.

El silencio. Siempre he odiado toda música. Aquí, en el campo, viendo venir abril en bicicleta, el silencio me hace sentirme como el monarca de un soleado país. Sólo el

silencio me da la dimensión de mi independencia y mi soledad. Las mujeres hablan, los amigos preguntan. Mejor el silencio. La música, sí, es la gran culpable de haber tapado/taponado, durante siglos, el fluir del silencio.

Sin la música, habríamos escuchado el silencio soberano del Universo. Por culpa de la música escuchamos a Scarlatti. Hay que joderse. El silencio es una abstracción, claro, y sólo llamamos silencio a un sistema de sonidos que no llegan a constituir un sonido, un ruido. El silencio, mi silencio, está lleno de agua verde y venenosa, lleno de árboles morados y flores ingenuas, lleno de pájaros que vuelan muy bajo, como subideas, y cántaros de luz que jamás han ido a la fuente del ruido.

Amo el silencio y me molestan hasta las películas con fondo musical. Prefiero el fondo natural de la vida: los pasos en una escalera, el rumor inquietante de unas llantas de coche sobre la grava de mi jardín. La música es una monstruosa aberración que llena de ruido el silencio sagrado de las elipses cósmicas. Los lenguajes y las literaturas son confusos atentados contra el silencio del pensamiento o del no/pensamiento, ya que está probado que es imposible pensar sin palabras, y que se piensa mejor en voz alta (el pensamiento nace como diálogo: Sócrates, Platón).

Pues callemos, coño.

En siglos y siglos de parloteo no hemos conseguido poner nada en claro. Mi jardín se llena de un silencio universal que le rebasa. Siempre estamos demoliendo la catedral del silencio. El silencio azulea la gran lona del cielo, en este germinar de abril. Absolutamente solo, conmigo en los campos, quiero disolverme, no en la nada, que es un tópico imposible, sino en el silencio.

Me espera la ciudad, cuyo idioma es el ruido. Vivo en una elipse con un polo de ruido y otro de silencio. El polo de silencio es tan atractivo que pronto puede convertirse en la siesta pétrea de la muerte. Pero ¿quién nos asegura que los muertos no oyen?

Oyen el fragor de la vida y no pueden participar en ella. Están jodidos. Doy vueltas y vueltas a mi jardín, pensando. Cualquier flor amarilla (y hay muchas entre lo verde) vale más que una idea personal y original. Mi modesto jardín me interesa ya como el Universo. Es el Universo. Tengo, sobre los hombres de infancia campestre, este descubrimiento final del campo.

Final y casi póstumo.

Sin panteísmos ni hostias, me conmueve la gimnasia de un árbol por florecer, el esfuerzo primaveral y frustrado de un manzano salvaje por frutecer.

Amamos a los animales, pero, aun más allá de los animales, están las plantas, está la vida vegetal y vegetativa, tan cargada de psicología. Debajo de cada árbol, frutal o no, debiera haber un psicoanalista en su diván, tomando nota. La psicología de un árbol siempre es más compleja que la de una señora gorda.

Y más bella.

Vuela una mariposa, incertidumbre del mundo, duda entre esta flor o aquella. La mariposa es una duda con alas. La mariposa es la duda metódica, pero sin método, y mucho más bella y verdadera que la de René Descartes.

Me espera la ciudad, cuyo idioma es el ruido, cuyo ruido es un idioma, pero en estas cortas vacaciones de abril soy el anticipo de mí mismo, el solitario que acabará fornicando con las cabras, por motivos estéticos y culturales, más que eróticos, y anotando el vuelo de la mariposa, que no es sino el zigzag de la duda.

La cabeza se me vuela de alcohol y malos sueños. He dormido despierto. He vigilado durmiendo. Me levanto a las ocho, que no sé si son las siete o las once por el nuevo horario administrativo, y corto unas cuantas naranjas rojas, como corazones frescos de no sé qué doncella vegetal —“por las orillas del río/limones coge la virgo”—, exprimo el zumo y le pongo vodka Smirnov de 1818. Lo tomo todo como un cáliz de fuego.

Ya no soy, gracias al cáliz, un burgués más que se despierta en este campo de burgueses emboscados: soy un poeta.

He escrito el Diario público/privado de un hombre que se muere, de un hombre que es un soplo. He jugado a la autocompasión, juego que me encanta y que llena toda la literatura, contra lo que crean algunos cormoranes de pulcra y seca redacción: esa vergüenza del yo se llama puritanismo. Qué le vamos a hacer, tíos.

Este libro es sólo la rúbrica final y gozosa de un hombre que se deshombriza. Hay que reponer algunos sauces, ya digo, y vigilar el árbol de hoja ancha, que este año anda remiso. ¿Lo habrá helado enero, cuando yo andaba por Madrid, de fiesta en fiesta, hecho un gilipollas? ¿Moría mi bello árbol de hoja ancha, en forma de corazón y de sexo femenino, en las noches de enero, cuando yo no pensaba en él y perseguía tirarme una marquesa? Sería espantoso, prefiero no pensarlo. Sólo se puede ser infiel a los árboles y a los gatos. El jaleo hombres/mujeres sólo es literatura mala.

Que se salven los sauces, como oraciones indecisas que de pronto se arrepienten y doblan hacia la tierra. La primera mariposa de abril, grande y oronda como una Pardo Bazán de las mariposas, dibuja con sus vuelos el pictograma femenino de la duda.

29, VIERNES

Yo creo que el doctor Pescador va a tener razón en todo. En que estoy bueno y en que estoy malo. En que tengo un soplo y en que no tengo un soplo. Un soplo aórtico, se entiende, que es congénito y heredado (lo tenía mi padre), no el soplo entendido como lesión de corazón. Ya he hablado en este libro de las cosas del corazón, de mi corazón, pero hay días en que el soplo sopla más. A ver si sopla fuerte y nos echamos esa siesta de piedra que es la muerte.

Antes del doctor Pescador me vio el doctor Guerra. Al doctor Guerra lo conocí hace muchos años y a través de la guía telefónica. Estaba yo solo en mi apartamento, que no es el apartamento en que ahora vivo, pero está cercano. Los bronquios me sonaban a calderilla antigua, de aquella de cobre que retiró Franco en no sé qué año (Ramón Tamames me dice, me parece, que en el 41: yo diría que duró más aquella calderilla, que fue la moneda en que trapicheó toda mi infancia fenicia, no sé).

Los bronquios me sonaban a calderilla, yo estaba solo en la casa (no sé si lo he dicho ya), el viento recto de diciembre sonaba por las calles como un navío lóbrego y mercante pasando entre edificios. A mí se me estaba muriendo un hijo en una clínica de Madrid, un niño, y la respiración de cobre o de calderilla se me hacía cada vez más difícil. Busqué en las guías telefónicas más por los domicilios (ceranos al mío) que por el nombre ilustre de algún médico. Llamé al que tenía la casa más cerca. Y vino un hombre delgado, irónico, inteligente, intelectual, sencillo, secretamente elegante, un poco desastrado. Tiene uno comprobado en la vida que las guías telefónicas aciertan siempre. Vino el médico que yo necesitaba.

El doctor Guerra me dio poca importancia y mucha conversación. “Lo que usted tiene es una pijada y le voy a recetar una pijada.” Decía de su época de estudiante de medicina, pero siempre dentro de su elegancia profesional, que es una elegancia aparte, corporativa, la de los médicos.

El doctor Guerra está siempre igual de delgado, de joven y de viejo. Dirigía y dirige confusos hospitales, entre Tetuán de las Victorias y la Dehesa de la Villa, hospitales de antes de la guerra, como balnearios hundidos o emergidos, adonde yo iba a que me mirase los pulmones por ese caballete de pintor del médico que son sus rayos X.

Después iba a su consulta, que también estaba en el barrio, cerca de casa, y ahora he vuelto con lo del soplo. El doctor Guerra, exquisito y entrañable, sigue teniendo algo de estudiante golfo de medicina, a sus cincuenta y tantos años, y cuida una barba blanca y negra, porque a la gente de orden le sale una barba uniforme, blanca, negra o gris, pero a los golfos secretos, que sólo lo son por dentro y sin saberlo, les sale esa barba de mechones blancos y mechones negros, un poco sátira.

—Nada, un sedante cardíaco, pasear y a olvidarse del tema. Menudo corazón tiene usted.

Más o menos, lo mismo que me diría luego el doctor Pescador, más especializado en el corazón y sus soplos y tormentas. Hace tiempo que no les veo y aquí estoy con el soplo. Como lo había tenido mi padre, mi madre me advirtió de pequeño: “No es nada, pero de mayor te dará problemas.” No sé si me los está dando ya. Las enfermedades son más o menos enfermedades según el momento en que lleguen. A mí lo del soplo, ahora, me coge tan al margen de todo que es como si le soplasen a otro. Pero sé que voy por la vida llevando en el pecho una llama de nada, una ráfaga de aire, quizás el alma, lo que los antiguos hubieran querido como imagen del alma, algo que en cualquier momento puede soplar sobre el corazón y apagarlo. O algo sobre lo que cualquiera puede soplar —a lo mejor es un soplo de fuego— y apagarlo asimismo. En todo caso, el que se va a apagar soy yo.

El soplo se nota, a veces. Es casi dulce, casi místico, casi lírico este soplo que se lleva la vida un instante, que le deja a uno en blanco, pero lúcido, deseando que el soplo se haga absoluto y nos vuele y nos volem en un soplo. Se lo dijeron a Quevedo cuando,

una hora antes de su muerte, dictaba disposiciones para el entierro: “¿Cuánto para música?” “¿Música? Que la pague quien la oyere.” Música, aire, viento. ¿Pagar yo porque me miren el soplo? Mejor dejarle que sople.

En nuestra infancia, el Sagrado Corazón de Jesús, que se parecía bastante, por cierto, al doctor Guerra, se abría el pecho para mostrarnos un soplo de fuego. Era su amor por nosotros o algo así. Parecía que tuviese dentro una granada de artillería. Yo soy ahora, caminando solo, entre rascacielos y grandes estaciones ferroviarias, como aeropuertos de los trenes (de donde parece que los trenes van a salir volando) el que se siente el soplo en el corazón, y se sonríe del fraude de estar vivo: estoy defraudando, sí, y estafando a los demás, que me creen completamente vivo, uno más entre ellos, al pasar, aunque ni me conozcan ni me miren. Les estoy estafando, le estoy robando algo a la vida, soy el polizón de la altamar del sol contra el ladrillo ferroviario o los rascacielos de cristal, que tienen algo gigantesco de vasos recién limpiados. Soy el que pasea su soplo, soy un Corazón de Jesús Inverso y Sagrado, con llama de aire en el pecho, y a veces me abro el abrigo y la camisa para que me vean el soplo las multitudes, la llama de azul y aire, como de butano, pero eso me obligaría a improvisar un mensaje para su asombro (la gente está deseando asombrarse), y no me siento con fuerzas ni con mensajes. Al final estoy solo, en casa, a solas con mi soplo, Corazón de Jesús de mí mismo, y me siento aquella estampa de latón que bendijo nuestros hogares. A esto contribuye el que no me he afeitado hoy la barba. Porque Cristo me parece que tenía barba.

Villa Carola, abril, 1985.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.

Notas

[1] O comestible. <<